

NOTAS CORDOBESAS

(RECUERDOS DEL PASADO)

POR

Ricardo de Montís y Romero

TOMO XI



BIBLIOTECA MUNICIPAL
CORDOBA

R.-24.558

1930

IMPRENTA DEL «DIARIO DE CÓRDOBA»

CONDE DE CÁRDENAB, 18.-TELÉFONO 1248

R-1851

FH
0206
2
030

THE HISTORY OF THE

... ..





CARNICEROS Y CHINDAS

ENTRE las figuras típicas de nuestra ciudad sobresalían antiguamente los carniceros y chindas, figuras que no han desaparecido, como otras muchas, en el transcurso del tiempo, ni se ha operado en ellas la transformación que hoy notamos en todo.

Puede decirse que los oficios de carnicero y chinda estaban vinculados en las familias de los toreros cordobeses, de aquellos toreros famosos tanto por su arte y su valor como por su majeza y rumbo, que habitaban en el típico barrio de la Merced, generalmente conocido por barrio del Matadero.

Hombres y mujeres dedicados a la venta de carnes levantábanse muy temprano, al rayar el alba, y dirigíanse a los mercados de la Corredera y la Judería para instalar sus puestos.

En los sitios que les tenían asignados colocaban sus mesas, muy grandes, muy altas las de los carniceros; bajas y pequeñas las de las chindas. Detrás de las primeras ponían, los carniceros, una tarima en la que se situaban para dominar la mesa; sobre ésta el peso de relucientes platillos de metal, la cuchilla bien cortante y el eslabón para afilarla y a un lado el picador o tajón, un pedazo de tronco de encina con tres pies y la hocina de partir los huesos.

Terminada la instalación del puesto, el carnicero colocábase el largo mandil blanco y los manguillos azules y aguardaba la llegada del férreo y ruidoso vehículo conductor de la carne para recoger la que le correspondía, cortarla, clasificarla y exponerla colgada en los ganchos del bastidor que ostentaba la mesa, a guisa de escaparate.

Frecuentemente le interrumpía en esta operación uno de los mozos al servicio de los vendedores de los mercados, presentándole el vaso del humeante café con la *chicuela* o la *clásica* de aguardiente.

Momentos después el carnicero comenzaba su faena, pudiendo decirse, en este caso con propiedad, que se multiplicaba para servir a sus parroquianos y parroquianas.

Con una actividad febril, con una agilidad prodigiosa, cortaba los trozos de carne que le pedían, sin equivocarse jamás en el peso, los arrojaba al platillo de la balanza, cogíalos de él y los echaba en el canasto del comprador, sin invertir en todas estas operaciones más de un minuto.

El procuraba complacer a todos los parroquianos, aún

a la vieja más gruñona y exigente, dándoles la carne del sitio que cada uno le indicaba y siempre tenía en los labios un piropo para las buenas mozas.

A cada momento, más que por necesidad por costumbre, pasaba la cuchilla por el eslabón, haciendo con ambos verdaderos juegos malabares.

La chinda, palabra genuinamente cordobesa, de etimología latina, pues debe proceder del verbo *scindo scindere*, partir, cortar, es la vendedora de los despojos de las reses, la carnicera modesta, de la clase pobre.

Antiguamente, en nuestras plazas destinadas a mercados, colocaban sus puestos en lugares distintos que los carniceros, con la separación impuesta por la categoría de cada uno de los comerciantes en que nos ocupamos.

Tales puestos consistían en una mesa de reducidas proporciones, sin bastidor para colgar la mercancía y generalmente, hasta sin peso.

Allí no había picador o tejón ni tarima para que, subida en ella, pudiese dominar la chinda a sus parroquianos.

Eran éstos mujeres humildes, y despenseras de mal genio que le compraban, ya el medio cuarterón de carne de piltrafas para el puchero, ya los callos para condimentar con ellos el plato extraordinario de la comida de los grandes días, ya la cordilla para los gatos.

Frecuentemente, porque a la parroquiana no le agrada la mercancía o porque supusiera que no estaba bien despachada, entre compradora y vendedora promovíase una atroz zapatiesta, en la que ambas agotaban todas las palabras injuriosas y todos los calificativos denigrantes que figuran en el vocabulario popular.

Los oficios de carnicero y chinda eran hereditarios y, como ya hemos dicho, estaban vinculados en las familias de los toreros.

Todavía los ejercen descendientes de *Lagartijo*, *Boca negra* y otros famosos diestros y era muy frecuente ver, por la mañana, en las plazas de la Corredera y de la Judería, con largo mandil blanco y manguillos azules, despachando carne, a individuos que habíamos visto la tarde anterior, en el coso taurino, vistiendo el traje de luces

La tarea de carniceros y chindas no duraba muchas horas; a las once de la mañana unos y otras levantaban sus puestos y abandonaban los mercados, retirándose a sus casas del típico barrio de la Merced para almorzar.

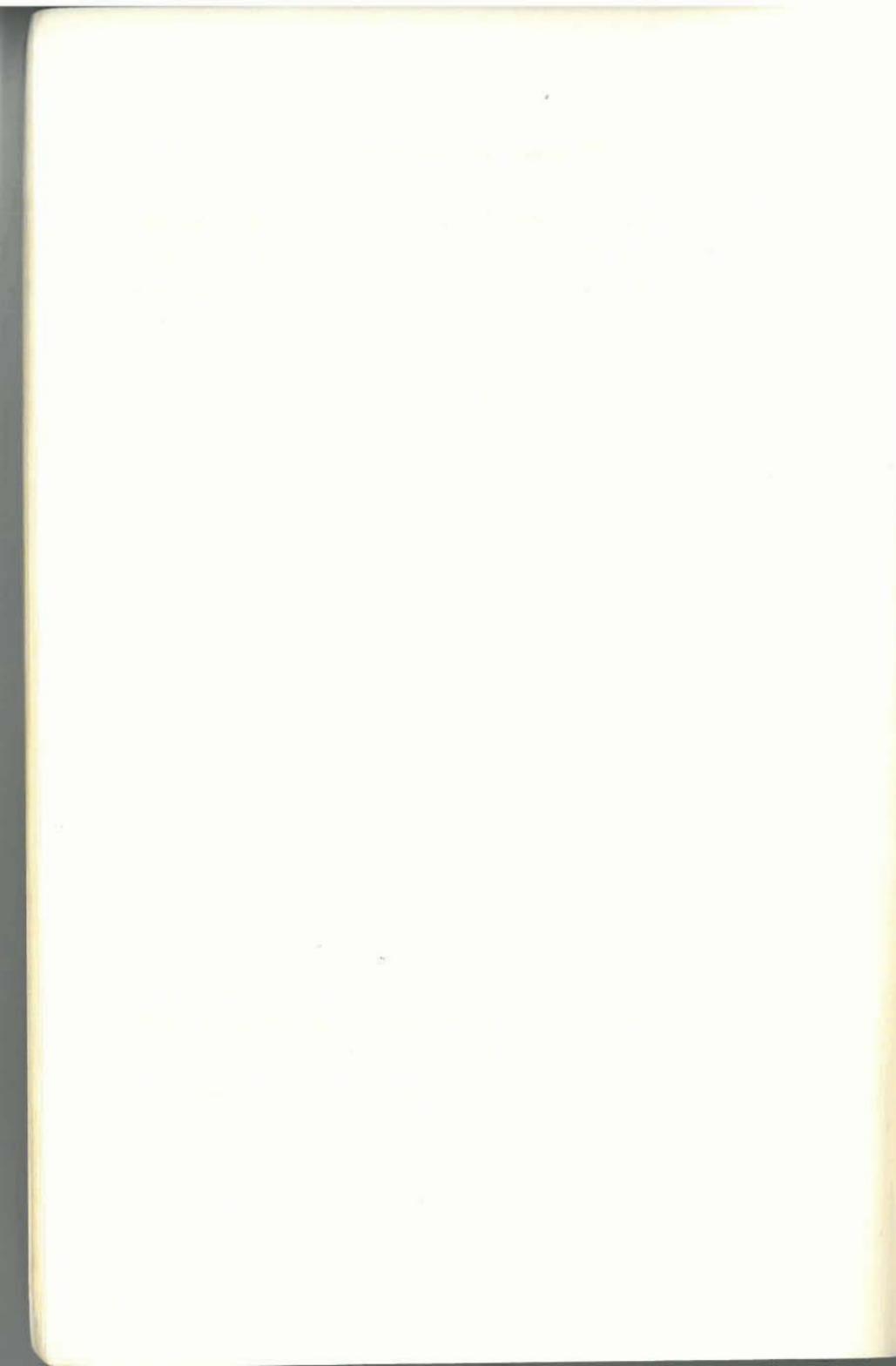
Luego las mujeres dedicábanse a las ocupaciones domésticas y los hombres, bien vestidos, con el sombrero cordobés airosamente colocado, llenos los dedos de sortijas, luciendo en el chaleco enorme cadena de oro, el puro en la boca, marchaban al café y allí, entre sorbo y sorbo del oloroso moka, comentaban las últimas faenas de los astros del toreo.

En los días de feria y de corridas de toros las chindas colocábanse los trapitos de cristianar, las almidonadas y crujientes faldas de vivos colores, los ricos mantones de Manila y llenos el busto y la cabeza de flores, adornadas con largos zarcillos de costosa pedrería, con gargantillas y collares de corales o perlas, echábanse a la calle oyendo, sin cesar, en todas partes, piropos, requiebros y frases de admiración.

El día de la Cruz de Mayo el vecindario del barrio del

Matadero celebraba animadísimas fiestas en la plaza de Moreno, donde se levanta uno de esos símbolos de la Redención humana, y en tales fiestas constituían la nota lípica, pintoresca, original, chindas y carniceros, esas figuras interesantes de la Córdoba de otros tiempos, llena de belleza insuperable, de encanto, de poesía.

Mayo, 1929.





LA CORBATA DE ETIQUETA

No te cases con un hombre de talento, solía decir a las muchachas que le hablaban de noviazgos cierta señora respetable, perteneciente a una distinguida familia cordobesa.

Yo, añadía, tuve la desgracia de contraer matrimonio con un sabio y mi vida es una cadena de disgustos y sufrimientos.

Un día mi esposo, cuando todavía hubiésemos debido estar en la luna de miel, por un fútil motivo abandonó el hogar y permaneció ausente de él mucho tiempo, sin que yo supiera noticias suyas.

Volvió, al fin, al domicilio conyugal y desde entonces vivimos en un terrible aislamiento, en la espantosa soledad de dos en compañía de que nos hablaba el poeta.

Mi esposo no me dirige la palabra más que cuando algún asunto de importancia excepcional le obliga a comunicarse conmigo. Jamás nos sentamos a la mesa juntos; apenas le veo, apesar de que él sale muy poco de casa, porque permanece todo el día y gran parte de la noche en su despacho, escribiendo o entregado al estudio. Y aún hay quien me envidia porque uní mi destino al de un hombre al que todos admiran. Al llegar a este punto de sus amargas lamentaciones la señora aludida guardaba silencio y dos gruesas lágrimas rodaban por su faz.

El marido de la respetable dama, si hubiese oído sus quejas, tal vez hubiera tratado de justificar la conducta que ella le reprochaba fundándose en el mal carácter de su esposa, pero el sabio en cuestión jamás hablaba de sus desavenencias conyugales ni con los amigos más íntimos.

No obstante, éstos sospechaban que no debía reinar muy buena armonía entre marido y mujer porque nunca veíanles juntos y un detalle de observación servía para que en las tres o cuatro personas que le acompañaban todas las noches cuando, ya muy tarde, regresaba a su casa, se arraigase la creencia de que aquel matrimonio no disfrutaba de la paz octaviana ni mucho menos. Tal detalle de observación consistía en la extraordinaria cautela con que el venerable anciano, porque anciano era en la época a que nos referimos, procuraba abrir y cerrar la puerta de su morada, sin producir el menor ruido, indudablemente para que no le sintiera su mujer y le hiciese objeto de una terrible catilinaria por la hora a que se recogía.

Celebrábase unos Juegos florales, una de esas fiestas lucidísimas que, muchos años, constituyen el prólogo brillante de la Feria de Nuestra Señora de la Salud.

En el escenario del Teatro Principal, lugar de la fiesta, convertido en jardín, destacábanse, como las más bellas flores, encantadoras señoritas de la buena sociedad cordobesa que constituían la corte de amor; detrás las autoridades, los jurados del certamen, los escritores y, entre ellos, la personalidad a que nos referimos, figura de gran relieve en el mundo de las Letras.

Terminó el acto en el que oradores y poetas, con la magia de su palabra y de sus versos, cautivaron al distinguido auditorio. El respetable anciano, patriarca de nuestros escritores, acompañado de varios amigos que nunca le abandonaban, regresó a su hogar para entregarse al descanso. Con gran cuidado, a fin de no producir ruido, abrió y volvió a cerrar la puerta y, de puntillas, dirigióse a su dormitorio.

Muy despacio, porque los años restábanle agilidad, empezó a despojarse del abrigo, del frac, del chaleco. Llegó a la corbata, una minúscula corbata de etiqueta y ¡aquí fueron los apuros! El broche de aquélla habíase enredado en la presilla de la camisa y todos los esfuerzos del sabio escritor para deshacer el enredo resultaban inútiles.

¿Qué partido tomar en situación tan crítica? ¿Pedir auxilio a su esposa? Antes se arrojaría al pozo, de cabeza, ¿Llamar a la criada? No era la hora más oportuna para que penetrase en su habitación.

Intentó, como último recurso, romper la corbata y tampoco hubo manera de lograrlo; parecía de hierro.

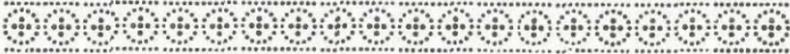
En su virtud se decidió a acostarse con ella puesta y, por consiguiente, también con la camisa, una camisa de cuello altísimo, tan almidonada que semejaba un cartón, resignado a sufrir torturas análogas a las de un empaquetado.

Huelga decir que, a causa de aquel silencio, nuestro protagonista no pudo conciliar el sueño, ni por tanto, descansar del ajetreo de una noche de fiesta.

Apenas levantóse la criada requirió su presencia el anciano y la doméstica logró, no muy fácilmente por cierto, librar a su amo del atroz martirio.

Desde entonces el insigne escritor cordobés miraba con verdadero horror las corbatas y etiqueta.

Junio, 1929.



Triunfo de dos cordobeses en Carnavales famosos

ROMA, la ciudad eterna, la cuna del Arte, celebraba su Carnaval famoso con la misma fastuosidad que revistieran, en tiempos de los emperadores, las fiestas más suntuosas del paganismo.

Una inmensa y abigarrada muchedumbre invadía plazas, calles y paseos, ébria de alegría ansiosa de divertirse, dispuesta a quemar hasta el último grano del incienso de los placeres en el ara de Momo.

Entre aquella multitud destacábanse millares de máscaras con disfraces caprichosos; por el centro de las amplias vías caminaban las marciales estudiantinas, lanzando al viento los acordes sonoros de violines y guitarras; en los paseos las vistosas cabalgatas, las carrozas espléndidas, sirviendo de trono a Colombinas ideales, constituían un espectáculo tan variado como pintoresco.

Respirábase un ambiente saturado de perfumes y notas; en el espacio se confundían cien ruidos diversos, músicas retosonas, gritos de júbilo, tintineo de cascabeles, murmullos de charlas, canciones chispeantes, carcajadas sonoras.

Entre el gentío discurrían muchas parejas, abstraídas de cuanto las rodeaba, rimando el eterno idilio del amor, y acaso Arlequín, apartado del bullicio, fraguaba una traición horrible y afilaba el puñal damasquino para hundirlo en el pecho de Pierrot.

Aquel año, en el programa de festejos había una novedad: un concurso para adjudicar un premio a la persona que se presentase mejor disfrazada con el traje de menos valor.

Ante el jurado desfilaron innumerables máscaras, casi todas vulgares; algunas, muy pocas, no exentas de originalidad. Entre ellas destacóse una, la cual llamó poderosamente la atención del público que presenciaba el desfile. Aquella máscara representaba, de un modo perfecto, la admirable creación de uno de los géneos más grandes de la humanidad, la popular figura de Don Quijote.

El Hidalgo manchego cabalgaba en su Rocinante, armazón de huesos, que se tenía en pie por un verdadero prodigio; encerraba su desmedrado cuerpo en férrea armadura; cubría su cabeza con el yermo famoso; embrazaba la rodela llena de bolladuras y en la mano diestra sostenía el lanzón con que acometiera denodadamente a los rebaños de ovejas y a los molinos de viento, creyéndolos terribles enemigos.

Notabilísima y original es la figura del Caballero andante, dijo el jurado, pero no se le puede conceder el premio porque éste se destina al disfraz de menos valor y esa armadura de fina y reluciente malla de acero vale un capital.

Entonces Don Quijote invitó para que examinaran detenidamente su indumentaria a los artistas que constituían el tribunal, los cuales quedaron maravillados de aquel prodigio de ingenio y paciencia.

La cota estaba hecha de trozos de fardos cubiertos de lentejas cosidas a la tela y plateadas con purpurina, que producían el efecto de una valioso malla de acero; yelmo y rodela eran de cartón forrado con papel de plomo; la lanza jamás había servido para arremeter a imaginarias huestes euemigas, sino para sostener la cortina de un balcón.

Los materiales utilizados para confeccionar todo el traje habían costado a su autor dos o tres pesetas.

Huelga decir que el jurado concedió el premio a la máscara descrita, la cual recorrió en triunfo los paseos y las principales vías de Roma, siendo aclamada sin cesar.

¿Nos pregunta el lector quién era aquel Don Quijote? Un español, un gran artista a quien persiguió el infortunio, como suele acontecer a todos los hombres insignes: el pintor cordobés Rafael Romero de Torres.

Venecia, la perla del Adriático, la ciudad de la poesía, celebraba también sus fiestas carnalescas, que no han tenido rival en el mundo.

Millares de góndolas, empavesadas vistosamente, iluminadas con farolillos multicolores, cruzaban en todas direcciones el canal, conduciendo a distintos lugares de la población máscaras con disfraces caprichosos y valiosísimos, damas elegantes, jóvenes alegres que con sus charlas, con sus risas, con sus canciones, animaban aquel cuadro, lleno de encanto indescriptible.

En las tranquilas aguas del mar, iluminadas por la luna, proyectaban sombras, semejantes a monstruos apocalípticos, las pétreas moles de los palacios y por sus ventanales salían torrentes de luz, notas de orquestas, que iban a confundirse con el ruido monótono de los remos y con los ecos perdidos de las dulces trovas de amor.

Una dama de rancia estirpe cifraba todo su empeño en que los bailes de Carnaval que celebraba en su regia mansión fuesen los más suntuosos de Venecia.

Aquel año anunció que, en uno de ellos, concedería un premio a la máscara que se presentase con el disfraz más valioso.

Gran número de damas y galanes, todos ostentando trajes riquísimos, acudieron a la fiesta para disputarse el premio.

Los salones del magnífico palacio presentaban un golpe de vista indescriptible; por todas partes cuadros, tapices, esculturas de mérito extraordinario; grandes espejos que reproducían las figuras una y mil veces y daban fan-

tásticas proporciones a las regias estancias; por todas partes jardines improvisados, tras cuyos macizos de flores se ocultaban admirables orquestas.

Las luces de millares de lámparas quebrábanse en las lunas de los espejos, daban vivas tonalidades a sedas, terciopelos, damascos y tisús y arrancaban chispas de fuego a las joyas de las damas.

Entre las máscaras que asistían al baile pronto destacóse una en la que todos los concurrentes fijaron su atención.

Era un joven gallardo, de porte distinguido, que vestía con singular donaire el traje de luces del torero, un traje de seda azul, cubierto casi en su totalidad por artísticos bordados en oro.

Las mangas, las hombreras, las recamadas franjas del calzón estaban llenas de rubíes, de esmeraldas, de granates y de otras piedras preciosas.

El torero cerraba el cuello y la pechera de su bordada camisa con enormes brillantes que producían destellos deslumbradores.

Aquel hombre, a quien podía considerarse, por sus apariencias, un Creso moderno, para adornar el traje mandó desmontar la pedrería de sus valiosas alhajas y además alquiló, por una enorme suma, toda la que poseía el joyero más famoso de Venecia.

Por aclamación le fué concedido el premio, consistente en una medalla de oro con un busto de Colombina rodeado de zafiros y rubíes.

El opulento joven a que nos referimos, que por capri-

chos de la suerte perdió su fortuna en pocos años, teniendo que dedicarse, para vivir, a la ingrata labor del periodismo, era un español, un cordobés: don Pedro Alcalá Zamora.

Febrero, 1925.



MÉDICOS Y CURANDEROS

HACE más de cuarenta años, en todos los periódicos locales apareció, ocupando un gran espacio y con enormes caracteres, el anuncio del Doctor Sequah, un famoso doctor que curaba a los paralíticos, sólo dándoles una fricción con un bálsamo tan maravilloso como el de Fierabrás.

A los pocos días de estar publicándose el reclamo se presentó en nuestras calles una extraña carroza, llena de adornos dorados y espejuelos, que le daban el aspecto de maquinilla de cazar terreras, arrastrada por dos famélicos jacos.

Detrás del pescante iba una murga, que tocaba sin cesar, mejor dicho, destrozaba pasodobles y polkas, y a los lados del carromato dos mozos fornidos, jayanes de

cortijo por su apariencia, repartían, con actividad febril, entre el público, prospectos anunciadores del Doctor Sequah y pregoneros de sus curas maravillosas.

El doctor mencionado establecía su clínica en el solar de la calle del Gran Capitán en que estuvo, hasta hace poco tiempo, el Salón Ramírez.

En el centro de aquel espacioso paraje instalaba la carroza; los murguistas empezaban a soplar con toda la fuerza de sus pulmones en los viejos y deteriorados instrumentos; los jayanes repartidores de los prospectos anunciaban a voz en grito el comienzo de las curas, lo mismo que si se tratase de una función de cinematógrafo y, cuando se había congregado bastante público, generalmente tardaba muy poco tiempo en reunirse, aparecían en la plataforma de la carroza el celeberrimo doctor, vestido de rigurosa etiqueta pero con el aspecto de un prestidigitador, y su intérprete, un verdadero truhán, no desprovisto de ingenio y gracia.

Sequah empezaba con gran énfasis a pronunciar un discurso en una jerga ininteligible, compuesta de palabras de todos los idiomas y, cuando concluía, el intérprete principiaba a traducir, de modo muy pintoresco, la charla del doctor.

Los concurrentes interrumpíanle con frecuencia dirigiéndole sátiras, bromas y epigramas, a los que contestaba en el acto con una frase oportuna.

Si la gente se reía de los disparates del médico, su intérprete se expresaba así: el Doctor Sequah dice que si supiera de lo que se ríen ustedes él también se reiría.

Terminado el discurso comenzaba el tratamiento de los enfermos; hombres y mujeres, viejos y jóvenes, que andaban a costa de grandes esfuerzos, que no podían mover los brazos, subían trabajosamente a la carroza, penetraban en un departamento de la misma oculto entre cortinas, despojábanse de las ropas que cubrían los miembros impedidos y, previas las instrucciones oportunas del doctor, los dos mozos fornidos comenzaban a dar una fricción, con todas sus fuerzas, del maravilloso bálsamo al paciente, cuyos gritos desgarradores no se oían porque los apagaban las destempladas notas de la murga.

Concluída la cura, unos enfermos descendían del carrromato moviendo los miembros a que afectaba la parálisis con más dificultad que cuando subieron; otros, los menos, disfrutando de ligera mejoría; algunos muy pocos, saltando con ligereza prodigiosa, al compás de la música

Huelga decir que estos eran individuos asalariados para representar una farsa ridícula.

Los que, en realidad, experimentaban una pequeña mejoría debíanla a la reacción producida por el rudo masaje, a que equivalía la fricción, no al bálsamo milagroso y, pasados los efectos de tal reacción, quedaban mucho más inútiles que antes.

Pero el público, amigo siempre de la novelería, no se fijaba en esto y de día en día aumentaba la clientela del original doctor.

La gente llenaba el solar del Gran Capitán, tanto para presenciar los milagros del curandero, cuanto para tomar-

le el pelo por sus discursos y reír de las ocurrencias del intérprete.

Sequah permaneció en Córdoba una larga temporada, consiguiendo tal popularidad, que los poetas le dedicaban versos y el pueblo cantábale coplas.

A la vez que en nuestra ciudad, en otras de España y del extranjero también realizaba prodigios el Doctor Sequah.

¿Acaso tenía éste el don de la obicuidad? No; el verdadero, el auténtico Doctor Sequah, contaba con un número considerable de representantes para que, usando su nombre, recorrieran el mundo y se dedicaran a la cura de la parálisis, mientras él, tranquilamente, ocupábase en su casa en preparar el bálsamo prodigioso, cuya venta le proporcionaba muchos miles de duros todos los años.

Al fin, el hombre de la carroza con adornos dorados y espejuelos abandonó nuestra ciudad, pero en ella, durante mucho tiempo, quedó el recuerdo del famoso doctor que al parecer curaba a los paralíticos, y que, en realidad, únicamente era uno de los muchos individuos que se dedican a vivir a costa de las personas de buena fe, de los crédulos y de los inocentes.

*
* *

Tres o cuatro lustros después de haber estado aquí el Doctor Sequah, surgió en Córdoba otro galeno tan original como aquél; no vestía de etiqueta ni tenía tipo de prestidigitador. sino de pordiosero, por su vieja y raída

indumentaria, consistente en un chaquet casi prehistórico, unos pantalones a cuadros llenos de zurcidos y remiendos, una corbata descolorida, un mugriento sombrero de los llamados cartulinas y unas botas con las suelas desco-cidas y los tacones torcidos.

Este hombre, caballero en un flaco pollino, recorría diariamente, al atardecer, las calles y los paseos de la ciudad, repartiendo unos prospectos también muy originales.

En ellos, después de consignar su nombre, que no recordamos, denominábase *Médico titulado* no sabemos si porque él se titulaba médico o porque poseía el título correspondiente a tal profesión.

Luego se anunciaba como especialista en casi todas las enfermedades, como sangrador, dentista, comadrón, callista y herbolario.

Terminaba el texto, graciosísimo, de los prospectos ofreciendo la clínica del curalotodo en un mesón de la plaza de la Corredera y determinando las horas de consulta y los honorarios, que eran muy módicos.

No faltaban personas de las clases más humildes que acudieran a ponerse en manos del médico del rocín.

Huelga decir que el gabinet de consultas y operaciones de este desgraciado estaba en armonía con su indumentaria; una silla basta de enea servíale de sillón y mesa de operaciones; en una maleta muy vieja tenía todo el arsenal quirúrgico, un par de bisturís, una lanceta, unas tijeras, unas dentuzas y dos o tres herrabaches más, todo enmohecido y sucio; sobre un baul tan deteriorado como la maleta, un tintero da cuerno y unos pliegos de papel

de barba para extender las recetas y en un rincón, un palanganero con una jofaina y un jarro pintarrajeado, llenos de agua del pozo, único desinfectante que utilizaba el médico aludido.

¿Llegó este a realizar alguna cura en Córdoba? Lo ignoramos. Sólo podemos decir que en nuestra ciudad no gozó del aura popular, pasando casi inadvertido, porque no se exhibía en una carroza llena de dorados y espejuelos, dispuesta para cazar incautos, a semejanza de las brillantes maquinillas de coger terreras.

*
* *

Hace ocho o diez años, la Prensa local dió cuenta de haber llegado a Córdoba el Doctor Gesbert, médico norteamericano, catedrático de una Universidad de los Estados Unidos, inventor de un aparato destinado a reconocer y curar el estómago, que había venido a España para hacer un estudio, por encargo del Gobierno de su nación relativo a la higiene en nuestros cuarteles.

Era un hombre de edad madura, alto, recio, fornido, de fuerzas hercúleas y descuidado en el vestir.

El Doctor Gesbert visitó las redacciones de todos los periódicos, presentando en ellas un pergamino que contenía las firmas de las personalidades españolas más salientes, lo mismo en política, que en ciencias, artes y literatura; abrió una consulta en el Hotel Suizo, para curar,

con su aparato, a los enfermos del estómago, anunciándola en la Prensa de un modo pintoresco, en forma análoga a la que empleara en sus reclamos el famoso doctor Garrido y buscó personas que le presentasen a algunas damas aristocráticas, con el objeto de darse a conocer en sus tertulias como una eminencia, ya que no había podido conseguir esto entre los profesionales de la Medicina.

El yanqui gestionó y logró, asimismo, que le autorizaran para celebrar una conferencia en el Instituto Nacional de Segunda Enseñanza, con el objeto de exponer su procedimiento curativo y presentar, por medio de proyecciones, el maravilloso aparato para reconocer el estómago.

Numeroso público, en el que predominaba el sexo femenino y brillaban por su ausencia los médicos, acudió a oír a Gesbert.

Este permaneció más de una hora en el uso de la palabra diciendo vulgaridades y mostró unas cuantas diapositivas de un artefacto, cuyo funcionamiento explicó de tal manera, que el auditorio quedó completamente a oscuras.

Aunque a nadie convenció la disertación del yanqui, todos le aplaudieron por cortesía y él, reloj en mano, contó los minutos que duraran los aplausos para consignarlo en un reclamo periodístico.

El Gobernador Militar de la provincia, con muy buen acurdo, le negó la autorización para visilar los cuarteles, convencido, sin duda, de que aquel hombre no traía misión alguna confiada por el Gobierno de su país y era solamente un vividor.

Muchos enfermos del estómago acudían al Hotel Suizo a fin de que el doctor norteamericano les reconociera y curara con el aparato de su invención.

A todos decía, invariablemente, que aún no había recibido el aparato famoso, pero que no era preciso utilizarlo, pues merced a su gran pericia él apreciaba la enfermedad de casi todos los pacientes y los sometía a un plan curativo infalible.

Acto seguido ordenaba a sus *víctimas* que se desabrochasen las ropas, simulaba auscultarles el estómago, les daba en él dos o tres puñetazos terribles y concluía la consulta con esta frase: ya está usted en vías de curación; me debe cinco duros, agregando en el momento de recibir las veinticinco pesetas: vuelva usted dentro de tres o cuatro días.

No es necesario decir que muy pocos se atrevían a volver; sabemos de uno que le visitó de nuevo, para obligarle a que le devolviera su dinero con la amenaza de denunciarle por estafador.

De igual modo amenazó un médico de la localidad y el yanqui desapareció de Córdoba, de la noche a la mañana, yéndose sin pagar la cuenta del Hotel

Al poco tiempo, la Prensa comunicaba la detención del Doctor Gesbert, efectuada en una capital del Norte, por haberse descubierto que aquel, ni era catedrático de una Universidad, ni médico, ni traía a España otra misión que la de engañar a los incautos.

Un individuo que ejercía el cargo de guardia municipal, hace poco más de medio siglo, tuvo la suerte de que le correspondiera un premio importante de la Lotería Nacional y, como comprenderá el lector, abandonó su modesta ocupación, pero no para disfrutar de los bienes que le hubiera adjudicado la fortuna, sino para dedicarse a ser útil a la humanidad, según él mismo decía.

Adquirió un huerto situado en uno de los barrios bajos de la ciudad, uno de esos típicos huertos, llenos de encanto y de poesía, que están a punto de desaparecer y lo llenó de plantas que según él, poseían raras virtudes medicinales.

En una habitación de la casa instaló una especie de pequeño laboratorio y allí pasaba horas y horas ocupado en preparar bebidas, ungüentos, bálsamos e infinidad de potinges y brevajes con las yerbas que cuidadosamente cultivaba en el huerto.

Rápidamente se propaló la noticia de que aquel hombre curaba, con sus medicinas, una porción de enfermedades; las comadres, como siempre ocurre, actuaron de trompeta de la fama para pregonar los verdaderos milagros que operaba el exguardia municipal y al poco tiempo contaba éste con una clientela tan numerosa como no la tenían muchos médicos de sólida reputación.

No sólo de todos los barrios de la capital sino de algunos pueblos de la provincia, acudían enfermos al huerto para que les devolviese la salud el individuo en que nos ocupamos, con sus yerbas prodigiosas.

El curandero recibía con afabilidad a todos, dirigíales

infinidad de preguntas acerca de sus padecimientos y, cuando estaba perfectamente enterado, marchaba al laboratorio para preparar el medicamento oportuno, el cual entregaba momentos después al paciente.

Si éste era persona de posición desahogada cobrábale una cantidad mezquina, pues según repetía a cada momento el herbolario, no le guiaba el propósito del lucro sino el de servir a la humanidad, y si era un pobre dábaselo gratuitamente y, además, en bastantes ocasiones, le socorría con algún dinero.

Un día fijo de la semana lo dedicaba aquel filántropo a repartir una limosna entre los menesterosos, invirtiendo en esta obra benéfica los productos de la venta de sus potinges y por el huerto desfilaban algunos centenares de mendigos para recoger la moneda de cuarto que a cada uno entregaba el exguardia municipal.

¿Tenían virtud curativa sus unguentos, bebidas y bálsamos? Lo ignoramos.

Sólo podemos decir que, en cierta ocasión, fuimos a visitarle acompañando a un amigo a quien la tuberculosis hacía grandes estragos y adquirimos la convicción de que no se trataba de un embaucador ni de un farsante, sino de un hombre que de buena fe consagróbase a ejercer la Medicina para ser útil a la humanidad aunque acaso no consiguiera su propósito.

No hace muchos años, corrió la voz de que un modesto empleado de la Estación Central de los ferrocarriles, apellidado Mimosa, curaba los dolores nerviosos, de reuma y otros muchos por medio de fricciones con un bálsamo misterioso que él únicamente poseía.

Innumerables enfermos iban a ponerse en sus manos; Mimosa los conducía a un rincón de cualquier oficina de la Estación mencionada y allí dábales una untura en los miembros doloridos con el líquido maravilloso, el cual, en muchas ocasiones, producía efectos tan rápidos y admirables como el bálsamo del Doctor Sequah.

El humilde empleado ferroviario obtuvo gran popularidad por sus curas y hasta la Prensa trató de él, pero su fama no llegó a cimentarse porque, cuando se hallaba en los albores, Mimosa murió a consecuencia de una breve enfermedad para la que resultó ineficaz la medicina del curandero.

*
* *

Para terminar esta ya larga crónica citaremos un caso curioso. Un reputado médico de Córdoba quedó calvo y, transcurridos algunos años, volvió a nacerle el pelo, sin que para ello se hubiera aplicado medicina alguna.

No obstante, la gente dió en decir que el doctor aludido debía su cabellera a un específico inventado por él para su exclusivo uso.

La criada de una familia muy conocida en esta capital perdió lo que entonces constituía el adorno más preciado de la mujer, el cabello, quedándosele la cabeza como una calabaza.

Los hijos de la familia aludida, muchachos de buen humor, tenían varios amigos inseparables, entre ellos un hermano del médico a que nos referimos.

Cierto día la doméstica llamó misteriosamente al joven en cuestión y le dijo: tú puedes hacerme un gran favor; proporcionarme el medicamento preparado por tu hermano para que nazca el pelo; yo, además de agradeceréte mucho, te haré un regalito.

El muchacho contó lo ocurrido a sus compañeros de juegos y travesuras, los hijos de los moradores de la casa y, entre todos, acordaron el modo de embromar a la criada pelona.

Buscaron un frasquito de cristal, echaron en él hojas de sándalo y de otras plantas aromáticas, llenáronlo de aceite y, pasados algunos días, sacaron las yerbas y el hermano del doctor entregó el frasquito con el óleo perfumado a la sirvienta, diciéndole: aquí tiene usted el remedio que quería.

Aquella no encontraba palabras con que expresar su gratitud al joven y, como le había prometido, hizole un regalito, consistente en un par de pesetas.

Los autores de la broma gastaron alegremente en el café los ocho reales.

La pobre mujer embromada empezó a darse fricciones en la cabeza con el misterioso específico y, antes de

que hubiera transcurrido una semana, al mirarse al espejo, se hizo la ilusión de que el pelo había comenzado a brotarle. Huelga consignar que su júbilo no tuvo límites.

Concluyósele el maravilloso bálsamo y solicitó otro frasquito, repitiéndose la broma y la dádiva de las dos pesetas.

La doméstica no cabía en sí de gozo, pues cada vez que se contemplaba en el espejo parecía que su cabeza estaba más poblada de cabello abundante y sedoso.

Los inventores del supuesto remedio contra la calvicie habían encontrado una verdadera mina, pues cada seis u ocho días, hallábanse en posesión de una reluciente moneda de plata, a cambio de un poco de aceite perfumado con yerbas olorosas.

Pero como no hay bien ni mal que cien años dure, un hermano mayor de los que ayudaban al del médico a preparar el específico, enteróse de la farsa y dió cuenta de ella a la víctima.

La infeliz criada estuvo a punto de morir de repente; quiso luego estrangular a quienes de un modo tan cruel la habían engañado y concluyó por romper el espejo, porque al mirarse en él, perdidas ya las ilusiones, se convenció de que su cabeza, desprovista en absoluto de pelo, continuaba semejando una calabaza.

Julio, 1929.





MERCEDES DE VELILLA

EN la prensa sevillana hemos leído una noticia triste, la del fallecimiento de la insigne poetisa hispalense Mercedes de Velilla.

Muy pocos escritores jóvenes conocerán las obras de esta mujer, perteneciente a una pléyade inmortal de literatos de la que ya solo quedan el incomparable cervantista Rodríguez Marín y el ilustre romancero Montoto Raustentrauch.

Mercedes de Velilla pertenecía a una familia de poetas, pues poeta de altos vuelos era su hermano José, con quien compartió renombre y triunfos.

Ambos cultivaban la escuela sevillana del divino Herrera y apenas se distinguen las composiciones de los dos hermanos, pues las de Mercedes como las de José de Ve-

lilla eran igualmente viriles, altisonantes, llenas de hermosos pensamientos, de imágenes atrevidas y avaloradas por una forma clásica, irreprochable, por un verso rotundo y sonoro.

Odas escribieron que podían ostentar al pie las firmas de Quintana o de Nicasio Gallego, sin mengua alguna para estos insignes autores.

Mercedes de Velilla intervino en cuantas fiestas literarias se celebraron en su ciudad natal en los comienzos del último tercio del siglo XIX y su lira privilegiada entonó himnos y elegías llenos de soberana inspiración, de sentimiento y de dulzura a todos los grandes acontecimientos que en su época se registraron.

Al terminarse la última guerra civil dedicó un canto hermosísimo a la Paz; al ocurrir la temprana muerte de la Reina Mercedes, la malograda primer compañera de Alfonso XII, la poetisa lloró aquella pérdida en estrofas llenas de honda amargura; cuando los terremotos sembraron la desolación y la miseria en varias provincias andaluzas, el delicado plectro de la eximia trovadora lanzó ayes de dolor capaces de desgarrar los corazones; cuando las letras hispalenses sufrieron uno de los golpes más rudos, la pérdida de la razón del autor insigne de *La Tierra de María Santísima*, Benito Mas y Prat, Mercedes de Velilla escribió una de sus composiciones más admirables, que tiene el amargo sabor de los trenos de Jeremías.

No se dedicó exclusivamente a la poesía lírica; como su hermano cultivó también la dramática con éxito envidiable.

Pruébalo su magnífica obra titulada *El vengador de sí mismo*, que fué estrenada en Sevilla por la compañía del eminente actor don Pedro Delgado y constituyó un verdadero acontecimiento artístico.

Los hermanos Velilla estuvieron relacionados con los principales escritores cordobeses de sus tiempos como Pavón, Fernández Ruano y Alcalde Valladares con quienes sostenían frecuente correspondencia y Mercedes vino a Córdoba y aquí obtuvo el homenaje merecido por sus talentos, para asistir al estreno del original e inspirado drama de su hermano, denominado *A espaldas de la Ley*, que le proporcionó un nuevo triunfo.

Muerto José de Velilla, Mercedes quedó sola y empezó a ver desmoronarse la mezquina hacienda de que ambos disfrutaban.

Trabajando mucho, colaborando en infinidad de periódicos, pudo atender a las necesidades más perentorias de la vida; el Ayuntamiento de su ciudad natal auxilióla algunas veces concediéndole modestas subvenciones con una de las cuales costeó la edición de su libro *Ráfagas*, en el que está recopilada parte de su extensa y valiosa labor poética.

Pero llegó un día en que los infortunios, las dolencias y los años inutilizaron para el trabajo a la benemérita luchadora; vió acercársele el espectro de la miseria y, seguramente hubiera terminado sus días en un hospital, como los terminó su ilustre paisano y compañero de letras don Manuel Cano y Cueto, si unos parientes compasivos no le hubiesen ofrecido albergue en su casa del pueblo de Camas, donde acaba de rendir la jornada de la vida.

Sevilla, y no sólo Sevilla sino la región andaluza, han perdido a la más insigne de sus poetisas contemporáneas. Justo es que le rindan un homenaje póstumo y el tributo mejor sería recopilar todas sus producciones, diseminadas en la prensa, en varios volúmenes, cuya impresión costeara el Municipio hispalense.

Don Luís Montoto Raustentrauch se brindaría, seguramente, a coleccionar y seleccionar los trabajos y don Francisco Rodríguez Marín cerraría la obra con un broche de oro y brillantes poniéndole un prólogo que, como suyo, constituiría una nueva joya de las letras pátrias.

Agosto, 1918.



CALABAZAS A GRANEL

HACE cuarenta años había en Córdoba un ramillete de lindas muchachas de la buena sociedad entre las que figuraba una verdaderamente cautivadora.

La corrección de líneas de su rostro corría parejas con la arrogancia y esbeltez de su figura y a las perfecciones físicas unía el encanto de la gracia, del ingenio, más sugestivo que la belleza.

Aquella criatura excepcional traía de cabeza no sólo a los jóvenes sino a muchos hombres de edad madura y a no pocos viejos, enloqueciéndolos con una mirada de sus grandes y expresivos ojos negros o con una sonrisa de sus rojos y frescos labios.

Siempre llevaba a su alrededor una coorte de admiradores y nunca le faltaba una frase oportuna con que contestar a un piropo, a una broma o a una galantería.

En los paseos y en las tertulias hacía gala de la agudeza de su ingenio, de su locuacidad, sosteniendo la conversación con cuantas personas la rodeaban, una conversación llena de discreteos, intencionada, amena.

En las fiestas y saraos todos los *pollos* se disputaban el honor de bailar con ella y tenían que establecer un riguroso turno para conseguirlo.

Huelga decir que sobre la linda muchacha llovían las declaraciones amorosas; ella escuchaba a todos sus pretendientes y les hacía concebir esperanzas, más que esperanzas ilusiones, las cuales no llegaban jamás a convertirse en realidades.

Aquella mujer, como otras muchas, consideraba el amor como un entretenimiento y el corazón de los hombres un juguete de valor muy escaso.

Andando el tiempo este modo de proceder la envolvió en una atmósfera muy desfavorable. Quien no la tachaba de frívola motejábala de coqueta y más de cuatro jactábanse de haber obtenido favores de la muchacha gentil y encantadora, propalando esta calumnia unos por vanidad y otros por venganza ruin y miserable.

Llegaron a oídos de la joven las especies ofensivas que, contra ella, propalaba el despecho y juró poner en ridículo a sus detractores.

Para conseguirlo ideó un plan maquiavélico y aprestóse a realizarlo, contando con el concurso de unas amigas de la infancia, en cuya suntuosa morada efectuábase frecuentemente fiestas muy lucidas.

Las que se preparaba aquel año, con motivo del Car-

naval, superarían en brillantez a todas las celebradas. En las reuniones de la buena sociedad sólo se hablaba de tales fiestas.

Nuestra protagonista se encargó de organizar y dirigir la del domingo siguiente al de Carnestolendas; sería un baile de trajes que terminaría con una original piñata dedicada por la encantadora joven a sus amigos.

¡Con cuánta impaciencia esperaban todos el sarao! Seguramente quedaría de él un recuerdo imborrable en la historia de los Carnavales cordobeses.

Al fin llegó la anhelada noche; la casa en que había de efectuarse aquel verdadero acontecimiento parecía un jardín y brillaba como un ascua de oro. Por todas partes jarrones, macetas, lámparas, canastillas, porcelanas llenas de flores, mezclábanse con objetos artísticos de gran valor. Infinidad de candelabros de plata y arañas de cristal bañaban en torrentes de luz la señorial casona.

En el salón principal discurrían o formaban grupos damas elegantes, bellas señoritas, jóvenes distinguidos y lindas mascaritas luciendo caprichosos disfraces. Allí había majas dignas del pincel de Goya; jardineras cuyas mejores rosas las ostentaban en las mejillas; gitanas que robaban los corazones; odaliscas de hermosura tal que eclipsaría a la belleza de las huríes del Profeta; mariposas de alas brillantes, y Colombinas capaces de volver loco, no a Pierrot y Arlequín, sino a un guardacántón.

Entre aquella abigarrada y pintoresca multitud se destacaba majestuosa como una reina la arrogante y gentil figura de la directora del sarao. Vestía un elegantísimo

traje blanco, de raso, con larga cola. Un hilo de gruesas perlas se enrollaba en su cuello, como tornasolada serpiente, y en su cabeza una diadema de brillantes competía en destellos con los ojos de aquella soberana de la hermosura.

Nunca la linda muchacha se vió más asediada por los hombres ni estuvo más locuaz, más discreta, más ingeniosa que aquella noche memorable.

Parecía que un resplandor de alegría iluminaba su rostro incomparable, que la llama del genio inflamaba su cerebro privilegiado.

Los rigodones se sucedían graves, solemnes, cadenciosos.

Los amigos de la muchacha alma de la fiesta a quienes aquélla había dedicado la piñata anhelaban que llegase el momento de romper el misterioso globo, seguros de que se producirían grandes sorpresas.

La orquesta preludió el último wals y numerosas parejas lanzáronse a bailar, formando un verdadero torbellino de sedas y gasas, en un ambiente plétórico de alegría, entre oleadas de perfumes y cadencias.

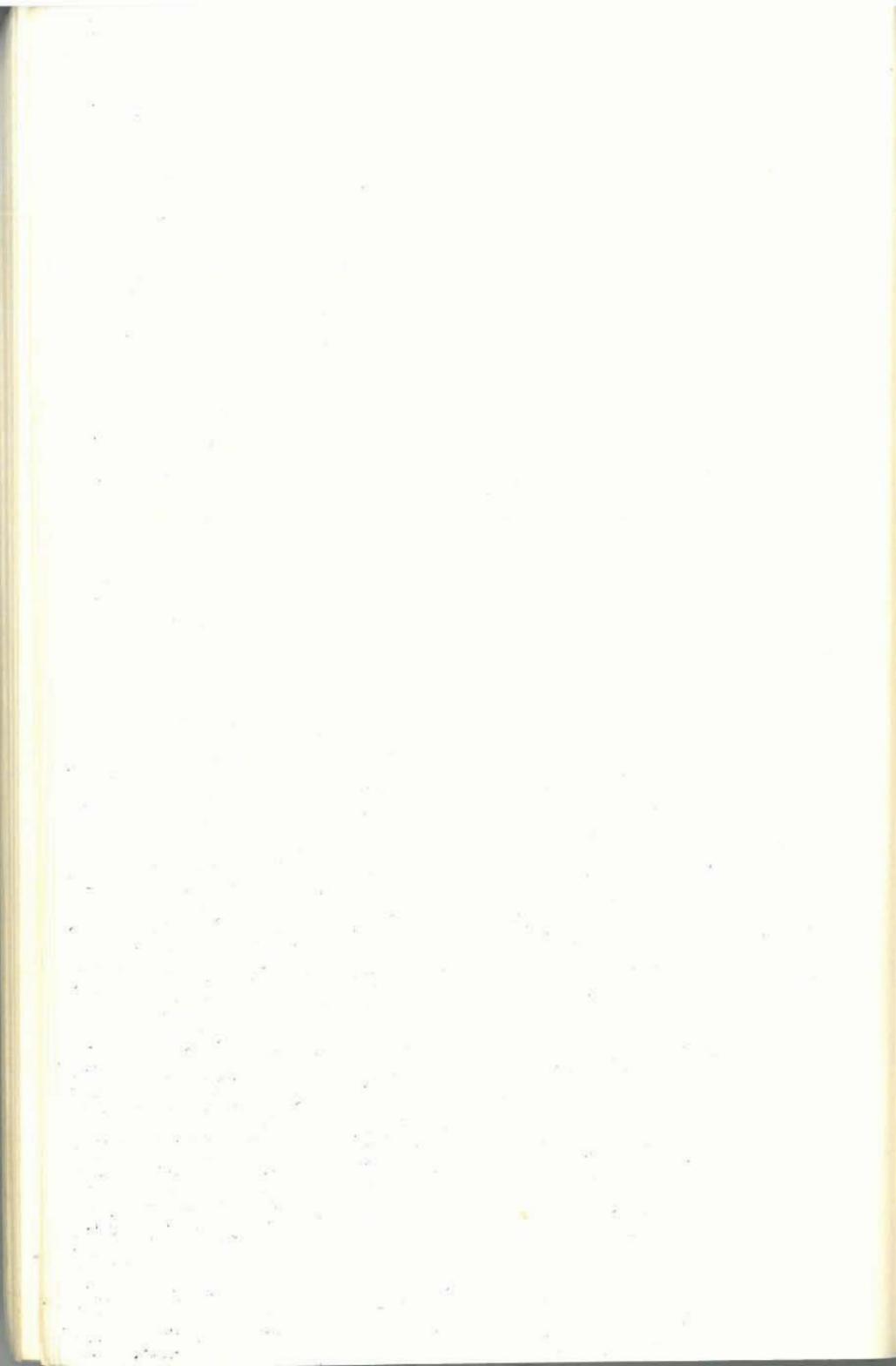
Al concluir la danza, la arrogante y hechicera joven, magestuosa como una reina, rodeada de todos los concurrentes, los hombres en primer término, dirigióse al centro del salón donde pendía del techo artesonado un enorme globo de papel de colores lleno de lazos, flores, cintas y toda clase de adornos.

En medio de la expectación general cogió el cordón que pendía del globo, tiró de él fuertemente y rasgóse la

piñata, cayendo una verdadera lluvia de calabazas de todas clases y tamaños; unas, grandes, análogas a las que usan los peregrinos, otras pequeñitas llenas de esencias, otras más diminutas dispuestas para servir de dije en la cadena del reloj y entre ellas pedazos de calabaza en dulce.

¡Calabazas a granel! exclamó uno de los más obstinados pretendientes de la muchacha y ella contestóle sin vacilar al mismo tiempo que hacía un mohín de desprecio: eso es lo que yo tengo para los imbéciles que me cortejan y difaman.

Febrero, 1926.





UNA REDACCION ORIGINAL

LAS personas que, hace cuarenta años, acostumbraran a deambular por la vieja urbe, a las altas horas de la noche, sin duda fijarían su atención en un hombre de corta estatura, embozado hasta los ojos en airosa capa la mayor parte del año que, invariablemente, al sonar las campanadas de las once en los relojes salía de una vetusta casona de la plaza de San Juan y perdíase en el laberinto de las calles de los Leones, de los Moros, de Juan de Mena y de Diego de León, esta última estrecha y tortuosa en la fecha a que nos referimos.

El hombre aludido marchaba despacio, deteniéndose a cada momento para mirar atrás, temeroso de que le siguieran; procuraba recatarse en la sombra, esquivando las miradas de los transeuntes, a fin de pasar inadvertido para todo el mundo.

¿Tratábase de una persona perseguida por la Justicia o que iba a cometer algún delito? ¿De un conspirador temible? ¿De un amigo de aventuras amorosas, quizá?

No, aquel hombre al parecer misterioso, era un joven y culto abogado, músico y escritor, republicano furibundo, casi demagogo, que soñaba con regenerar a la patria sustituyendo la Corona Real por el gorro frigio.

Para mantener y propagar sus ideales había creado un periódico, un semanario muy pequeño, y todas las noches, cuando salía de la vetusta casona de la plaza de San Juan, marchaba a la redacción del periódico aludido con el propósito de entregarse al trabajo.

¡Y qué redacción tan original era la del diminuto semanario!

Hallábase instalada en una amplia habitación del viejo edificio de la calle de la Plata en que el popular industrial Arévalo hacía la competencia, con una taberna y casa de comidas, al famoso establecimiento análogo de Muñoz Collado, distante pocos metros de aquel.

En la redacción a que nos referimos no había bufetes, ni armarios con libros, ni ganchos en las paredes para colgar los periódicos, ni siquiera cuartillas. Toda la habitación estaba llena de trastos viejos, mesas desvencijadas, sillas rotas, rollos de esteras hechas pedazos y, en medio de todo aquello, una mesa estufa con tapete de hule y dos sillones de enea, en buen uso.

Nuestro hombre, siempre embozado hasta los ojos, penetraba en el pomposamente llamado restaurant de Arévalo sin dar las buenas noches ni cambiar una frase con

las personas que encontrara al paso, aunque fuesen amigos suyos de la infancia; subía la escalera muy de prisa, abría la puerta entornada de la habitación que hemos descrito y se internaba en ella como una sombra.

Allí aguardábale otro hombre que había llegado momentos antes y que se apresuraba a cerrar la puerta, colocando delante de ella una silla para que no pudiera abrirse, porque no tenía llave ni cerrojo.

Este nuevo personaje de nuestra crónica, también abogado, músico y escritor como el que primeramente presentamos a los lectores, era el único redactor del pequeño periódico que allí se confeccionaba.

El hombre misterioso despojábase de su capa, mientras el otro movía la candela del brasero, si era invierno, y llenaba dos copas de oloroso néctar de Montilla contenido en una panzuda botella e inmediatamente sentábanse ambos y comenzaban a hablar en voz muy baja interrumpiendo a cada momento la conversación para tomar un sorbo de vino.

Con la charla alternaba la lectura de cartas y periódicos y, cuando esta concluía, los dos amigos y correligionarios sacaban de sus bolsillos lápices y cuartillas y comenzaban a escribir artículos, sueltos, comentarios a noticias, crónicas y hasta versos, suspendiendo alguna que otra vez su tarea para efectuar un cambio de impresiones o hacer el uno al otro una consulta.

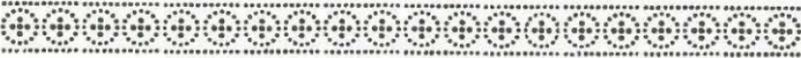
A las altas horas de la madrugada pedían una cena frugal, después unas copas de aguardiente y, entonado el estómago, continuaban el trabajo hasta que en el horizonte comenzaban a aparecer las primeras claridades del día.

Entonces, con apresuramiento, guardaban lápices y cuartillas, levantábanse de los viejos sillones de enea y, embozados en sus capas, salían silenciosos, sin pronunciar una frase, lo mismo que entraron.

Uno tras otro, se perdían en el laberinto de las calles de Diego de León, Juan de Mena, los Moros y los Leones, yendo a detenerse ante la vetusta casona de la plaza de San Juan; allí se despedían, uno penetraba en la señorial mansión y otro proseguía su marcha hacia el barrio de la Catedral.

¿Quiénes eran aquellos hombres? El terrible demagogo don Agustín Gallego Chaparro y su acompañante don Fernando Montis y Vázquez. El periódico que ambos escribían en la original redacción ya conocida de nuestros lectores titulábase *La Vanguardia Republicana*.

Mayo, 1929.



FRASES RECOGIDAS EN EL TEATRO

ERAN los buenos tiempos del teatro español, aquellos tiempos en que no se conocía el cinematógrafo ni la legión de cancionistas y bailarinas que han colocado el arte escénico en una situación verdaderamente deplorable.

Abundaban las compañías de todos los géneros, dramáticas, cómicas y líricas y el público lo mismo acudía a ver un drama de Echegaray, Sellés o Leopoldo Cano que una comedia de Eusebio Blasco, Ramos Carrión o Vital Aza. De igual manera llenábanse nuestros coliseos cuando se anunciaba en ellos la representación de una zarzuela de Barbieri, Arrieta o Chapí que la de una obra del género chico, entonces en sus comienzos, con música de Caballero, Chueca o Valverde.

En el Gran Teatro, el maestro Cereceda acababa de

presentar un espectáculo lleno de atractivos, al que pudiéramos calificar de legítimo sucesor de los famosos bufos de Arderius.

Tratábase de zarzuelas con libro interesante y música inspirada, de gran aparato escénico, muy vistosas, en las que se exhibía un centenar de mujeres jóvenes, hermosas; bien formadas, con trajes caprichosos, que realzaban los encantos femeninos.

La gente no se cansaba de ver *La espada de honor*, con sus maniobras militares a cargo de aguerridas hembras; ni *El chaleco blanco*, con su banda de cornetas formada por lindas muchachas; ni *Trofa gar*, con sus preciosas decoraciones.

Cereceda presentaba las obras con tanto lujo como propiedad, sin omitir un detalle para el mejor efecto de las mismas, y era un director de escena y de orquesta a la vez que competentísimo inexorable; no perdonaba una distracción, un error, un defecto de cómicos ni músicos.

Hombre sumamente nervioso, de carácter agrio, irascible, trataba con extraordinaria severidad, con excesiva dureza a todos los artistas que tenía bajo su dirección, sin reparar en sexos ni edades.

Había entonces en nuestra ciudad una excelente orquesta, constituida por gran número de buenos profesores y algunos jóvenes que se hallaban en los comienzos de su carrera.

Entre estos figuraba uno, falto por completo de aptitudes para la música, que se había obstinado en aprender a tocar el fagot; sus maestros se desesperaban porque el

alumno, según la frase vulgar y gráfica, no salía de un ladrillo; por el contrario, cada día lo hacía peor.

Ensayábase una de las obras que con mayor éxito representaba en todas partes la compañía de Cereceda y éste exageraba su celo a fin de que la interpretación fuera irreprochable.

Una y cien veces obligaba a los artistas a repetir escenas, parlamentos y números de canto y de música, aplicándoles los calificativos más duros cuando se equivocaban.

La orquesta comenzó a tocar con mucho acierto uno de los pasajes más difíciles y delicados de la zarzuela, en el que tenía una parte importante el fagot.

Cereceda, como no oyese dicho instrumento, exclamó airado, al mismo tiempo que daba un fuerte golpe con la batuta en el atril: ¡ese fagot no suena!

Y Angel García Revuelto, el popular director de la orquesta de Córdoba le contestó sin vacilar con la siguiente frase, que encierra un epigrama sangriento: maestro, pídale usted a Dios que no suene.

*
* *

El gran actor Antonio Perrín hallábase en el periodo de su decadencia artística; enfermo, cansado, afónico, presa de un mortal desaliento, parecía adivinar los días infaustos que se aproximaban para el teatro español.

Trabajaba en Córdoba, en nuestro primer coliseo, sin entusiasmo, sin energías, rezando los parlamentos como un cómico de la legua. Sólo alguna que otra vez, en una situación culminante, sentía avivársele el fuego casi extinguido de la inspiración y volvía a ser, por unos instantes, el artista de otras épocas, legítimo heredero de las glorias de su tío y maestro don Antonio Vico, figura inmortal de la escena.

El público de nuestra ciudad no acudía, como en otras ocasiones, a admirarle y aplaudirle y este desvío aumentaba el abatimiento de Perrín.

Una noche en que estaba el teatro vacío, lamentábase el infortunado actor, ante varios amigos, de aquella soledad, durante un entreacto de la función.

—¿Pero cómo han de venir a verte—le objetó el autor de estas líneas—si trabajas de tan mala gana que pareces un aficionado?

—¿Y crees tú—nos contestó—que en los tiempos que corremos puede trabajar de otro modo quien profesa verdadero amor al arte?

El público que asiste hoy al teatro fija su atención en todo menos en la obra que se representa y en la labor de los artistas.

En palcos y plateas las señoras no cesan de murmurar; muchachas y muchachos se dedican al dulce *flirteo*; los señores respetables que ocupan las butacas a pasar revista con los gemelos, a damas y señoritas; la gente de las alturas a charlar en alta voz, a soltar la carcajada en las escenas más emocionantes y, alguna que otra vez, a dirigir frases de mal gusto a los actores.

Hace pocas noches, cuando representé *El zapatero y el Rey*, hubo un momento en que reinó un silencio profundo en la sala; creí que había conseguido apoderarme de la atención de los espectadores, pero cuando terminé mi parlamento percibí en todo el teatro el rín rín que producían muchas bocas al masticar las avellanas y entonces me dí cuenta de la causa de aquel silencio inesperado.

Hoy el público sólo permanece callado en el teatro cuando está comiendo.

*
* *

Eduardo Ortiz era un empresario y director de compañías del llamado género chico muy semejante a Cereceda; como este, representaba las obras con extraordinaria perfección, merced a una serie interminable de ensayos en los que ponía a prueba la paciencia de cómicos y músicos, pues tenía un carácter endiablado.

Todos los veranos pasaba largas temporadas en Córdoba, trabajando con mucho éxito en el Teatro Circo del Gran Capitán. Nuestro público estaba familiarizado con los actores de la compañía de Ortiz, que siempre eran los mismos; el ocurrentísimo Julio Nadal, el grave y serio Rodolfo Recobet, el diminuto y simpático Paquito Soucase.

En cambio, frecuentemente variaba de tiples, contratando siempre a las mejores, a las de más fama, a las que tenían mayor cartel, como se dice en jerga de bastidores.

El año a que nos vamos a referir había traído una verdadera estrella del arte, Matilde Pretel. ¡Qué triunfos obtenía todas las noches en aquel popular coliseo!

Vino a nuestra ciudad, de paso para otra población andaluza, el celebrado escritor cómico don Salvador María Granés y Eduardo Ortiz aprovechó esta circunstancia para poner en escena una obra que en temporadas anteriores le había proporcionado aplausos y dinero en abundancia, la zarzuela titulada *Miss Hellyet*, anunciando que su autor asistiría a la representación.

Dicha zarzuela había valido a la Pretel sus mayores triunfos.

La obra fué ensayada varias veces con cuidado, con esmero exquisito, y Eduardo Ortiz invitó a Granés para que asistiera al ensayo general.

Este se efectuó la víspera del día en que se había de representar *Miss Hellyet*, cuando hubo terminado la función anunciada para aquella noche.

Numerosos amigos del empresario y de los actores acudieron a saborear lo que todos consideraban un acontecimiento artístico. En una butaca de primera fila hallábase Granés.

Comenzó el ensayo; la orquesta y los cantantes interpretaban la obra con singular acierto. Un coro cuyas últimas notas siempre eran ahogadas por los aplausos cuando lo cantaba la mencionada compañía, resultó un prodigio de ejecución.

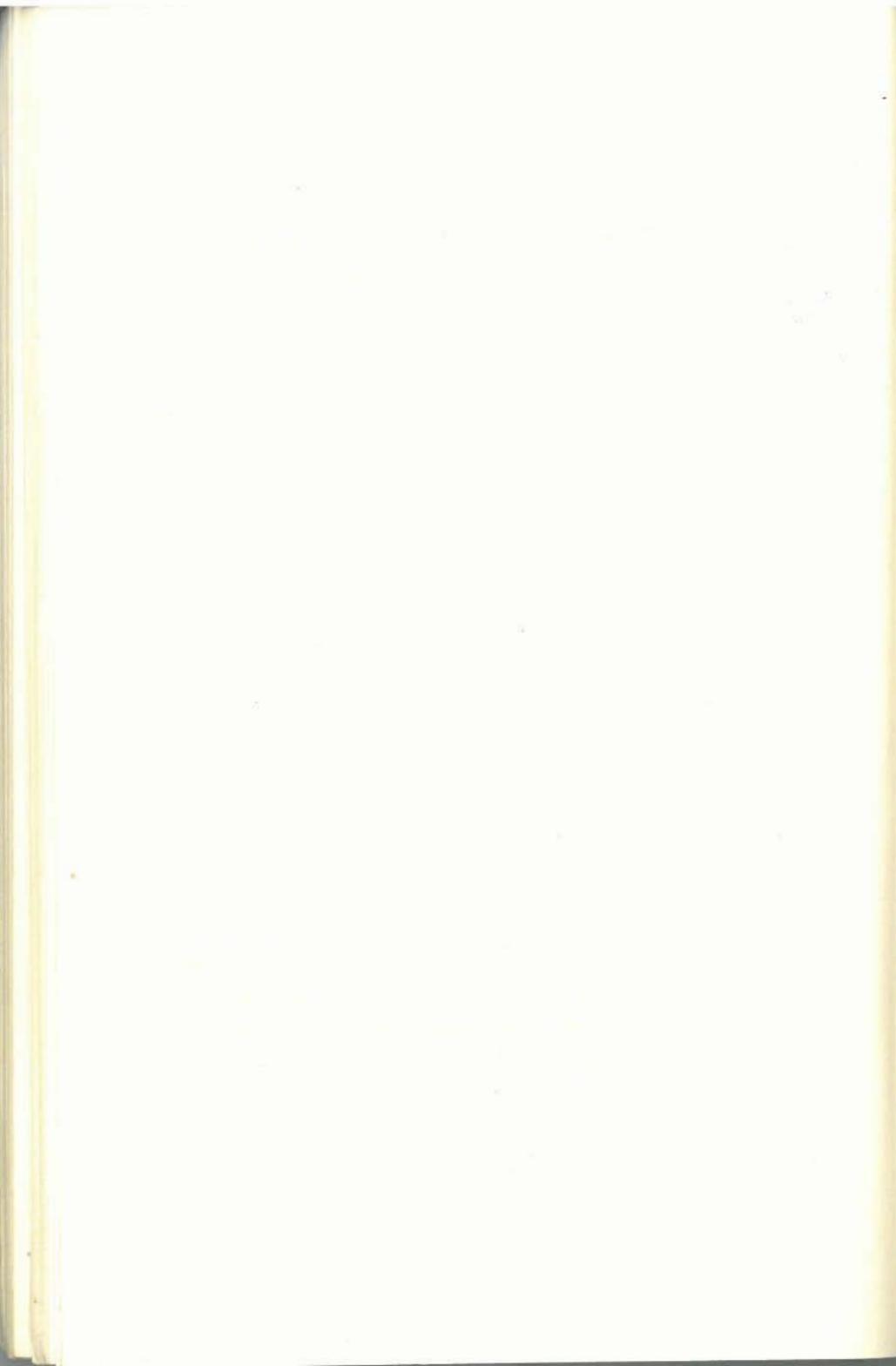
Al terminarse dicho número Eduardo Ortiz soltó la batuta, se levantó de su asiento y dirigiéndose al autor

de la zarzuela preguntóle muy satisiecho, lleno de legítimo orgullo: don Salvador, ¿qué le ha parecido a usted este coro?

Y Granés, sin vacilar, contestó indignado: un coro de salvajes.

El popular empresario y director estuvo a punto de morir de repente.

Mayo, 1929.





UN HOMBRE MISTERIOSO

LAS extravagancias de una señora que no se halla en el pleno uso de sus facultades mentales están sirviendo de tema a la fantasía popular para las invenciones más peregrinas y absurdas.

Por su semejanza con este caso vamos a relatar hoy otro que conservamos en el archivo de nuestros recuerdos.

Las personas que, hace cuarenta años, viajasen frecuentemente en el tren entre las provincias de Córdoba y Granada encontrarían más de una vez, en un coche de tercera, a un hombre extraño que, sin duda, les llamaría la atención.

Era un joven envejecido por los padecimientos físicos o morales, de mirada vaga, taciturno, hosco, que rehusaba hablar contestando a las preguntas que se le dirigían únicamente con monosílabos.

Vestía una larga levita raída y mugrienta sujeta con una correa a la cintura y un pantalón de paño basto tan mal cortado que sus perniles semejaban dos talegas.

Arrollada al cuello ostentaba una bufanda negra, con las puntas colgando sobre el pecho, sin duda para disimular la falta de camisa; calzaba recias botas de campesino y cubría su cabeza, poblada de largo y enmarañado cabello, con un sombrero apabullado y de alas caídas y deformes a consecuencia del uso. Sujeta en el cinturón llevaba una pistola de gran tamaño, vieja y mohosa.

¿Quién era este personaje? Un joven perteneciente a una distinguida y acaudalada familia de Priego. Estudió la carrera de Derecho en la Universidad de Granada, distinguiéndose entre sus compañeros por la viveza de ingenio, por la gracia, por la locuacidad, hasta por la corrección y pulcritud en el vestir.

El ideaba las travesuras más famosas, en su tiempo, de la grey estudiantil, él siempre estaba dispuesto a secundar las que no eran invención suya.

Enamoróse locamente nuestro protagonista de una encantadora y aristocrática señorita de la ciudad del Darro; pusiéronse en relaciones y pronto se concertó la boda para la fecha, no lejana, en que el novio debía terminar su carrera.

Poco tiempo faltaba ya para que el indisoluble lazo del matrimonio uniera a los felices enamorados cuando una terrible desgracia convirtió el idilio en tragedia; una rápida enfermedad llevó al sepulcro, en varios días, a la encantadora muchacha.

El estudiante estuvo a punto de morir de dolor y desesperación; ni un momento separóse del cadáver de su amada hasta que lo acogió la tierra en su seno y, pocas horas después, abandonó a Granada sin despedirse de sus amigos, de sus compañeros, ni siquiera de la familia con que estuvo a punto de emparentar.

Marchó a Priego, decidido a efectuar un cambio radical en su vida.

Huérfano de padre y madre, cedió todos los bienes que poseía a su única hermana, a cambio de que atendiese las necesidades, muy escasas en lo sucesivo, de su hermano. Sólo se reservó la casa donde naciera, una vetusta casona de labor, para recluirse en ella y pasar allí el resto de la existencia completamente solo, consagrado a sus recuerdos, devorando en silencio su pesar profundo.

Las puertas de esta especie de castillo encantado siempre estaban cerradas a piedra y lodo; únicamente a una señal convenida, abríase un pequeño postigo para que entrase un criado de la hermana del misántropo, que le entregaba, sin pasar del zaguán, un cesto con algunos comestibles, o para que saliera el hombre misterioso, muy de tarde en tarde y con la indumentaria descrita, cuando tenía que visitar a su hermana o que emprender un viaje a la ciudad del Albaicín. Algunas de las personas que le conocían desde la infancia pretendían hablarle cuando le encontraban en la calle, pero él esquivaba la conversación, contestando a los saludos con un adiós grave y seco y muchas veces con una inclinación de cabeza casi imperceptible.

¡Qué de comentarios hacía el vulgo acerca de la vida de este ser, extravagante o loco! Quién decía que la pasaba entregado al rezo y a la penitencia; quién que estaba dedicado a escribir una obra que había de producir una revolución en el mundo de la Filosofía; quién, y esto era lo más absurdo, que había conseguido robar el cadáver de su novia y, embalsamado, lo tenía en su casa, rindiéndole culto como a un ídolo.

Había en Priego un muchacho vagabundo, a quien una parálisis privó de la inteligencia y del habla y nuestro protagonista recogióle, sin duda por hacer una obra de caridad, más que porque le acompañase, pues debe ser mil veces preferible la soledad de una persona a la de dos en compañía de que nos hablaba el poeta, si el amor no las une y, sobre todo, si una de ellas jamás vió lucir en su cerebro la divina antorcha de la razón.

¿Nos pregunta el lector a qué iba frecuentemente a Granada el hombre taciturno y hosco? A rezar ante la tumba del sér querido y a adquirir en las librerías las obras nuevas de Literatura, de Filosofía, de Historia, para regresar al pueblo natal con las heridas del corazón más abiertas y provisto del bálsamo que calma los grandes dolores morales, las buenas lecturas.

Un día, el criado de la hermana de este sér extraño llamó insistentemente a la puerta de su casa y nadie le contestó. ¿Qué había ocurrido en aquel antro del misterio?

Acudió el Juzgado y en una de las habitaciones de la vieja casona, sobre un jergón tendido en el suelo y rodeado de libros, encontró, muerto, al hombre siempre triste

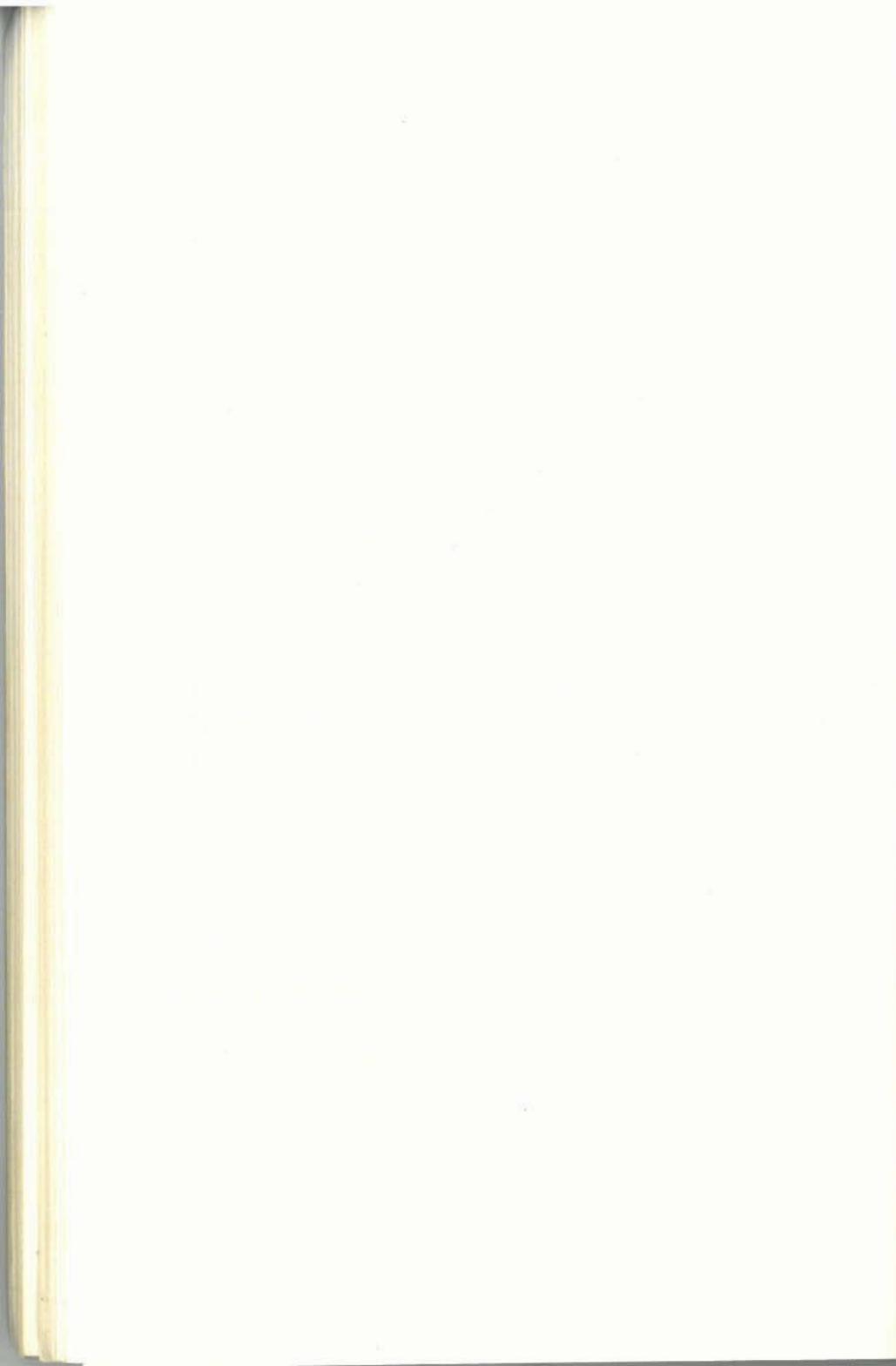
y adusto. A su lado, inmóvil como una estatua, se hallaba el idiota.

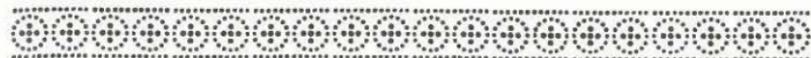
La vivienda, desmantelada sin muebles, presentaba un aspecto desolador.

En la habitación contigua a la que pudiéramos llamar cámara mortuoria, había otro pobre lecho, el del único amigo y acompañante del raro personaje que hemos pretendido bosquejar; en un salón del piso bajo un catrecillo, caballetes, paletas, pinceles y varios lienzos con pinturas decorativas, sin concluir, no exentas de arte y originalidad; por todas partes montones de libros.

Pocas horas después un humilde cortejo acompañaba a su última morada el cadáver del misántropo. Servíanle de mortaja la levita raída, sujeta a la cintura por una correa, el pantalón de paño basto, las recias botas de campesino. En su faz contraída advertíanse las terribles huellas del sufrimiento.

Abril, 1925.





LOS ANIMALES DOMÉSTICOS

ANTIGUAMENTE las casas cordobesas, aquellas amplias casonas que jamás carecían de patio o jardín, de torre o azotea, llenas de plantas y flores, podían ser calificadas de verdaderas arcas de Noé, por el gran número de animales domésticos que se encerraba en ellas.

En las galerías nunca faltaban los canarios, presos en elegantes jaulas que constituían un elemento decorativo, como las esbeltas lámparas y los pedestales con figuras de escayola.

Aquellas aves alegraban con sus armoniosos trinos a los moradores de las casonas y hasta servían de acompañamiento al piano y al repiqueteo de las castañuelas en las improvisadas y agradabilísimas reuniones en que las muchachas hacían gala de sus dotes para la música o para el baile.

En Primavera todos los años recibíamos, en nuestros hogares, una visita que era aguardada con verdadera ansiedad: la de las golondrinas.

Regresaban de Africa para hacer sus nidos en las mismas viviendas en que los construyeron durante los años anteriores y las recibíamos con el gran afecto con que se recibe a un antiguo amigo; ellas también nos alegraban como los canarios, con su interminable charloteo.

En casi ninguna torre faltaba el palomar y había muchos famosos, por el extraordinario número de palomos que en ellos se criaba; podía decirse, sin exagerar, que cuando salían todos, en bandada, nublaban el sol.

Los palomares, además de ser reproductivos, servían de distracción a muchas personas que pasaban horas y horas cuidando y observando a las citadas aves.

Lo mismo podía decirse de las gallinas, que nunca faltaban en los corrales de las viviendas de nuestros abuelos.

Los cazadores tenían las paredes, las ventanas y los balcones de sus casas llenos de tablillas y jaulas con jilgueros, verderones, perdices, codornices y otras aves dedicadas al reclamo.

La mayoría de los individuos que regresaban de Cuba, después de haber ejercido allí cargos, cuando aquella isla pertenecía a España, traían loros y cotorras, muy bien enseñados a hablar, los cuales en su continua charla constituían las delicias de la *gente menuda* y de bastantes personas mayores que se detenían, para oírlos, debajo de los balcones donde, encerrados en grandes jaulas, hacían gala de su *inacabable verborrea*

En ciertas épocas del año todos los muchachos comprobaban ya el abejaruco de pintado plumaje, ya el gorrión para convertirlo en gallo poniéndole una cresta de balleta colorada, ya el grillo en su jaula de caña, que había de atormentarnos los oídos con el incesante roce de sus élictros en las calurosas noches de verano.

En la esbelta fuente de mármol que se levantaba en el centro del patio de las señoriales mansiones y en el pilón del jardín los peces multicolores formaban parte de la vistosa policromía, de la brillante gema compuesta por aves y flores.

Sobre la mesa estufa o en un cojín en invierno y en la fresca butaca de lona en estío, dormitaba el gato romano, limpio, gordo, de pelo reluciente, objeto de todos los cuidados de la abuela, y a los piés de su amo el perro, fiel y constante guardián de la casa, garantía de la tranquilidad de sus moradores.

En una habitación preparada al efecto hallábanse los gusanos de seda, cuya cría era uno de los principales y más provechosos entretenimientos de las mujeres.

Los ricos hacendados cifraban su más legítimo orgullo en poseer en sus cuadras magníficos troncos de caballos para los carruajes, hermosos corceles para montarlos, pequeñas y bonitas jacas para pasear a los niños y no pocos ancianos, a los que el peso de los años apenas permitía andar, tenían para utilizarlos en sus paseos, prefiriéndolos al coche, buenos burros con vistosos atalajes y un enorme albardón cubierto con una zalea, en el que iba el jinete tan cómodo como en un colchón o poco menos.

No faltaban familias cuyas casas eran verdaderos parques zoológicos; no sólo abundaban en ellas los animales domésticos; los había de todas clases, incluso fieras.

Sin remontarnos al vizconde de Miranda, que tenía en su palacio un novillo para ensayarse en el arte del toreo, citaremos el caso de una dama aristocrática que mandó encerrar varios venados en los sótanos de su vivienda y el de un malogrado artista, no hace muchos años fallecido, que poseía en la suya gatos, perros, grajos, urracas, monos, ciervos, lobos y casi toda la fauna conocida.

Un mono y un ciervo acompañaban constantemente al original artista a que nos referimos y, aunque más de una vez jugaronle una mala partida, él aseguraba que eran sus mejores y más leales amigos.

Julio, 1929.



De cómo una cesta de mariscos puede convertir a un muchacho en bandolero

CUANDO ya nadie se acordaba del bandolerismo andaluz, cuando habían desaparecido sus principales figuras, el Bizco del Boje, Soniche, Chorizo, Manuel Vizcaya, el Niño Nuevo, Pernales, el Niño de Arahal, el Niño de Gloria y otros malhechores de celebridad bien triste, tuvo aquel en la provincia de Córdoba un epílogo, que hoy constituye una nota de actualidad

En los pueblos de la campiña, allá por los años 1913 y 1914, surgió un nuevo bandido, que pronto sembró el pánico en Cabra, Montilla, Aguilar y sus contornos.

Decíase de él que era un hombre temible; siempre estaba dispuesto a vender cara su vida, cuando le hacían

frente, y así lo demostró matando a un guarda jurado, de un certero disparo de escopeta. Diariamente se presentaba en los cortijos de la comarca, exigiendo, con amenazas terribles, dinero, comida, tabaco, todo cuanto necesitaba, incluso una tercerola si la suya había quedado inservible o una jaca briosa para burlar a la Guardia civil cuando le perseguía de cerca.

¿Quién era este émulo de Diego Corrientes y José María? El *Rubio Tamajón*. Sólo al oír su nombre temblaban los labradores y campesinos.

Cierto día—finalizaba el año 1914—circuló una noticia que produjo inmenso júbilo en los pueblos de la campiña cordobesa; los operarios de la hacienda llamada Santa Rosalía, del término de Montilla, habían logrado detener al famoso bandolero, entregándolo a la bene mérita.

Al poco tiempo tuvimos ocasión de hablar con los autores de la captura; eran estos tres hombres jóvenes, recios, fornidos, cada uno de ellos capaz de matar un toro de un puñetazo.

Nos refirieron con gran lujo de detalles el acto de la detención, consiguiendo impresionarnos profundamente.

El *Rubio Tamajón* se presentó en el caserío de la finca, exigiendo que le diesen algunas viandas; dijéronle que sólo tenían pan y el malhechor ordenó que le hicieran unas sopas.

Mientras se las preparaban sentóse en una silla, en medio de la cocina, con la tercerola entre las piernas.

Los trabajadores, después de conferenciar reservada-

mente, se decidieron a intentar la captura del *Rubio* arrojando toda clase de peligros.

Con este fin, dos de los más fornidos y animosos se presentaron en la cocina, donde otro se ocupaba en condimentar las sopas.

Los tres, aprovechando un descuido de *Tamajón*, se abalanzaron sobre él, y le sujetaron por la espalda.

El bandolero dió un salto de tigre y logró desasirse de sus opresores, pero estos, resueltos a jugarse el todo por el todo, le volvieron a sujetar fuertemente y, juntos con él, rodaron por el suelo.

La lucha fué titánica; rugidos, amenazas, blasfemias y gritos de rabia, salían incesantemente de la boca del malhechor.

Al fin los campesinos, tras desesperados esfuerzos, lograron desarmarle, quitarle la escopeta, asida tan fuertemente por las manos del *Rubio*, que parecía una parte integrante de su cuerpo.

Con un largo y recio cordel lo amarraron, enrollándolo desde los piés hasta los hombros y, ya bien sujeto, sin temor de que se escapara, pues sólo podía mover la cabeza, uno de los obreros se dedicó a darle de comer, a mano, las sopas, mientras los otros iban a avisar a la Guardia civil.

A la media hora presentábanse en la finca de Santa Rosalía varias parejas del benemérito instituto para hacerse cargo del bandido.

Al ser trasladado éste a la Cárcel de Córdoba fuimos a visitarle. Apenas penetramos en la sala de conferencias,

presentóse en la puerta de la misma un muchacho que, cortés, se quitó la gorra y nos dió los buenos días, permaneciendo allí, a nuestro juicio, en espera de que llegase el bandolero para acompañarle durante nuestra entrevista.

Como el tiempo transcurría y el malhechor no llegaba, preguntamos al jovenzuelo: pero el *Rubio Tamajón* ¿no viene? Y aquél respondió: el *Rubio Tamajón* soy yo.

Nuestra sorpresa no tuvo límites; habíamos supuesto que se trataba de un hombre terrible, de complexión atlética y nos hallábamos frente a un rapazuelo alto, delgado, esmirriado, que, como vulgarmente se dice, no tenía media bofetada.

En aquel momento vino a nuestra memoria el relato espeluznante de la detención del bandolero y nos convencimos de que es muy frecuente el caso de tomar por gigantes a los molinos de viento.

Las manifestaciones que nos hizo *Tamajón* no tuvieron gran interés, pero con ellas y con las noticias que adquirimos en diversas fuentes de información, podemos reconstituir la historia del émulo y sucesor del Bizco del Boje y Pernales.

Domingo Ruiz Gaspar (a) *Rubio Tamajón* es natural de Cabra y frisaba entonces en los diecinueve años.

Enemigo de la sujeción y del trabajo, desde niño dedicóse a la vagancia, encenagándose en el vicio. La taberna y el prostíbulo fueron su escuela, que tuvo en él a uno de sus discípulos más aventajados y no había escándalo, pendencia ni orgía de gente de baja estofa en que *Tamajón* dejara de figurar.

Un día eucontró en la Estación de los ferrocarriles de Cabra una cesta de mariscos enviada, desde un puerto, a un vendedor de dicha mercancía; apoderóse de ella y repartió su contenido entre las mujeres de mala vida, moradoras de los lupanares.

Por aquel hecho le prendieron y procesaron y, al poco tiempo, logró evadirse de la Cárcel de Cabra.

Huyó entonces de su ciudad natal, vagando por los campos egabrenses y buscando refugio en los caseríos, donde, unas veces por medio del ruego y otras por la amenaza, conseguía que le diesen comida y que le permitieran descansar en los pajares.

Los campesinos estaban ya hartos de las continuas exigencias de Domingo Ruiz Gaspar. El 9 de Febrero de 1914, dos guardas jurados de la Comunidad de Labradores de Cabra intentaron detenerle; él pretendió ocultarse entre unos ramones y desde allí disparó contra uno de los guardas, Rafael Salazar Castro, al mismo tiempo que éste hacía otro disparo sobre el bandolero.

La bala de la tercerola del malhechor produjo la muerte instantánea al guarda jurado y la de Salazar Castro hiirió levemente, en un brazo, a Ruiz Gaspar.

El *Rubio* logró huir y extremada su persecución por este hecho, para burlar a la Guardia civil, tuvo que extender su radio de acción a Montilla, Aguilar y otros pueblos de la campiña cordobesa.

La muerte del guarda jurado le dió una triste celebridad y sirvióle para sembrar el pánico entre los campesinos.

Presentábase en los caseríos y disponía de cuanto encontraba en ellos, como si fuese su amo.

Quiso imitar las hazañas de José María, Diego Corrientes y los Siete Niños de Ecija y el 26 de Febrero de 1914, en la carretera de Cabra a Doña Mencía, asaltó un coche en el que iban don Juan Moreno Güeto y don Alberto Cavanna, candidato a diputado a Cortes por aquel distrito, que efectuaba un viaje de propaganda electoral, robando diez pesetas al primero y sesenta al segundo.

Efectuada la captura de Domingo Ruiz Gaspar, en la forma que ya hemos dicho, el bandolero fué entregado a la Justicia, instruyéndosele seis procesos, uno por homicidio y atentado, dos por robo y tres por amenazas.

En la Audiencia de Córdoba celebráronse las vistas de dichas causas, en los años 1915 y 1916, siendo en todas condenado.

En la instruida por homicidio del guarda jurado Rafael Salazar Castro y atentado contra el otro guarda que le acompañaba, se le condenó a la pena de dieciocho años, diez meses y dos días de reclusión temporal; en la seguida por robo a los señores Moreno Güeto y Cavanna, se le impuso la pena de tres años, ocho meses y un día de presidio correccional y las demás condenas fueron de poca importancia.

El *Rubio Tamajón* sólo ha estado en presidio doce años, por haberle comprendido varios indultos y, al obtener la libertad, volvió a su pueblo natal, Cabra, continuando la vida de crápula y orgía que observara en sus años juveniles.

Recientemente le ocurrió un suceso que tuvo *mal ange*, según él mismo decía.

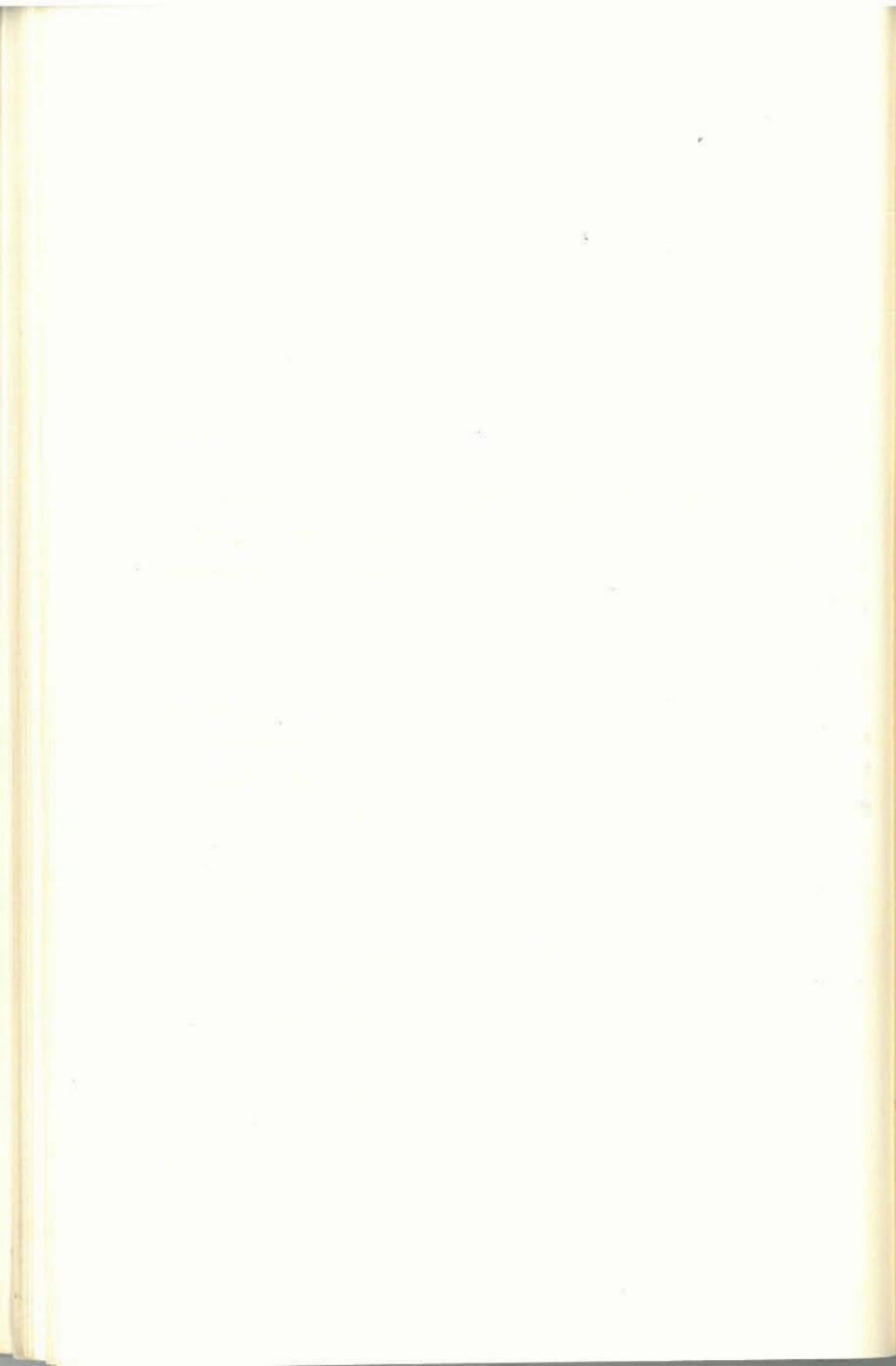
Hallándose embriagado promovió escándalo en una taberna y se negó a pagar el valor del consumo que había hecho; el dueño del establecimiento avisó a los agentes de la autoridad y presentóse en la botillería un cabo de la Guardia municipal, que fué agredido con una navaja por *Tamajón*.

El funcionario del Municipio, para repeler la agresión, tuvo que disparar su revólver, repetidas veces, contra Ruiz Gaspar, quien resultó con tres balazos en distintas partes del cuerpo.

Condujéronle a Córdoba y aquí, en el Hospital de Agudos, se halla convaleciente de las lesiones que sufrió.

De dicha casa benéfica pasará a la Cárcel para seguir su triste odisea comenzada, hace tres lustros próximamente, como consecuencia del robo de una cesta de mariscos en la Estación de los ferrocarriles de Cabra.

Agosto, 1929.





UN DOCUMENTO CURIOSO

ANTIGUAMENTE. en varias ocasiones, cuando terribles epidemias fueron el azote de los pueblos, no se vió libre de ellas esta ciudad, aunque jamás hicieron aquí los estragos que en otras partes, pues por algo erigióse en nuestro custodio

«el Arcángel dorado que corona
de Córdoba las torres»

como dijo el poeta.

En los años 1649 y 1650 registráronse en Córdoba muchos casos de peste y, al desaparecer por completo la terrible enfermedad, efectuóse la publicación de la salud con diversos actos y fiestas celebrados el 24 de Julio del ya citado año de 1650, según se consigna en uno de los libros de obvenciones de la Catedral, cuyo relato vamos

a reproducir a continuación, por considerarlo interesante y curioso.

Helo aquí:

«Domingo veinticuatro de Julio de mil y seiscientos y cincuenta por la tarde se publicó la salud en esta ciudad con común alegría y regocijo de todos y con toda justificación porque por la misericordia de Dios Nuestro Señor se ha consumido el achaque de Peste que ha padecido esta ciudad y salieron a caballo los Señores cavalleros veinte y cuatro y Jurados con maceros delante en forma de ciudad; y delante de todos el Portero mayor, vestido de raso blanco, calzón y ropilla y gorra y ropón de damasco blanco y en la mano derecha un pendón blanco y de esta forma fueron a dar las gracias al Santo Cristo del Convento de la Merced y de allí en la misma forma vinieron a esta Catedral y aviendo pasado por delante de las Casas Obispales se apearon a la Puerta del Perdón y en la forma referida entraron por los postigos del coro al altar mayor donde estaba la imagen de Ntra. Señora Santísima de Villaviciosa y las Reliquias de los Santos mártires Fausto, Enero y Marcial y sus compañeros que para este efecto se habían puesto en él. Y estando inclinados de rodillas salió el Preste que fue el Señor Don Gaspar Daza R^o Cortero; dijo las oraciones *pro gracie accione* y luego volvieron a salir en la misma forma.

A toda esta acción asistieron todos los Señores Prevendados Cabildo de esta Santa Iglesia, en sus sillas de coro sin hacer recibimiento alguno al dicho Cavildo de la Ciudad.

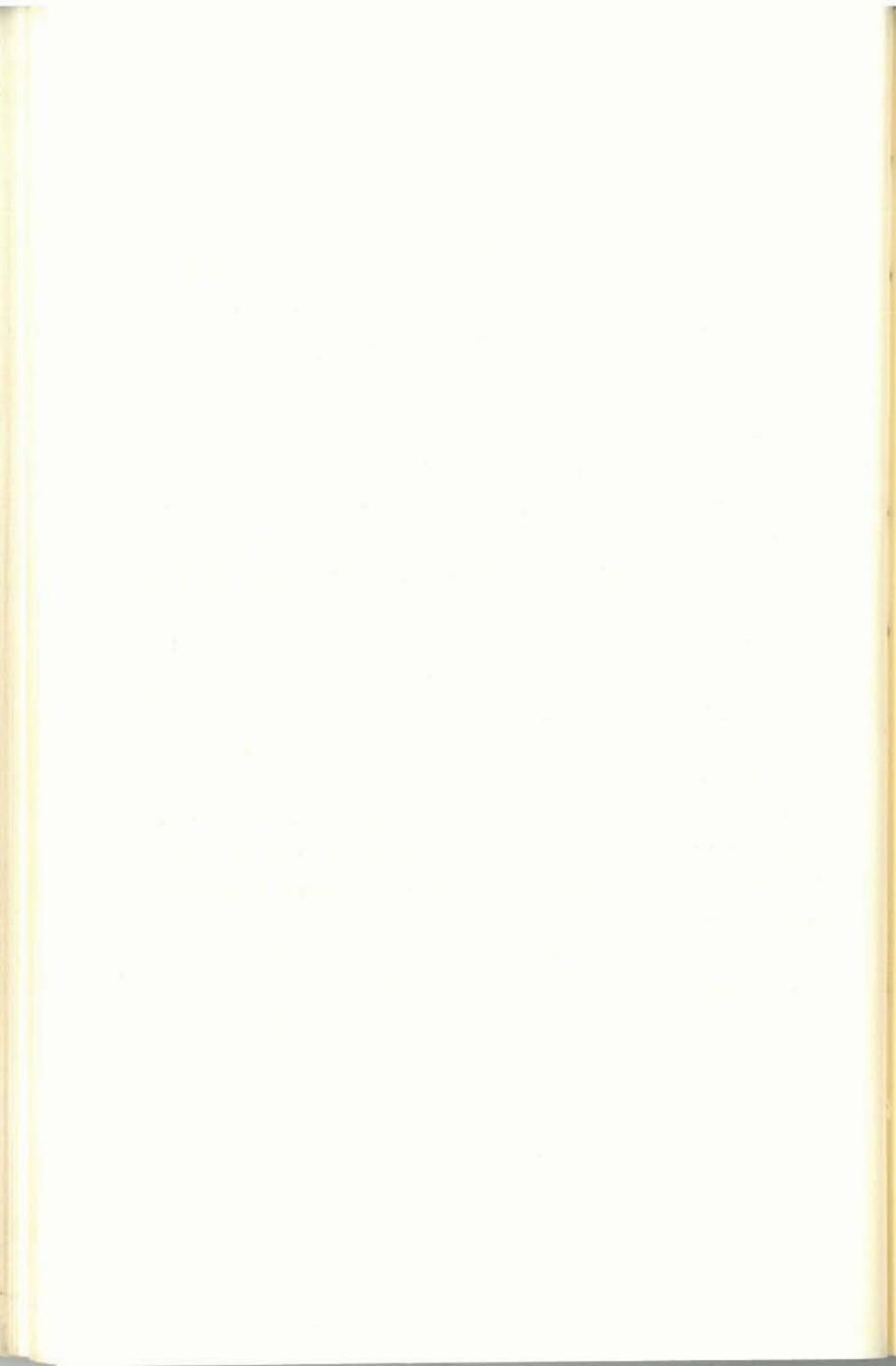
Las iluminaciones que se pusieron esta noche en toda la ciudad fueron tantas que hicieron de la noche día y el regocijo que tuvieron los ciudadanos no se puede explicar ni es para relación tan corta.

Al día siguiente lunes día del Apóstol Santiago patrón de las Españas vinieron ambos Cabildos Eclesiástico y Secular con asistencia del Señor Don Fray P.^o de Tapia Obispo de esta Ciudad a dar las gracias al Santísimo Sacramento en este Sagrario y fueron llevada en procesión a Nuestra Señora de Villaviciosa y las Reliquias de los Santos Mártires y sus compañeros. Y en el mismo orden se volvieron al coro.

Predicó el Señor Obispo Tapia en el púlpito al lado del Evangelio dando gracias al Todopoderoso. Una de las cosas más reparables fue que en el mismo día que se publicó la salud en este dicho año se publicó en el de mil y seiscientos y dos.

De este modo celebró Córdoba la desaparición de la epidemia colérica, la víspera y el día de la festividad del Patrón de España, hace la friolera de doscientos setenta y nueve años.

Julio, 1929.





MATEO INURRIA

EL Arte español está de duelo; el eminente escultor Mateo Inurria ha dejado de existir el 21 de Febrero de 1924 en Chamartín de la Rosa (Madrid).

Mateo Inurria Lainosa nació en Córdoba y contaba cincuenta y ocho años de edad.

En nuestra inolvidable Escuela provincial de Bellas Artes, plantel de ilustres artistas, estudió Dibujo, Modelado y Vaciado, sobresaliendo por sus extraordinarias aptitudes en aquella época en que eran alumnos del mencionado centro hombres que llegaron a obtener una sólida reputación en el mundo del Arte, tales como Rafael Romero de Torres, Tomás Muñoz Lucena, Hidalgo y Gutiérrez de Caviedes y otros.

Mateo Inurria realizó grandes progresos en sus estu-

dios, especialmente de Modelado y Vaciado, y decidió dedicarse a la Escultura, que era objeto de su predicación.

Pensionado por la Diputación provincial amplió sus estudios y completó su carrera en Madrid y en Roma, donde también se destacó entre sus compañeros por la corrección irreprochable de sus obras.

Con destino a una Exposición de Bellas Artes convocada en Madrid, produjo la obra que había de constituir la base de su reputación, la estatua titulada «El Náufrago».

Envióla a la Corte y el jurado de la Exposición la rechazó, considerándola un vaciado del natural; ¡tan admirablemente hecha estaba!

Esta decisión injusta produjo gran indignación en Córdoba; contra ella protestó el claustro de profesores de la Escuela provincial de Bellas Artes; su director don Rafael Romero Barros se dirigió al jurado antedicho asegurándole, bajo palabra de honor, que la estatua «El Náufrago» no era un vaciado y añadiendo que su autor se comprometía a destruirla y hacerla nuevamente ante los señores que de manera tan errónea la juzgaban, pero aquellos persistieron en su decisión y la admirable obra no fue admitida.

Entonces Córdoba rindió un homenaje de desagravio a su gran escultor, consistente en varios actos, entre ellos una fiesta en el Gran Teatro, en la que tomaron parte oradores, poetas y músicos de valía.

La Diputación provincial adquirió «El Náufrago», que actualmente figura en el Museo de Bellas Artes.

La decepción sufrida no entibió los entusiasmos de

Mateo Inurria que continuó realizando en Córdoba una labor tan intensa como notable.

De esta época son su magnífico alto relieve «Las minas de carbón», las estatuas «Séneca» y «El sátiro y la ninfa» y otras muchas obras de mérito.

Inurria tuvo una intervención muy eficaz en la restauración de la Mezquita durante su primer periodo; él restauró, asimismo, el monumental templo de San Pablo y efectuó los trabajos de ornamentación del precioso saloncito del Círculo de la Amistad decorado con pinturas de otro ilustre artista cordobés, el gran dibujante Angel Díaz Huertas.

Ejerció durante algunos años la dirección de nuestra Escuela de Artes y Oficios y luego fue nombrado catedrático de la de Madrid, trasladando con este motivo su residencia a la Corte.

Allí continuó su labor tan fecunda como admirable, ejecutando gran número de estatuas y varios monumentos que consolidaron su reputación y le colocaron a la cabeza de nuestros escultores.

De estas notabilísimas obras sobresalen las esculturas tituladas «La Forma», con la que obtuvo la medalla de honor en la exposición celebrada en Madrid en el año 1920; «La Parra» y «Crisálida», «Mariposa» y «Flor de Granada»; tres prodigiosos desnudos que figuran en el Casino de Madrid y que son las últimas obras que ha dejado terminadas el gran artista.

De sus monumentos citaremos el erigido en Madrid al pintor Eduardo Rosales y el levantado en Córdoba al

Gran Capitán, en el que puso todos sus entusiasmos y todos sus amores.

En unión del ilustre arquitecto Anasagasti realizó una de sus obras más inspiradas; un proyecto de monumento a Cervantes, en el que simbolizaba en el agua de una serie de fuentes, combinadas de modo muy artístico, la pureza del habla castellana, la cual tiene su fuente en el Quijote.

Completan su producción retratos de extraordinario parecido y otras obras hechas en metales.

Con destino a un mausoleo del cementerio de Buenos Aires hizo un magnífico grupo escultórico titulado «Cristo Redentor» y cuando le sorprendió la enfermedad que le ha llevado al sepulcro se ocupaba en esculpir dos estatuas colosales, una de «Cristo» y otra de «San Miguel», con destino a la necrópolis del Este, de Madrid.

Mateo Inurria era un escultor realista portentoso; reproducía la figura humana de una manera insuperable; sus desnudos de mujer son maravilla de ejecución.

Obtuvo múltiples y merecidas recompensas en certámenes y exposiciones celebrados en Córdoba, Zaragoza, Madrid, París, Londres y otras capitales de España y del extranjero.

Casi en los comienzos de su carrera envió a una exposición celebrada en Chicago una estatua de Santa Teresa, que obtuvo grandes elogios de la crítica y no pudo ser devuelta a su autor porque desapareció sin que lograse averiguarse quién se apoderó de ella.

Inurria ostentaba títulos muy honrosos; era Caballero

de la Orden francesa de la Legión de Honor y pertenecía a importantes corporaciones, entre ellas la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba y la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid.

Nuestro ilustre paisano sufrió hace algún tiempo una grave enfermedad, de la cual se hallaba convaleciente cuando efectuó sus últimos viajes a Córdoba, para tratar de la colocación de la estatua del Gran Capitán.

Con el fin de restablecerse por completo marchó a Chamartin de la Rosa y allí sufrió un ataque de hemiplejía que le ha arrebatado la vida.

La noticia de la irreparable desgracia fue comunicada en un telegrama por el arquitecto señor Anasagasti al Alcalde de Córdoba, quien inmediatamente la trasmitió a las demás autoridades, corporaciones oficiales y centros de cultura, produciendo en todas partes una impresión dolorosísima.

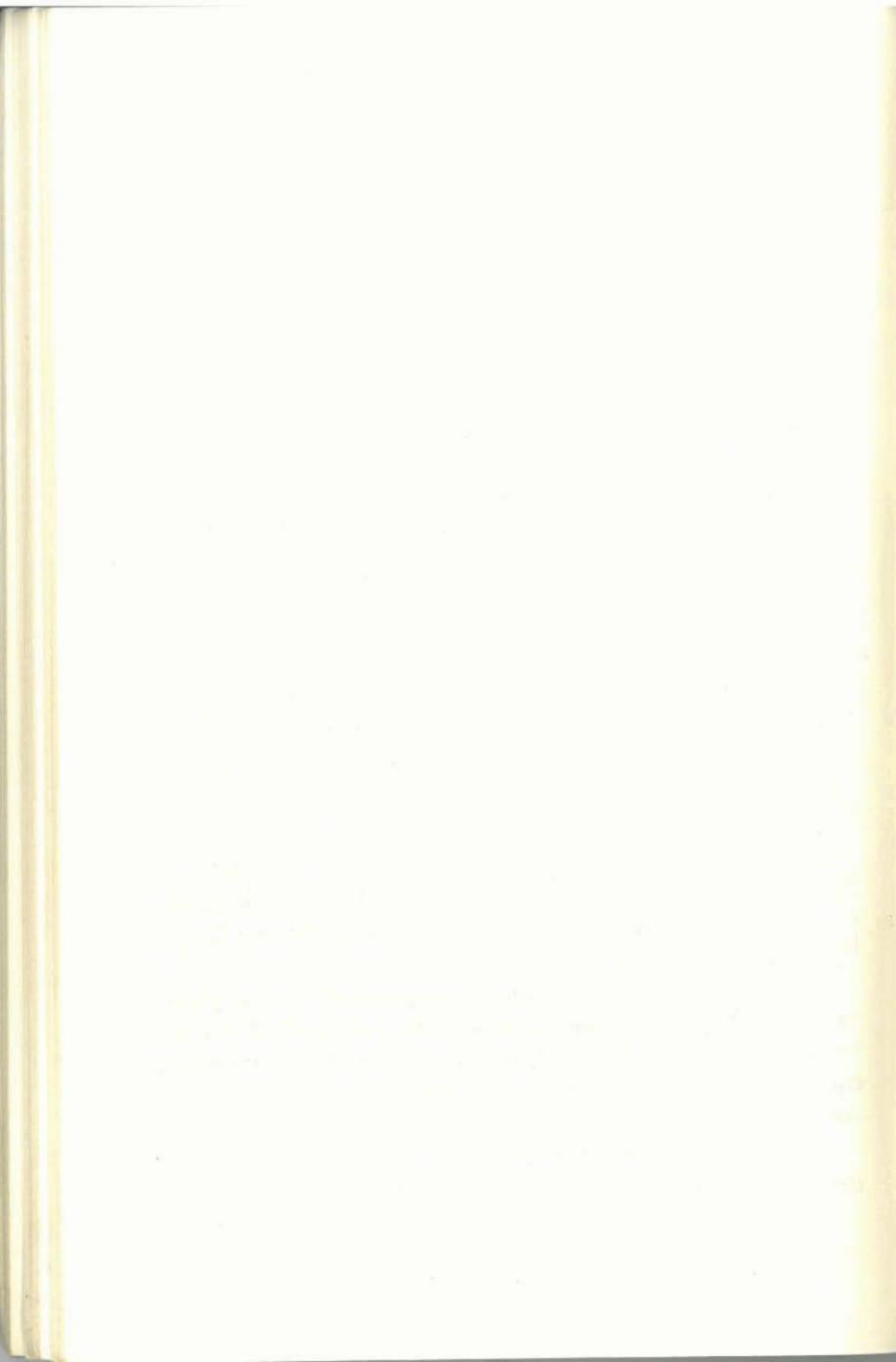
En las Casas Consistoriales y en todos los Casinos fueron colocadas colgaduras negras y en la Escuela de Artes y Oficios se suspendió las clases en señal de duelo.

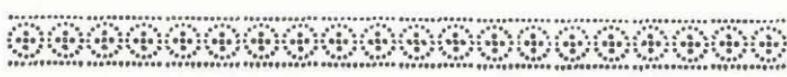
El Alcalde envió a la señora viuda de Mateo Inurria el telegrama siguiente:

«En nombre ciudad entera representada por el Ayuntamiento, reciba la manifestación del profundo dolor por la muerte de su esposo. Córdoba pierde en su malogrado esposo un hijo preeminente y queridísimo. *Juan de la Cuesta.*»

Descanse en paz el insigne artista.

Febrero, 1924.





LA PLAZA DEL SALVADOR

ANTIGUAMENTE era uno de los lugares más típicos de la ciudad la plaza del Salvador, pródiga en recuerdos históricos, pues en ella se escribieron muchas páginas del martirologio cordobés durante la época de la dominación romana, en que estuvo allí el anfiteatro, al que eran conducidos los cristianos para que los devorasen las fieras.

El Santo Rey, al reconquistar a Córdoba, dispuso la construcción, entre otros conventos, del de religiosos dominicos llamado de San Pablo, cuyo templo monumental que se levanta en la plaza del Salvador, consérvase en perfecto estado, merced a las importantísimas restauraciones efectuadas en él por iniciativa y en virtud de las gestiones del ilustre Padre Antonio Pueyo, en la actualidad Obispo de Pasto (Colombia).

El convento a que nos referimos también posee una historia brillante; en sus comunidades abundaron los hombres insignes por su saber y sus virtudes y en aquellos amplios y severos claustros, ya casi desaparecidos, se cultivó artes e industrias, como las de la Imprenta y la encuadernación.

Hace un siglo, como el centro de la población eran la calle del Ayuntamiento y sus inmediaciones, la plaza de San Salvador, así la llamaba la gente y aún siguen llamándola muchas personas, estaba destinada al comercio y puede decirse que constituía una prolongación de la plaza de la Corredera.

Abundaban en ella las zapaterías, las clásicas tiendas de calzado de cordobán, con el techo lleno de zapatos y botas colgados, y en las que jamás faltaba, tras el mostrador de *pintado pino*, la interesante figura del maestro, hombre de edad madura, casi siempre calvo, con unas enormes gafas cabalgando sobre la punta de la nariz, que, provisto de grandes tijeras, cortaba las bien curtidas pieles, procedentes de nuestras famosas tenerías.

Entre estos zapateros destacábase el popular maestro Tena, que era, a la vez, notable numismático, panadero y, según él aseguraba, *medio méico* y cirujano.

Tampoco faltaban en el lugar que motiva esta crónica los establecimientos de bebidas, pero no las tabernas clásicas de nuestra ciudad con amplias habitaciones y patios alegres llenos de flores, sino unas tiendas muy reducidas, en las que el parroquiano tenía que permanecer ante el mostrador todo el tiempo que duraban las libaciones.

En la esquina de la calle de Carnicerías hallábase el casinillo de los labradores, del que Manolico Molina era el alma, y allí se reunían, todas las mañanas, los agricultores más caracterizados para *matar el gusanillo* con unas *chicuelas* de aguardiente y contratar a los trabajadores.

En el muro foral de una casa próxima al templo de San Pablo veíase, en una hornacina, una imagen, tallada en madera, de la Inmaculada Concepción, que tenía muchos devotos.

En la parte de la plaza que hay frente a la ya citada calle de Carnicerías, destacábase, a gran altura, cerca de las nubes, al parecer, una escultura de San Rafael, que aún se conserva, situada en una terraza de la casa solariega de los Condes de Hornachuelos, hoy perteneciente a las Casas Consistoriales

Dos faroles alumbraban, durante la noche, a la imagen de nuestro ínclito Custodio, y servían de faro a los cazadores que se perdían en las fragosidades de Sierra Morena, por divisarse aquellas luces, desde enorme distancia. La gente llamaba a los faroles indicados los ojos del Conde.

En la plaza de San Salvador realizábase hermosas manifestaciones de la fe de nuestros antepasados.

Muchas veces, como fuera excesivo el número de fieles que asistía a las fiestas religiosas en la iglesia de San Pablo, para no privarles de oír los sermones, instalábase un púlpito en medio de la plaza del Salvador y desde allí dirigían la palabra a la muchedumbre los oradores.

El beato Francisco de Posadas, a quien hoy venera-

mos en los altares, que había nacido en una casa próxima al mencionado templo, pronunció muchas oraciones sagradas en el lugar a que nos venimos refiriendo.

Frecuentemente el orador, al ver a su anciana madre que acudía a oírle, interrumpía el sermón para decir al auditorio: hagan ustedes el favor de dejar un sitio a mi viejecita, que viene a escucharme.

¡Con qué extraordinaria brillantez se celebraba en el templo de la residencia de los Padres dominicos la novena en honor de Nuestra Señora del Rosario y qué gran solemnidad revestía la procesión de la Santísima Virgen bajo dicha advocación!

Para presenciarla congregábase en las calles de la carrera casi todo el vecindario de la ciudad; las fachadas de las casas lucían colgaduras e iluminaciones y, al paso de la efigie, encendíase bengalas, lanzábase al espacio cohetes y se quemaban vistosas ruedas de pirotecnia.

Muchas de las personas que iban a la Corredera para hacer la despensa, antes o después de efectuar las compras, acudían a la iglesia de San Pablo para oír la Misa, teniendo que soportar las comadres charlatanas y las mujeres que llevaban niños pequeños las terribles catilinarias del popular Padre Cordobita, secundado por el *Piñón*, dos figuras típicas de la plaza del Salvador, a las que ya dedicamos una de estas crónicas.

En la plaza referida estaba el mercado de las flores; por todas partes veíase en el suelo grandes cestos de mimbre llenos de ramos de violetas, de jacintos, de rosas, de varas de nardos, de claveles, de toda la flora de nues

tros huertos incomparables. Con las flores mezclábanse las hortalizas y al lado de las cestas nunca faltaban mace-tas con plantas genuinamente cordobesas; jamás exóticas.

Las mujeres, después de aprovisionarse de vituallas en la plaza Mayor iban a la del Salvador para adquirir el ramo de flores con que adornaríanse el busto o la cabeza o que colocarían ante la imagen venerada.

Entre las vendedoras de este mercado había una figura interesante, la *Piñona*, hermana del sacristán de San Pablo.

Siempre estaba dispuesta lo mismo a promover un formidable escándalo con una compañera por quitarme allá esas pajas y a decir cuatro frescas a una compradora exigente que a beber una copa de *amilico* en la taberna más próxima y a ayudar a un guardia municipal a conducir un borracho a la *Higuerilla*.

En esta plaza establecíase lo que pudiéramos llamar bolsa del trabajo de les obreros campesinos.

En ella se reunían, por la mañana, todos los que carecían de ocupación y allí iban en su busca, para contratarles, los labradores. Cuando terminaban las viajadas y los trabajadores del campo venían a holgar, especialmente en las festividades de Santiago, de la Virgen de Agosto y de la Fuensanta, era casi imposible transitar por la plaza de San Salvador desde el amanecer hasta las nueve o las diez de la mañana.

Invadíanla muchos centenares de campesinos que mataban el tiempo en amena charla, cambiando impresiones sobre sus rudas tareas o apurando medio vaso de café y unas *chicue as* del flojo en las tabernas del citado paraje.

La animación en él sólo duraba, en todos tiempos, algunas horas, las primeras de la mañana. Al medio día la plaza quedaba casi desierta, reinando en ella la calma, el silencio característico de la ciudad. En el pórtico de la iglesia de San Pablo, sentados en el suelo, dormitaban los hijos de Galicia dedicados al oficio de mozos de cordel, que tenían en dicho lugar la parada.

Cuando se padeció en Córdoba la fiebre de las verbenas callejeras, celebróse allí una que resultó muy deslucida, pues no era aquel marco apropiado para tal clase de fiestas.

La plaza de San Salvador no ha perdido del todo su carácter típico, en el transcurso del tiempo, como otros parajes de la ciudad, pero no posee ya el encanto que tenía cuando Monolico Molina y sus camaradas reuníanse todas las mañanas en el casinillo de los labradores; cuando el Padre Cordobita reñía a las comadres que iban a cuchichear al templo de San Pablo y la *Piñona* promovía un escándalo formidable en el mercado de las flores por quitámo allá esas pajas.

Septiembre, 1929.



LA MURGA

EL medio de buscarse la vida aquellos infelices era una manera disimulada de pedir limosna; sin embargo ellos estaban orgullosos de su profesión de músicos, así se titulaban, y no la hubiesen cambiado ni por una cartera de ministro.

En cambio se avergonzaban de tener que recurrir, algunas veces, a las cubetas del albañil o a las leznas del zapatero para no morir de hambre, porque la música les producía más flato, a fuerza de soplar, que dinero.

La gente les denominaba los murguitas, calificativo hasta cierto punto denigrante, que soportaban con calma estoica, lo mismo que las vejaciones de que eran objeto en muchas casas donde iban a *dar mayor esplendor, con un concierto*, a cualquier fiesta de familia.

Los aludidos músicos eran tipos originales. Hombres de edad madura, de cuerpo sarmentoso y esquelético, de faz demacrada, con el sello de las privaciones impreso en ella.

Constituían agrupaciones de cuatro o cinco individuos cuando más y, en la época a que nos referimos, hace treinta años, había en nuestra ciudad varias murgas o bandas, como sus *profesores* las llamaban porque únicamente dedicábanse a tocar instrumentos de viento, unos instrumentos muy viejos, muy súcios, llenos de remiendos y boyaduras, desechados por inservibles.

Cada grupo tenía un director, cuya misión principal no era la de dirigir sino la de formar una lista, lo más completa posible, de todos los vecinos de alguna significación consignando en ella los días en que celebraban su fiesta onomástica, y la de enterarse de todos los acontecimientos de familia, como otorgos, bodas, bautizos, regreso de personas ausentes durante mucho tiempo y nombramientos o elecciones para ejercer cargos de importancia.

Todas las noches reuníanse en una amplia casona de vecinos, a la mayor distancia posible de las habitaciones para no molestar a sus moradores, en un corral en verano y en una espaciosa galería en invierno, y allí dedicábanse a ensayar las cuatro o cinco obras que constituían su repertorio, paso dobles, polkas y walses, y a leer la lista de los individuos *amenazados* con serenatas, a fin de saber las que estaban más próximas.

Cuando tenían que ejercer la profesión de músicos,

que era casi diariamente, sustituían su traje habitual, blusa, bombachos y alpargatas, por los trapitos de cristianar, una polonesa raída, unos pantalones llenos de remiendos, unas botas de tacones torcidos y un bombín prehistórico y se lanzaban a la calle dispuestos a soplar hasta que les reventasen los pulmones.

Aunque los murguitas acostumbraban a celebrar sus conciertos durante las primeras horas de la noche, en la víspera de determinadas fiestas, como las de San Rafael, San José, San Antonio y San Juan, tenían que comenzar su tarea muy temprano, por la mañana, para poder visitar a todas las presuntas víctimas del sablazo filarmónico.

Tales días, si en cada casa donde empezaban a tocar un paso doble les hubiesen dado siquiera un par de reales, habrían reunido cantidad suficiente para salir de apuros durante un mes, pero en la mayoría de aquellas despachábanlos con cajas destempladas, más destempladas que sus mismos instrumentos, apenas estos lanzaban al aire sus primeras notas.

Sin embargo había familias de corazón magnánimo y de paciencia a toda prueba que aguantaban el chaparrón de polkas y walses y cuando el director de la murga llamaba a la campanilla del portón, una doméstica abría y le entregaba, a cambio de una mugrienta tarjeta de felicitación, unas monedas de cobre, a veces una reluciente peseta y, a la par, obsequiábanlos con unas copas de *amílico*.

Un rayo de alegría iluminaba entonces aquellos rostros, apesadumbrados y tristes de ordinario, y los *profesores* deshacíanse en zalemas y frases de gratitud.

En esos grandes días, al terminar sus campañas artísticas, era frecuente que abusasen de las libaciones para celebrar el triunfo obtenido, y los instrumentos rodaban por el suelo, aumentándose sus boyaduras, y algunas veces los músicos acababan en la *Higuerilla*.

El director de una murga, veterano en el arte, pues había pertenecido a la famosa banda de Hilario, sorprendió una noche a sus compañeros con la noticia de que estaba componiendo un wals. A los pocos días comunicóles la grata nueva de que ya había concluído la obra, que era notable, inspirada, verdaderamente genial.

Poco después la puso en ensayo y los murguitas quedaron asombrados de la sublimidad de aquella producción portentosa que indudablemente obtendría un gran éxito.

Su autor, para estrenarla, eligió la víspera de la festividad de San José. De seguro aquella noche de ninguna parte los echarían con cajas destempladas.

Llegaron a la primera casa en que habían de tocar. El cielo estaba encapotado. Ejecutaron un paso doble y seguidamente el wals en que tenían puestas todas sus esperanzas.

Apenas comenzada esta obra la tormenta desencadenóse rápidamente, con tal furia que no dejó oír el final de la composición.

Como al mismo tiempo descendía una lluvia torrencial tuvieron los músicos que refugiarse en la primera taberna que encontraron y les fué imposible seguir la serie de conciertos proyectados para aquel día.

¡Adiós ilusiones, adiós triunfos y adiós dinero!

Huelga decir que no volvieron a tocar la producción famosa a la que, de perfecto acuerdo todos sus ejecutantes, pusieron el título de *Wals de la Tempestad*.

Hoy aquellas murgas típicas han desaparecido siendo sustituidas por las que en ventas y salones de espectáculos representan escenas inmorales, dicen chistes groseros y cantan coplas obscenas, acompañadas de un bombo, de pitos de caña o de cualquier artefacto que produzca el ruido más desagradable.

¡Cómo progresamos!

Septiembre, 1929





AMALIA LA PARTIQUINA

A pesar de su modesta categoría artística, era una de las figuras que se destacaban en la popular compañía de zarzuela de Eduardo Ortiz.

Mujer de extraordinaria belleza, de arrogante figura, simpática, graciosa, en plena juventud, nadie hubiera supuesto que se hallaba herida de muerte por la tuberculosis.

Pero sus compañeros lo sabían, el público no lo ignoraba y, seguramente por ello, Amalia la partiquina disfrutaba de la consideración y del afecto generales

Todos sus camaradas prodigábanle exquisitos cuidados; la atendían con paternal solicitud; hasta le costeaban alimentos y medicinas que ella no podía adquirir con su exiguo sueldo.

El director de la compañía, un verdadero ogro, la dispensaba de asistir a los ensayos cuando la pobre muchacha sufría una recaída en su enfermedad.

Los eternos cortejadores de cómicas la agasajaban continuamente, sin miras interesadas, impulsados por la compasión que a todo el mundo inspiraba la infeliz artista.

Cuando tenía que hacer un papelito, por insignificante que fuese, o que tomar parte en un bailable, el público la aplaudía tanto como a la tip'e de más fama.

Amalia, siempre de buen humor, siempre con la risa o el chiste en los labios, era la nota alegre y bulliciosa de su compañía.

¡Con qué gracia imitaba los gallos de algunas cantantes y remedaba a ciertas bailarinas que eran, como ella decía, verdaderos sapos trabados!

Si le dirigían una broma replicaba con otra rebosante de ingenio, que producía la carcajada general y muchas veces, cuando más jovial se mostraba, era presa de una fiebre altísima y sufría los horribles dolores producidos por los botones de fuego con que diariamente achicharraban su pecho ebúrneo.

Todas las noches, al terminar las funciones, Amalia, en vez de entregarse al descanso, iba en busca de las reuniones de sus camaradas y amigos para pasar con ellos el resto de la velada, siendo el alma de tales tertulias, que amenizaba con su charla graciosa, con sus frases agudas, con su risa tan sonora como el repiqueteo de las castañas.

Sin experimentar la menor contrariedad veía a sus compañeros de reunión apurar copas y más copas de vino o consumir los manjares de una opípara cena, en tanto que ella tenía que limitarse a beber un refresco, o cuando más, a tomar un vaso de leche.

Al amanecer, pálida, ojerosa por el cansancio, retirábase a la modesta casa de huéspedes en que residía, para dormir algunas horas con un sueño agitado, intranquilo, porque le ahogaba la falta de aire en los pulmones.

Frecuentemente sufría un golpe de tos seco; tapábase la boca con el pañuelo y lo teñía en sangre.

Entonces alguna de las personas que se interesaban por ella decía con acento paternal: Amalia, ¿por qué no te marchas a descansar cuando terminas el trabajo?, y la infeliz respondía: porque me da mucho miedo de estar sola, envuelta entre las sombras de la noche. Temo que la muerte me sorprenda y nadie se entere.

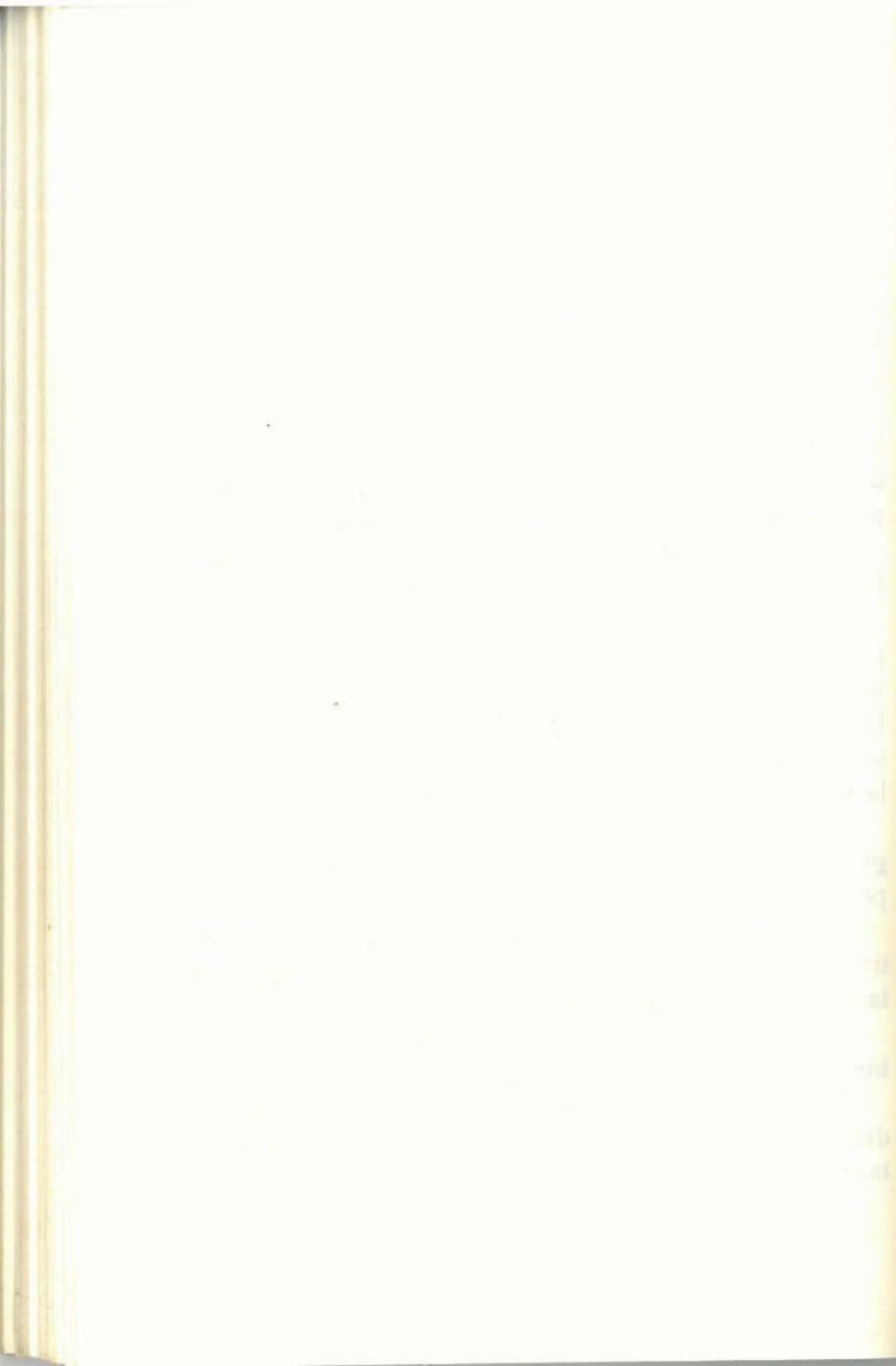
Al terminar esta frase desaparecía súbitamente la alegría que inundaba su faz y dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

Un verano, al presentarse la compañía de Eduardo Ortiz en el Teatro Circo del Gran Capitán, el público notó la falta de la popular partiquina.

La infeliz había rendido la jornada de la vida en el hospital de una población andaluza.

En estos días, consagrados a los muertos, queremos dedicar la siempreviva de un recuerdo a la modesta artista, en cuya sepultura de seguro no hay flores ni luces.

Noviembre, 1929.





LAS COMIDAS DE NUESTROS ABUELOS

CON motivo de ciertas manifestaciones atribuidas falsamente a una persona de alta significación, constituye hoy una nota de actualidad la comida.

¿Se come en nuestros días más que antiguamente?

No nos atrevemos a contestar a esta pregunta; sólo diremos que, en lo que respecta a las comidas, como en todos los usos y costumbres, se ha operado una transformación completa.

Efectúanse aquellas, en la actualidad, a horas muy distintas que antaño y constan de gran variedad de platos, sabrosos, exquisitos, mientras las de nuestros abuelos sólo se componían de dos o tres menos agradables pero más sanos y nutritivos que los de la mesa moderna.

Las señoras solían acompañar a sus despenseras al

mercado, no sólo para evitar las sisas de aquellas, sino para elegir los artículos de mejor calidad, y muchos hombres chapados a la antigua, provistos de un canasto o un cenacho oculto bajo la capa en todos tiempos, incluso en el riguroso estío, iban muy temprano a la Corredera o la Judería para efectuar las compras de comestibles, por aquello de que no hay mejor mandado que el que uno mismo se hace.

En ningún hogar faltaba la despensa; las familias de buena posición teníanla abarrotada de jamones, chorizos y todos los productos de la matanza y las familias modestas limitábanse a adquirir los garbanzos, las aceitunas y el aceite para el año.

Entonces las comidas no eran dos, como hoy, sino tres, pero se prescindía del desayuno.

A las nueve de la mañana servíase el almuerzo, consistente en uno o dos huevos fritos y una jícara de chocolate, de aquel exquisito chocolate elaborado en la propia casa del consumidor, con una torta, pan y manteca o un boyo de Mallorca; a las dos de la tarde la comida que, según la frase corriente, sólo se componía de sota, caballo y rey, o sea la sopa, el cocido y la ensalada, amén de la fruta, y a las ocho de la noche la cena, que se reducía a un estofado de carne y ensalada.

A los chiquillos se les daba para merendar miel de caña, que en casi todas las casas adquiríase con tal objeto y para que sirviera de postre.

Los domingos y días festivos aumentábase en la comida un plato de carne o se sustituía el cocido por un conejo que costaba, cuando más, una peseta.

En Pascua de Navidad y cuando habfa que celebra un acontecimiento de familia, nuestros abuelos echaban la casa por la ventana en materia de comidas; todas las mujeres, señoras y criadas, pasábanse horas y horas en la cocina preparando las frutas de sartén, los pestiños, el arroz con leche, las natillas, los almíbares y otra infinidad de ricos manjares.

Re pecto a la clase proletaria puede asegurarse que sólo comía lo necesario para vivir, porque sus mezquinos jornales no le permitían despilfarros.

Los trabajadores se llevaban a la obra o al taller el almuerzo, consistente en un picadillo, en unos pimientos asados, en un guiso de atún, pescado baratísimo, porque nadie lo quería y, a veces, en un pedazo de pan y aceitunas.

Muchos compraban para almorzar dos cuartos de cacoles a cualquiera de las vendedoras ambulantes de aquellos, que abundaban en nuestra ciudad.

A las doce de la mañana iban a sus casas a comer una cazuela de patatas en *ajo pollo*, o de arroz con pimientos, y por la noche, antes de acostarse, reparaban las fuerzas consumiendo las sobras de la comida o un *hollo* de pan con aceite.

La clase pobre también celebraba las festividades sustituyendo en su mesa las legumbres por platos más alimenticios, entre los que figuraban las fritadas de morcilla con tomate, los callos, los guisados de carne de macho o cordero que, en la época a que nos referimos, estaba al alcance de todas las fortunas y los pájaros o los peces, co-

gidos los primeros con redes en nuestros campos y pescados los segundos en el Guadalquivir por los trabajadores que aprovechaban los días de descanso para dedicarse a la caza y la pesca, consiguiendo así, a la vez que distraerse, reducir los gastos de su humilde mesa.

No pocas personas compraban los membrillos cocidos que, en la época de esta fruta, vendían por las calles las mujeres, para obsequiar a los muchachos, de los que eran golosina predilecta y para comerlos como postre.

En las viviendas de los hacendados, al llegar el mes de Noviembre, advertíase un inusitado movimiento; originábanlo las operaciones de la matanza y de la preparación de las aceitunas, tareas en que intervenían criadas y señoras, sin darse punto de reposo, llenas de júbilo, rebosantes de alegría, de esa alegría que nunca falta donde reina la abundancia y se disfruta de salud y tranquilidad.

Nuestros abuelos decían como el poeta:

A mí una pobrecilla
mesa, de amable paz bien abastada
me basta...

y con razón preferían a las comidas actuales, en que se sirve innumerables platos, las compuestas de sota, caballo y rey, esto es: de una sopa nutritiva, del clásico puchero y de una fresca ensalada con su aditamento de buenas aceitunas cordobesas, ricas frutas de las incomparables huertas de la Sierra y almíbar de cidra hecho en casa o miel extraída por las abejas del oloroso azahar de los fértiles naranjales andaluces.

Noviembre, 1929.



UN TIPO DE FERIA

CELEBRÁBASE la feria de Baena, una de las más importantes de Andalucía hace un cuarto de siglo.

En el llano de Guadalupe, próximo a la entrada del pueblo, toda la extensión que abarcaba la vista, hallábase totalmente llena de ganado.

Soberbios caballos y potros, recios mulos, hermosas yeguas, pacientes burros, corpulentos bueyes toros y novillos de bonita lámina, mezclábanse con los rebaños de ovejas, con las manadas de cabras, con las piaras de cerdos, algunas compuestas de un número fabuloso de dichos animales.

Una legión de ganaderos, labradores y tratantes invadía aquel lugar y lo animaba con la cháchara, con las discusiones, con el regateo, que constituyen la salsa de las transacciones en esta clase de mercados.

Las bastas carteras de cuero repletas de billetes del Banco y los grandes bolsos verdes llenos de monedas de plata, abríanse sin cesar para dar entrada o salida al dinero de compras y ventas.

En la Calzada, formando largas filas a derecha e izquierda, estaban los puestos y tiendecillas de los feriantes; de los jugueteros cordobeses, de los veloneros y turroneiros lucentinos, de los garbanceros de Aguilar.

A la mediación de la citada vía se levantaba, elegante y coquetona, la caseta de los casinos, compuesta de tres departamentos; en el central la juventud bailaba sin descanso a todas horas; en el de la izquierda, las personas graves charlaban arrellenadas en cómodos sillones y butacas y en el de la derecha, sentados alrededor de pequeñas mesitas, grupos de amigos apuraban sendas copas de vino o tazas de café y ante el mostrador, los galanteadores, efectuaban repetidas libaciones que les servían de pretexto para admirar desde cerca y piroppear de lo lindo a Juanita, una muchacha de excepcional belleza, encargada del despacho.

En el portal de una casa de aquella amplia calle, con las puertas de par en par, gran número de hombres rodeaba una mesa en la que se debía realizar alguna operación que les inspiraba mucho interés a juzgar por la atención con que todos seguían las manipulaciones de un individuo.

¿De qué se trataba?

Sencillamente de una *timba* pública, instalada a plena luz, casi en medio de la calle, para que todo el que qui-

siera pudiese entrar a dejarse el dinero sobre el tapete verde.

Pero la nota más original, más típica de esta feria eran las zapaterías y pañerías establecidas en la Calzada, al aire libre.

Las fachadas de muchos edificios estaban cubiertas materialmente de calzado de todas clases, desde los recios botines de los campesinos hasta los elegantes zapatos de las damas, colgados en multitud de hileras de largas cuerdas sujetas por sus extremos, con clavos, a las paredes.

Y lo mismo el rudo trabajador que la delicada señorita deteníanse en estas zapaterías ambulantes; sentábanse en la silla del vendedor o en la gradilla de la puerta para probarse el calzado que les gustaba y lo adquirían, siempre a más bajo precio que en los establecimientos de la localidad.

Mezcladas con las zapaterías estaban las pañerías valencianas ambulantes. En grandes mesas colocadas en las aceras, y en el suelo, veíase enormes pilas de paños de todas clases, especialmente de los recios y bastos que un acerado puñal no traspasaría, con que se viste la clase obrera.

Los pañeros lanzaban al viento, sin cesar, interminables pregones, encomiando la buena calidad de sus géneros y su inconcebible baratura.

Entre tales voceadores figuraba un tipo grotesco, original, que llamaba poderosamente la atención, tanto por su indumentaria cuanto por su charla abrumadora, no exenta de gracia y de ingenio.

Vestía una larga bata pintarrageada de colores chillones y cubría su cabeza con un sombrero de palma, de los que usan los segadores, lleno de lazos, de cintas, de espejuelos y de flores de papel.

Su rostro, congestionado por la peroración continua a voz en grito y por los vapores del Valdepeñas con que muy frecuentemente se refrescaba las fauces, parecía el rostro de un payaso o una de esas caretas de cartón que provocan la risa.

La gente apiñábase a todas horas al rededor del puesto del hombre de la bata para oír su cháchara, jocosa unas veces, melodramática otras, incomprensible en muchas ocasiones, la cual sólo interrumpía durante el tiempo necesario para apurar, de un trago, grandes vasos de vino y para engullir, con un apetito devorador, el succulento plato indispensable entonces en Baena hasta en la mesa de la familia más pobre durante los días de feria: el pavo con arroz o en pepitoria.

El público, no se limitaba a oír al charlatán sino que, tal vez seducido por su conversación, concedía la preferencia para adquirir los paños al puesto aquel en donde tres o cuatro dependientes se hallaban en movimiento continuo y aún así no conseguían atender todas las demandas de los compradores.

Tuvimos ocasión de hablar con uno de los dueños de la pañería citada y le dirigimos algunas preguntas relacionadas con el tipo grotesco de la indumentaria extravagante.

Ese—nos dijo—es un valenciano que, por su gracia,

parece andaluz y uno de los factores más importantes de nuestra industria, que goza de una popularidad envidiable en todos los pueblos principales de España, pues se pasa la vida, de feria en feria, pregonando las exelencias de nuestros paños y gracias a él vendemos más que todas las pañerías ambulantes.

En pago de sus buenos servicios percibe tanto sueldo como algunos altos funcionarios y disfruta una participación en las ganancias.

Los días de feria que permanecemos en Baena, al pasar por la Calzada, nos deteníamos delante del puesto del hombre de la bata y el sombrero de segador para escucharle y siempre se nos ocurría esta consideración: He aquí un charlatán mucho más útil que la mayoría de nuestros oradores.

Mayo, 1928.





CIPRIANO MARTÍNEZ RÜCKER

EL 16 de Julio de 1924 rindióse en la jornada de la vida, a los sesenta y dos años de edad, el notable músico Cipriano Martínez Rücker.

Estudio su carrera en Madrid, pensionado por la Diputación provincial de Córdoba, demostrando desde los comienzos de aquélla sus excepcionales aptitudes para el divino Arte.

Dedicóse al piano y lo llegó a dominar por completo; pudo ser un concertista eminente pero las condiciones especiales de su carácter, su modestia exagerada, su amor, rayano en delirio, a la patria chica se lo impidieron.

Prefirió la tranquilidad de su casa cordobesa a las continuas emociones que produce la vida artística; el cariño de sus discípulos al aplauso de los públicos.

Volvió, pues, a su ciudad natal apenas hubo terminado los estudios y aquí se consagró a la enseñanza con una perseverancia y un entusiasmo admirables.

Puede asegurarse que, durante un tercio de siglo, el inolvidable maestro de capilla don Juan Gómez Navarro y él fueron los profesores de casi todos los jóvenes de uno y otro sexo que aprendieron a tocar el piano en Córdoba. Por los estudios de ambos artistas y para recibir sus sabias lecciones, desfilaba lo más selecto de la sociedad.

Martínez Rucker, para estímulo de sus alumnos y solaz de los buenos aficionados a la música, celebraba frecuentemente conciertos que merecían el calificativo de acontecimientos musicales, en su hermosa casa de San Basilio, donde construyó un magnífico salón para tales actos, y en su apartado y poético retiro de la calle de Pescadores, hoy Fernández Ruano.

En aquellas espléndidas fiestas, a las que asistía un público tan distinguido como numeroso, tomaban parte los mejores discípulos del maestro y éste deleitaba a su auditorio interpretando las grandes obras de los compositores inmortales de una manera irreprochable, prodigiosa.

Sólo allí y en algunas reuniones íntimas se lograba oír y admirar al consumado pianista porque su modestia, exagerada, como ya hemos dicho, jamás le permitió tocar en público.

No fué solamente Martínez Rucker un gran profesor de piano; fué, además, un notable maestro compositor. Escribió muchas obras, bellas, inspiradas, en la mayoría de las cuales palpita el alma cordobesa, todas de corte clásico, de factura irreprochables, de corrección exquisita.

Entre ellas sobresalen el *Capricho Andaluz*, las *Noches de Córdoba*, *La Gavota*, de estilo antiguo y una delicadísima colección de canciones árabes.

Todas estas obras gozan de envidiable popularidad y figuran en el repertorio de las más importantes agrupaciones musicales, lo mismo de España que del extranjero.

Deseoso el malogrado maestro de cooperar, por cuantos medios podía, al fomento de la cultura musical escribió importantes trabajos de vulgarización, revelándose también como excelente literato, las cuales publicaba en la prensa local o en folletos. De tales trabajos mencionaremos los que recopiló en dos opúsculos titulados *La herencia de Wagner* y *Algo de música* que son curiosísimos. Es muy notable, asimismo, el discurso que leyó en el acto de su recepción en la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba.

Al ser creada la sección de Música de la Escuela provincial de Bellas Artes, Martínez Rütker obtuvo en ella el cargo de profesor de Armonía y, cuando, suprimida dicha Escuela se fundó el Conservatorio provincial, hoy oficial, siguió encargado de la misma cátedra en dicho centro docente, del que además se le encomendó la dirección, que renunciara, a causa de habersele agravado la dolencia que le llevó al sepulcro, siendo nombrado entonces Director honorario.

Nuestro ilustre paisano formó parte del jurado de gran número de certámenes artísticos, oposiciones y concursos de bandas celebrados no sólo en Córdoba sino en otras poblaciones.

Estaba relacionado con músicos eminentes españoles y extranjeros y le unía una estrecha amistad al insigne maestro Bretón, fallecido hace un año.

Pertenecía a las Reales Academias de Bellas Artes de San Fernando, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba y de Buenas Letras de Sevilla; al Instituto musical de Florencia; a las Academias musicales de Lisboa, Ferrara, Pau, Zorta, Valencia, Granada, Málaga Cádiz y Badajoz y a otras corporaciones.

También fué Director honorario de la Academia de Santa Cecilia, de Córdoba, y vocal de la Comisión provincial de Monumentos históricos y artísticos.

Poseía muy valiosas condecoraciones; era comendador de la Real Orden de Isabel la Católica; caballero de las Reales Ordenes de Carlos III, Alfonso XII y del Cristo de Portugal y oficial de la Academia de Francia.

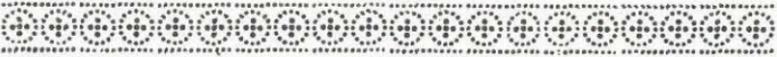
Algunas de estas mercedes y otras recompensas le fueron concedidas, como premio, por su trabajo.

Martínez Rücker unía a su talento, a su inspiración, a su laboriosidad otras excelentes dotes; era un cumplido caballero, profesaba gran amor a la familia y por su carácter afable y bondadoso captábase el afecto de cuantas personas le trataban.

La noticia de su muerte produjo una dolorosísima impresión en Córdoba que, con un breve intervalo de tiempo, perdió a dos de sus artistas más ilustres, Mateo Inurria y Cipriano Martínez Rücker.

Descanse en paz el alma del inolvidable compositor,

Julio, 1924.



Dos casos curiosos de la vida de Guillermo Belmonte

GUILLERMO Belmonte Müller, fallecido hace poco tiempo y cuya muerte, doloroso nos es confesarlo, ha pasado casi inadvertida en su ciudad natal, recién terminada su carrera, efectuaba los preparativos para emprender un largo viaje a América, en busca de más amplios horizontes que los de su patria.

Belmonte Müller anhelaba el triunfo, la gloria, y convencido de que aquí no los obtendría, disponíase a marchar a tierras lejanas, con la esperanza de encontrarlos en ellas, llevando, como bagaje, un caudal de ilusiones, una exuberante fantasía, un númen privilegiado, una vasta cultura y varios legajos de cuartillas con versos.

Ya en vísperas de la marcha ocupábase en efectuar

una selección de sus trabajos literarios, recopilando y ordenando los que había de conservar y rompiendo los que consideraba inservibles

Uno de sus amigos íntimos le sorprendió al visitarle en tal operación. ¿Qué haces?, le preguntó.

Recoger lo mejorcito de mi obra literaria, contestóle Belmonte Müller, para llevármelo, y destruir las composiciones que me desacreditarían.

Pues en vez de romperlas dámelas, añadió el amigo; mi novia es muy aficionada a los versos y, de seguro, se complacerá en leerlas.

El joven poeta accedió a los deseos de su visitante, entregándole buen número de cuartillas que estaban condenadas a ir al cesto de los papeles inservibles.

Pocos días después Guillermo Belmonte abandonaba el solar patrio, embarcando con rumbo a Puerto Rico.

No había transcurrido mucho tiempo cuando sorprendió a los escritores cordobeses la publicación de un tomito de poesías, originales de un joven muy conocido en esta ciudad, pero que jamás había revelado aficiones literarias.

Eran unos versos sencillos, ingénuos, inocentes, pero inspirados y correctos.

El libro tenía un prólogo del maestro de la gaya ciencia don Manuel Fernández Ruano, en el que se tributaba elogios al poeta novel, augurándole un brillante porvenir en el mundo de las Letras.

Al cabo de algunos años de ausencia, Guillermo Belmonte Müller volvió a Córdoba; la casualidad puso en sus

manos un ejemplar del librito de versos aludido y, con la natural sorpresa, encontró en él todas las composiciones que, en un día ya lejano, entregara a un amigo para que las leyera su novia, en vez de romperlas.

Huelga decir que el flamante vate no volvió a pulsar la lira ni a vestirse con plumas de pavo real.

Dejó la péñola del escritor para empuñar en sustitución de ella, la llave inglesa del dentista.

*
* *

Belmonte Müller triunfó en América y, al volver a la ciudad donde se meciera su cuna, encontró buenos amigos que le felicitaron por su triunfo entusiástica y sinceramente, pero tampoco faltaron personas mordidas por el cuervo de la envidia que le dieron el beso de Judas y procuraron, por todos los medios, hacerle blanco de sus dardos traidores.

Poco antes había venido de Montoro, su pueblo natal, otro poeta joven, delicado, exquisito, de soberana inspiración, Pedro de Lara, a quien los envidiosos también pretendieron clavarle sus zarpas de hiena.

Una sociedad cultural invitó a ambos para que celebrasen una velada literaria y los enemigos de aquellos aprestáronse a poner en juego todas las malas artes con el objeto de que fracasaran los distinguidos literatos.

Pretestando que estos no podrían concurrir la noche fijada para la fiesta, por impedírselo ocupaciones perentorias, consiguieron la variación de la fecha en que se debía realizar el acto.

Guillermo Belmonte y Pedro de Lara, que ignoraban la ruín maquinación, presentáronse en el casino aludido la noche en que estaban citados y lo encontraron desierto.

Un servidor del centro indicado se les acercó, diciéndoles: ¿pero no saben ustedes que se ha aplazado la fiesta?, al mismo tiempo que entregaba una carta a cada uno.

Los escritores chasqueados abriéronlas creyendo que en ellas se les daría una explicación satisfactoria de aquel proceder extraño y encontraron dos sonetos anónimos en los que se les hacía objeto de sétiras y burlas sangrientas.

A los pocos días, Guillermo Belmonte marchó a Madrid y Pedro de Lara a Montoro.

Transcurridos algunos años ambos tuvieron que fijar su residencia en Córdoba, donde pasaron el resto de su vida, en un alejamiento casi absoluto de la sociedad, negándose siempre a intervenir en toda clase de actos literarios, apurando, en silencio, hasta las heces, el cáliz de la amargura, la hiel de los desengaños y las ingratitudes.

Los deudos y admiradores de Guillermo Belmonte, en las postrimerías de su existencia, consiguieron, a costa de grandes trabajos, que aceptara un puesto en nuestra secular Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, única distinción que obtuvo en Córdoba, aparte de algunos premios en certámenes y juegos florales, quien era acreedor a grandes honores y mercedes.

Junio, 1929.



HELADOS Y REFRESCOS

ENTRE las figuras típicas de Córdoba que han desaparecido se hallaba el vendedor de helado. Generalmente era un modesto obrero que abandonaba su oficio durante la estación veraniega para dedicarse a una ocupación más lucrativa.

Pasaba las horas de la mañana en su vivienda, una vieja casona de vecinos, muy amplia, con patios muy alegres, llenos de floees, haciendo el helado y, por la siesta, echábase a la calle para venderlo.

Usaba una indumentaria especial, propia del eslo; blusa, bombachos y alpargatas, todo blanco, lo mismo que el ampo de la nieve y sustituía el sombrero por un pañuelo de seda, liado a la cabeza en forma de gorro.

Con la garrafa en una mano y la vasera en otra reco-

ría una y cien veces la población, pregonando sin cesar: el rico helado; horchaía de almendras; horchata de chufas; el horchatero.

Los chiquillos aguardaban impacientes, en las ventanas de sus casas, el paso de dicho vendedor, para comprarle dos cuartos de helado que aquél servía en un minúsculo vasito.

Muchas personas mayores también eran asiduas parroquianas del horchatero, pues gustaban de refrescar sus secas fauces con la rica horchata de chufas o de almendras.

El industrial y comerciante a que nos referimos—podía aplicársele ambos calificativos, pues fabricaba y vendía el helado—permanecía en las calles hasta las primeras horas de la noche y, de ordinario, regresaba a su hogar con la garrafa vacía y la bolsa bien repleta de cuartos.

En noches de verbena popular aumentaba extraordinariamente sus ganancias y tenía que trasnochar, por exigiérselo el negocio, aunque todo el año procurase cumplir la máxima: a las diez dejad la calle para quien es.

Bastantes familias, para celebrar las grandes solemnidades, especialmente las fiestas onomásticas, encargaban al vendedor de helado una garrafa, con el objeto de obsequiar a los amigos.

Estos negocios extraordinarios permitían al industrial referido ahorrar algún dinero para hacer frente a las situaciones difíciles, a las forzosas paradas de que los obreros no se hallaban libres en la época invernal.

Hoy ha desaparecido, como otras muchas, la típica figura del vendedor de helado cordobés, pues ha venido

a sustituirle el valenciano, que en vez de vasitos de horchata ofrece galletas o barquillos helados y huelga decir que, como somos noveleros por naturaleza, el industrial de la ciudad del Turia ha dado el golpe de gracia al de las riberas del Guadalquivir.

Antiguamente hacía se también, durante el verano, gran consumo de refrescos, hoy reemplazados por la cerveza, las gaseosas y otras bebidas, no hemos de analizar si con ventaja o sin ella.

Las personas sedientas deteníanse ante cualquiera de los innumerables aguaduchos diseminados por la ciudad para refrsscarse con una exquisita horchata de almendra o con nn azucarillo disuelto en agua y aguardiente.

La Nevería Suiza, instalada, durante el verano, por los señores Putzi, en un solar del paseo del Gran Capitán, obtenía sus principales ingresos con los refrescos, y los vendedores de agua que ofrecían con ésta panales o azucarillos, tenían siempre numerosos parroquianos.

En todas las casas guardábase de un año para otro las pepitas de melón, destinadas a hacer con ellas refrescos, y muchas familias, en las agradabilísimas veladas que improvisaban en los patios, fiestas íntimas en que no faltaban jamás el inimitable baile andaluz ni el alegre repiqueo de las castañuelas, obsequiaban a los concurrentes con grandes vasos de limonada y sabrosas merengas de las confiterías de la Fuenseca, el Realejo y la Judería.

Finalmente, había otros refrescos más democráticos, preferidos por los mozos y las mozas del pueblo. La arropía de clavo y el trago de agua en la jarra limpia y sudorosa de la mesilla clásica de la arropiera.

¡Cuántas veces una linda muchacha y un apuesto joven, a la vez que paladeaban el exquisito dulce, exclusivamente cordobés, decíanse muy quedo, en voz muy baja, palabras mucho más dulces que las arropías!

Agosto, 1929.



ESTEBAN DE BENITO

HACE cuarenta años, entre la hohemia literaria cordobesa, de la que eran figuras salientes Francisco Ortiz Sánchez y Emilio López Domínguez, se destacaba también Esteban de Benito Morugán, un joven gaditano que vino, con su familia, a nuestra ciudad dispuesto a pasar la vida lo mejor posible, de diversión en diversión y de *juerga en juerga*.

Como los dos bohemios anteriormente citados, cultivaba la poesía con fortuna, sobresaliendo en los géneros festivo y satírico, pues poseía ingenio y gracia.

Figuraba entre el elemento bullicioso de nuestro Ateneo, sociedad entonces floreciente, y era indispensable en todas las reuniones y veladas, pues daba en ellas la nota alegre, ya con sus composiciones humorísticas, ya con sus donosas frases y ocurrencias.

No había fiesta literaria, baile ni sarao en que no se le encontrase, embutido en un anticuado frac, que se le había quedado muy estrecho, con la corbata torcida, los botones de la pechera invariablemente abrochados en los ojales que no les correspondían y los lentes, sujetos por una cadenilla, cabalgando a duras penas sobre la nariz, rechoncha como un trompo.

Él lo mismo leía versos o improvisaba un discurso, que decía madrigales a las muchachas y chirigotas a los amigos.

Cuando terminaban, casi al amanecer aquellas agradabilísimas reuniones, en las que no sólo se rendía culto a Cupido y a las Musas, sino también a Baco, encaminábase en unión de otros trasnochadores, a las botillerías y casas de comidas de Antonio Muñoz Collado, Arévalo o Cerrillo y después a las tabernas de la plaza de la Corredera y sns inmediaciones, en las que siempre le sorprendía el sol, para continuar las libaciones sin tasa ni medida.

Todos sus triunfos literarios en nuestros famosos Juegos florales, en los que frecuentemente obtenía premios, los celebraba con un trasiego enorme de Montilla, Valdepeñas o Amílico, pues para él todas las bebidas alcohólicas eran iguales.

Las noches en que no había fiestas pasábalas en un reducido cuarto de la taberna llamada de la Torre, jugando con varios amigos al dominó, al mismo tiempo que apuraba una interminable serie de medios de vino.

En el epílogo de una velada del Ateneo, en que varios

poetas hicieron un derroche de gracia y buen humor, uno de aquéllos le dedicó y leyó al público el siguiente ovilejo, que produjo la carcajada general:

Es rey de los que más beban
Esteban;
deja *ad Libitum* (1) chiquito
de Benito;
tiene de embriagarse afán
Morugán,
y jamás encontrarán
cuantos beban o no beban
fresco alguna vez a Esteban
de Benito Morugán.

Este perteneció durante algunos años a la redacción del periódico *La Lealtad*, en el que publicaba versos festivos y notas satíricas tan intencionadas como las del director de dicho diario don José Navarro Prieto, a la vez que crónicas de salones y revistas teatrales, especialmente de espectáculos de ópera, que firmaba con el pseudónimo de *Poliuto*.

Por aquella época se suscitó en la prensa local una larguísima campaña, en la que tomaron parte muchos escritores, contra la demolición de la casa de los Bañuelos y, como se aproximara la fecha en que se celebra la feria de Nuestra Señora de la Salud, Esteban de Benito publicó un soneto en el que decía que, para pasarla él feliz, sólo necesitaba unas cuantas pesetas y

«no oír hablar, si es posible, buenamente,
de la famosa casa de Bañuelos».

(1) Apodo de un popular borracho

Una Nochebuena también publicó otro soneto titulado «El Portal», en cuyos once primeros versos hacía una preciosa descripción, al parecer del Portal de Belén, pero acababa la composición con este terceto:

«Allí, a la débil luz de una pajuela,
a un zapato muy sucio y apestoso
un zapatero echaba media suela».

Circunstancias ajenas a su voluntad obligaron a este bohemio a abandonar a Córdoba y se despidió de ella en otro soneto, impregnado de triste humorismo, que concluía con el siguiente verso:

«mis amigos adiós y adiós ingleses».

Esteban de Benito, después de una larga odisea, fué a parar a Madrid, para ejercer el cargo de maestro de una escuela nacional, pues muy joven había estudiado dicha carrera y allí rindió la jornada de la vida, cuyos sinsabores y amarguras acaso tuvo la suerte de no paladear, porque los pasó mezclados con vino.

Noviembre, 1929.



EL HOMBRE DEL COCHE TEMIBLE

UN día la suerte, la mala suerte, le trajo a Córdoba. Harto de rodar por el mundo, solo, abandonado, en lucha constante con la miseria, vino a buscar refugio en el hogar de unos parientes suyos, donde no le faltaría el calor de la familia, una mesa de *amable paz bien abastada* y un lecho en que dormir tranquilo.

Pero el joven protagonista de esta crónica se equivocó de medio a medio. Sus deudos recibieronle con una frialdad que helaba el corazón y sin ocultar el desagrado que les producía su presencia.

Continuamente le motejaban de holgazán. decíanle que se estaban sacrificando por él y que no les era posible soportar aquella pesada carga durante mucho tiempo.

El día que no estaba en la casa a la hora de comer o

de cerrar la puerta de la calle ayunaba o tenía que pasar la noche en un banco de un paseo.

¡Cuántas veces nuestro joven se arrepintió de haber dejado su vida bohemia para venir a arrastrar en Córdoba una existencia cien veces peor que la del vagabundo!

Pero como no hay bien ni mal que cien años dure, la adversidad se cansó de asestar golpes al joven aludido y éste, de la noche a la mañana, hallóse en posesión de una regular fortuna.

Inmediatamente abandonó la casa de sus deudos, cárcel para él en que estuvo sometido a horribles torturas e instalóse en una buena tonda; cambió su vieja y raída indumentaria por otra flamante y a la última moda; adquirió una infinidad de corbatas, de todos los modelos conocidos, pues las corbatas eran su debilidad y, finalmente, compró un coche.

Quiso darse el gusto de salpicar con el lodo que levantarán las ruedas de su pequeño tilburí el rostro de sus parientes, de aquellos parientes descastados y miserables que le habían hecho víctima de toda clase de vejaciones.

Llegó el instante de estrenar el coche. ¡Con qué satisfacción, con qué orgullo subió a su asiento, empuñó las bridas, crujió la fusta y vió al caballo emprender la marcha!

Mas éste iba a paso muy lento y su amo quería no que corriera, sino que volara, para recorrer en pocos momentos la ciudad a fin de que lo viese todo el mundo.

Castigó duramente con el látigo al trotón que, veloz como el rayo, perdióse en el intrincado laberinto de nues-

tras calles. Cuando el joven quiso refrenarlo ya no pudo y el cochecillo se metió en el escaparate de un establecimiento de la calle del Arco Real.

Mal le resultó su primera salida a este nuevo Don Quijote, pero no le apuró el percance, considerándolo un accidente sin importancia y natural, puesto que él jamás había guiado ni un pollino.

Con la práctica—se decía—y la afición que le tengo al pescante no habrá auriga que pueda competir conmigo en su profesión.

La segunda vez que salió en el coche arrolló la mesilla de una arropiera en la plaza de San Nicolás; al día siguiente atropelló a un muchacho, poco después a un burro cargado de loza y no pisaba la calle el tílburí sin cometer una tropelía.

La gente, al verlo, corría despavorida para refugiarse en los portales y muchas personas cerraban las puertas de aquéllos con objeto de estar más seguras.

La Guardia municipal no tenía punto de reposo, interviniendo en los accidentes ocasionados por el coche y escribiendo denuncias contra su amo y conductor.

Este, cada vez que recibía una citación del Juzgado para responder de un atropello o la notificación de una multa por infringir las ordenanzas municipales, ponía el grito en el cielo y protestaba airado contra la persecución que sufría, obra de sus enemigos, envidiosos de su buena suerte.

Por aquel entonces quedó vacante un cargo que era una verdadera canongía; la dirección de un semanario sa-

tórico titulado *La Cotorra*. Su director no cobraba sueldo ni gratificación, pero en cambio le llovían las denuncias, los procesos, los palos y las bofetadas.

Nuestro hombre tuvo una idea feliz; la de ocupar el puesto referido.

Solicitó, y huelga decir que obtuvo la prebenda, ofreciendo contribuir a los gastos de la publicación, a cambio de que se le permitiera hacer una campaña en *La Cotorra* defendiendo su indiscutible derecho a atropellar a la gente.

Buscó una persona que le escribiera los artículos, pagándoselos por supuesto, y comenzó la campaña, pero nadie le hacía caso.

La dirección del Semanario originóle serios disgustos y, al fin, harto de ellos y de gastar dinero inútilmente, en un arranque heroico, de buen sentido, renunció la canonjía y vendió el vehículo renaciendo en su espíritu la tranquilidad de que no disfrutaba desde que era rico.

Luego nuestro protagonista montó una industria que supo dirigir con acierto y logró que le proporcionase una renta suficiente para vivir con holgura.

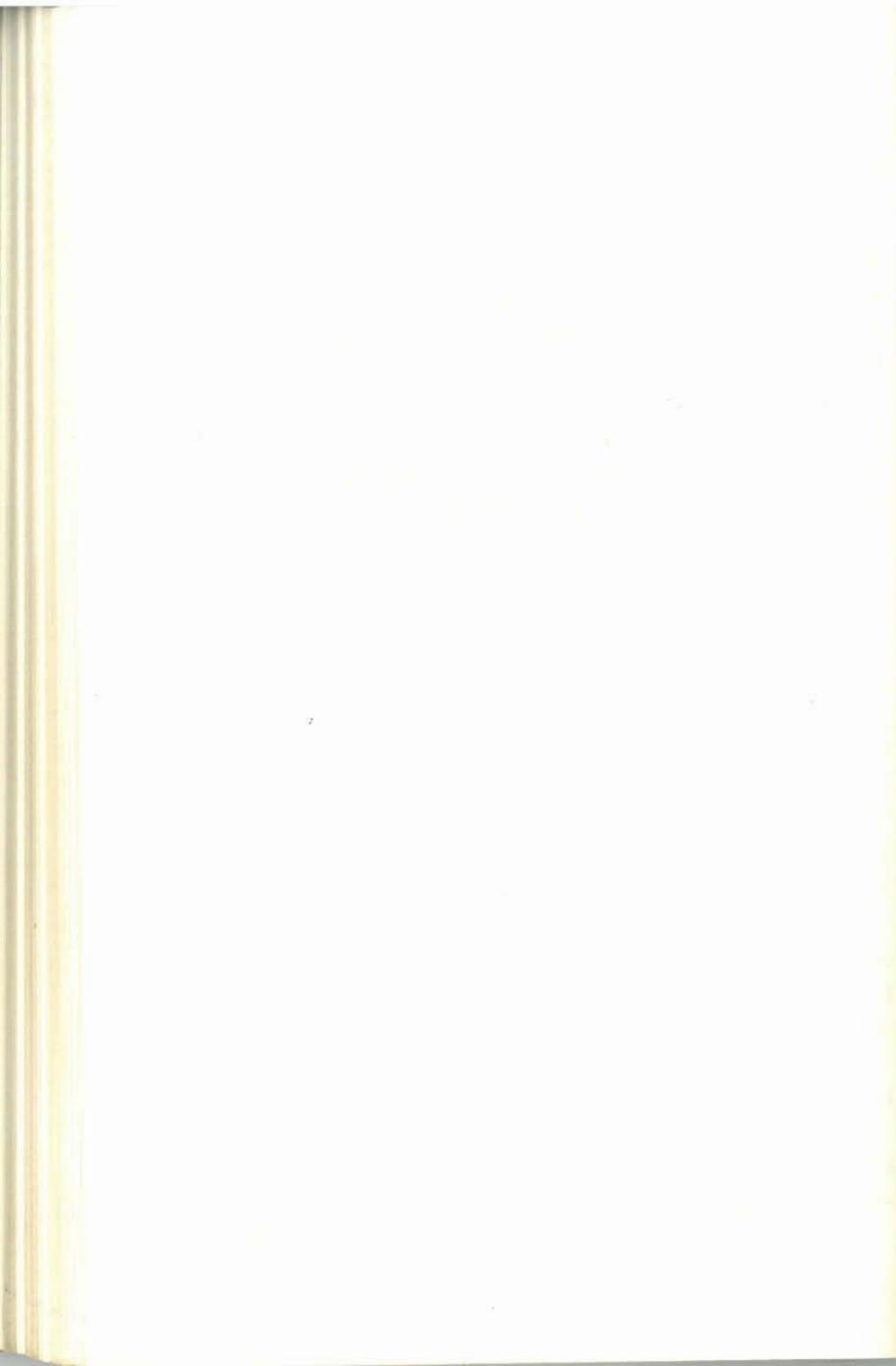
Mas cuando empezaba a disfrutar de una existencia feliz, la terrible enfermedad que constituye el azote del mundo, la tuberculosis, hizo presa en su organismo, ocasionándole, en poco tiempo, terribles estragos.

Solo, sin familia, falto de energías, de fuerzas hasta para moverse, iba todos los días, trabajosamente, en busca de distracción, al café del *Gran Capitán* y allí pasaba horas y horas, sentado en un rincón ante una mesa, apurando una taza del oleroso moka o una copa de coñac.

A su velador denominábalo la gente de buen humor el baratillo, porque sobre él colocaba, invariablemente, el enfermo los guantes, el pañuelo, el paquetillo de cigarros, la caja de fósforos, la llave de la puerta de su casa, la cartera, el lápiz y, a veces hasta el portamonedas.

Un día los asiduos concurrentes al citado café advirtieron la ausencia de aquel parroquiano; el infeliz había muerto sin dejar más recuerdo de su paso por el mundo que el de las tropelías del coche temible.

Octubre, 1929.





EL ARTE DE LA HERRERÍA

ENTRE las artes cordobesas que florecieron más en tiempos ya lejanos, figuró el arte de la herrería.

Sus obras principales, a las que hoy se concede gran valor, eran elemento esencial de la ornamentación de nuestros templos, de nuestras casonas, hasta de los muebles que nuestros abuelos poseían.

En la Catedral hay un verdadero Museo de la artística labor de los herreros antiguos, constituido por las severas y elegantes verjas de las capillas. En toda la población, hasta la segunda mitad del siglo XIX, admirábanse preciosas muestras de ese trabajo en las enormes rejas voleadas, de retorcidos hierros, que cerraban las ventanas, de las cuales aún se conservan y dan nombre a una calle, las de la vetusta casa de Don Gome; en los antepechos de

los balcones, de caprichosos dibujos; en las cancelas, que semejaban finísimos encajes; en los grandes llamadores de las puertas y en los clavos que les servían de adorno.

En el interior de las viviendas hallábamos las manifestaciones de la herrería artística en los barandales de las escaleras y las azoteas; en las verjas de los jardines; en los brocales de los pozos; en los pescantes de que pendían jardineras y lámparas; en las cerraduras de los arcones; en las espeteras colocadas en comedores y cocinas para instalar en ellas múltiples cachivaches, y hasta en las veletas que coronaban palomares y torres.

Los talleres de herrería, hasta hace cincuenta años, hallábanse diseminados por toda la población y sus alrededores.

Como generalmente ocupaban locales pequeños, los herreros tenían que efectuar en la calle ciertas operaciones, las cuales servían de distracción a la gente desocupada y a los chiquillos, que pasaban el rato viendo a los émulos de Vulcano golpear sobre el yunque el hierro candente, del que brotaba un surtidor de chispas de fuego, o armar una reja de grandes dimensiones.

En aquellos tiempos en que la calle, especialmente en los barrios bajos, considerábase como una prolongación de la casa, los dueños de algunas herrerías dejaban delante de ellas, en la vía pública, herramientas y trabajos, sin temor de que desaparecieran ni molestaran a los transeúntes.

Uno de los herreros cordobeses más famosos vivió en la segunda mitad del siglo XIX y apellidábase Guerrero.

Habitaba y tenía sus talleres en una amplia casa, de la que era dueño, hoy dividida en tres, situada en la calle de Pedregosa y en la calleja de Barreros.

Distinguíase por la perfección y el buen gusto artístico de sus obras, de las que dejó en su vivienda muestras muy notables, las cuales desaparecieron a causa de las múltiples reformas de que fué objeto el edificio.

En el domicilio de Guerrero solían reunirse personas de distintas clases sociales, algunas de elevada posición.

Tratábase de carlistas a los que servía de casino la casa del herrero.

Allí cambiábanse impresiones acerca de la política o sobre las guerras que ensangrentaban las provincias del Norte.

Según malas lenguas, allí también se fraguaban terribles conspiraciones para hundir el Trono, pero los conspiradores nunca lograron su propósito y Guerrero, que disfrutaba de una regular fortuna, sólo consiguió arruinarse con los escarceos políticos.

Otro herrero tan nombrado como el que acabamos de citar era Romerito, cuyo taller se hallaba en un portal muy amplio de la carrera de los Tejares.

En él tenía un pequeño despacho con un viejo bufete cargado de papeles y libros y era curioso verle ante él, arrellanado en un tosco sillón de enea, con unas enormes gafas sujetas en la punta de la nariz, pluma en ristre, ajustando cuentas o bien recreándose con la lectura del periódico *La Crónica* o de la obra de don Teodomiro Ramírez de Arellano, titulada *Paseos por Córdoba*, que entonces veía la luz pública.

No era Romerito el diminutivo del apellido de este hombre como muchos suponían, sino un apodo el cual anuló por completo su nombre, que seguramente no había media docena de personas que lo conocieran.

Y no terminaremos esta crónica sin dedicar un recuerdo a un herrero popularísimo, Pedro Romero, el *Cometa*, como él mismo se llamaba.

Artífice notable, inventor de aparatos útiles, montó un taller que él llamaba de las combinaciones y que adquirió gran importancia en poco tiempo, próximo al de maestro Romerito.

Un día la suerte, que tiene terribles ironías, concedió sus favores al *Cometa* para luego hundirle en el abismo del infortunio.

Correspondióle uno de los premios mayores de la Lotería Nacional y desatendió el trabajo que constituía su mejor y más seguro patrimonio.

Gastando alegremente el dinero, agotó pronto sus recursos y, tras una larga y triste odisea, murió sumido en la miseria y en el abandono.

Hace ya bastantes años prohibieron el establecimiento de herrerías dentro de la ciudad. Esta prohibición evita peligros y molestias al vecindario, pero ha quitado una nota típica a la población: la que ofrecían los émulos de Vulcano, que forjaban el hierro en calles y plazuelas y, al golpear sobre el yunque las enrojecidas y candentes barras, parecía que rimaban un himno, el himno sonoro y vibrante del trabajo.

Diciembre, 1929.



JOSÉ RODRÍGUEZ CISNEROS

EN el transcurso de algunos meses el arte cordobés ha sufrido pérdidas tan dolorosas como irreparables; primero la del gran escultor Mateo Inurria, después la del inspirado maestro compositor Cipriano Martínez Rücker, ahora la del notable barítono José Rodríguez Cisneros. Parece que el destino implacable no se cansa de producir bajas en la legión de hijos ilustres de la patria de Séneca y de Osio.

El último que acaba de rendir la jornada de la vida, José Rodríguez Cisneros, nació en nuestra ciudad en el año 1866. Era hijo de uno de los médicos más prestigiosos y populares de su época, a quien la generalidad de las gentes llamaba don José el de la Puerta del Rincón, porque habitó durante muchos años en dicho lugar.

El inolvidable maestro de capilla de la Santa Iglesia Catedral don Juan Antonio Gómez Navarro descubrió una excelente voz de barítono en Rodríguez Cisneros y éste, apenas hubo terminado el Bachillerato en nuestro Instituto provincial de segunda enseñanza, en vez de dedicarse a estudiar la Medicina, como eran los deseos de su padre, decidió consagrarse al arte del canto, para el que tenía una verdadera vocación.

Recibió las primeras lecciones del antedicho maestro señor Gómez Navarro y marchó a Madrid, donde fué discípulo de don Lázaro Puig y del eminente barítono Napoleón Berger.

En Italia completó y perfeccionó sus estudios con notables maestros y volvió a España dispuesto a realizar sus constantes aspiraciones, su verdadero *sueño dorado*: ser cantante de ópera.

Ingresó a poco en una buena compañía y se presentó por primera vez ante el público en el teatro Calderón, de Valladolid, donde cantó *Fausto*.

El auditorio le dispensó una acogida muy cariñosa y la prensa vallisoletana no le regateó sus elogios.

Rodríguez Cisneros obtuvo, en poco tiempo, una envidiable reputación artística y recorrió, de triunfo en triunfo, los principales teatros de España, Portugal e Italia.

Una de las compañías en que figuró más tiempo, siempre como primer barítono y actuando con eminencias artísticas, fué la del maestro Tolosa.

Rodríguez Cisneros poseía una excelente voz, no de

mucho volumen, pero de timbre agradabilísimo y un dominio absoluto de su arte, una inmejorable escuela de canto. Era, además, un buen actor, que caracterizaba perfectamente todos los personajes e interpretaba con gran acierto lo mismo las situaciones dramáticas que las cómicas.

Tenía un repertorio extentísimo compuesto de obras de todos los géneros y de todas las escuelas; de él formaban parte *Fausto*, *Hernani*, *Rigoletto*, *Lucía de Lammermoor*, *La Traviata*, *I Pagliaci*, *La Africana*, *Un bal'lo in maschera*, *Los Puritanos*, *La Favorita*, *El Trovador*, *Carmen*, *Fra Diavolo*, *Aida*, *Gioconda*, *Cavalleria rusticana* y otras muchas.

Fausto y *Rigoletto* le proporcionaron los mayores triunfos, especialmente la segunda, que siempre elegía para las funciones a beneficio suyo, las cuales constituyeron verdaderos acontecimientos artísticos en muchos teatros.

El público de Valladolid profesaba un profundo cariño al artista cordobés, que en aquella capital realizó brillantes campañas.

El amor a la patria chica y, sobre todo, a la familia, que le ligaba con fuertes lazos al hogar, decidióle a abandonar su carrera, a renunciar a la gloria y despidióse de la escena en el Gran Teatro, de Córdoba, cantando con la compañía del maestro Tolosa las óperas *Fausto*, *Hernani* y *Rigoletto*.

De sus paisanos escuchó los últimos aplausos, las últimas entusiásticas ovaciones, que le produgeron honda

emoción y más de una vez inundaron sus pupilas de lágrimas.

Rodríguez Cisneros se restituyó a su ciudad natal, no para entregarse al descanso, sino para emprender una labor cultural tan intensa como fructífera.

Se dedicó a la enseñanza del canto y la lista de sus alumnos sería interminable; algunos de ellos también consiguieron triunfar en el teatro, como la tiple cordobesa Gracia Fernáudez Vergara.

Al mismo tiempo tomaba parte en la mayoría de los conciertos, veladas literario-musicales y fiestas benéficas que se celebraban en nuestra capital y, por su valioso concurso a algunos de estos actos, obtuvo el título de socio de honor y mérito de la Real Sociedad Económica Cordobesa de Amigos del País.

En dos ocasiones interpretó la parte de barítono del Miserere en nuestra Basílica.

La última vez que cantó en público fné en el Círculo de la Amistad, en un concierto en que también tomó parte un artista comprovinciano nuestro, el tenor Francisco Granados.

Hace próximamente un cuarto de siglo ingresó, como profesor de canto, en ta Sección de Música de la Escuela provincial de Bellas Artes, sección que subsistió al desaparecer dicho centro docente, convirtiéndose más tarde en un Conservatorio, merced a las gestiones de su inolvidable director don Cipriano Martínez Rucker.

José Rodríguez Cisneros, hombre de actividad prodigiosa, que encontraba en el trabajo la distracción más

agradable, además de atender a su cátedra con celo admirable, acometió y llevó a feliz término la ardua empresa de organizar un Orfeón compuesto de gran número de hombres, mujeres y niños, pertenecientes a la buena sociedad cordobesa.

Dicha agrupación artística celebró varios conciertos en el Círculo de la Amistad, obteniendo un éxito extraordinario, pero la indolencia característica de nuestro pueblo fué causa de su desaparición a poco tiempo de haberse constituido como aconteció a otras muchas instituciones.

Rodríguez Cisneros fué elegido por sus compañeros para ejercer el cargo de subdirector del Conservatorio y, hace poco más de un año, elevado al puesto de director, vacante por renuncia del señor Martínez Rücker.

Desde entonces se consagró por entero al mencionado centro docente, con una perseverancia y un entusiasmo de que hay pocos ejemplos y, fruto de su actuación, fué una serie de mejoras importantísimas que la muerte le ha impedido continuar.

Pepe Rodríguez Cisneros, como cariñosamente le llamaban sus amigos, que eran casi todos los cordobeses, gozaba de generales simpatías por la afabilidad de su carácter, por su exquisito trato, por su conversación amena, por su gracejo, dotes merced a las cuales logró tanta popularidad como el autor de sus días, aquel prestigioso médico a quien la gente llamaba «Don José el de la puerta del Rincón»!

Febrero, 1925.





LAS AVENIDAS DE LA FUENSANTA

EN tiempos ya lejanos, cuando la actual velada de la Fuensanta era una feria de importancia excepcional y en el corazón de los cordobeses estaba más arraigado que hoy el amor a la Santísima Virgen, cuya imagen se venera en el poético santuario, semioculto entre huertas, que es joyero de tradiciones religiosas y testimonio de la Fe de nuestro pueblo, el 8 de Septiembre y los días siguientes convertíansc en verdaderos *coches parados* las avenidas de dicho templo, pues por ellas desfilaba, desde las primeras horas de la mañana hasta muy avanzada la noche, todo el vecindario, sin distinción de clases, edades ni sexos

¡Qué animación tan extraordinaria reinaba constantemente en las calles de Don Rodrigo y del Soll

En ellas estaban y aún se conservan algunas, las mejores casas de la vieja ciudad, aquellas casonas de severas fachadas, con rejas enormes, de hermosos patios tapizados de naranjos, madre selvas y rosales; de amplias habitaciones muy bien ventiladas plenas de luz y alegría.

Nuestros abuelos, cuando nos acompañaban al santuario o a la feria de la Fuensanta, nos relataban noticias curiosas de las calles a que nos referimos.

Por ellos sabíamos que el nombre de la de Don Rodrigo, era el de un notable abogado, de apellido Reguera, que en ella habitó y que antes la mencionada vía llámose Corral del Obispo, así como la actual de Agustín Moreno tuvo las denominaciones de Mayor de Santiago, de Santa Cruz, de los Ríos y del Sol.

Asímismo nos hablaban de las imágenes de la Purísima Concepción y de Jesús Nazareno, que había en la de Don Rodrigo, la primera pintada en una chapa de metal recortada y puesta en el centro de la calle, pendiente de una barra de hierro, y la segunda, un cuadro al óleo, expuesto a la pública veneración en una hornacina.

Informábannos también del mérito artístico de la casa que perteneció a los Caballeros de la Orden de Santiago y de la llamada de las Campanas porque allí se fundían éstas, en la que se descubrió preciosos arcos árabes, ambas de la calle de Agustín Moreno.

Muchas personas, al ir a la Fuensanta o al regresar de ella, deteníanse ante las puertas de las señoriales viviendas situadas en las calles antedichas para admirar sus patios con honores de jardines y aspirar las brisas cargadas de

perfumes que emanaban de los mismos; ante el convento de Santa Cruz para ver la enorme colección de macetas de albahaca de todos tamaños, recortada cuidadosamente por manos mongiles; en el pórtico del Hospital de Santa María de los Huérfanos o Casa de los Ríos para rezar una oración ante la imagen de la Santísima Virgen que aún se ve en un cuadro de grandes dimensiones, en el portal, iluminado por la débil luz de una lamparilla; en la puerta del palacio de los marqueses de Benamejí para contemplar las dos figuras de tamaño natural, representando guerreros con brillantes armaduras que había a la subida de la escalera y, por la noche, delante de las ventanas de muchos edificios, para recrearse con las danzas genuinamente andaluzas, las Sevillanas, el Vito, los Panaderos, bailadas al compás del piano y del alegre repiqueteo de las castañuelas por muchachas encantadoras, que hacían un derroche de gracia y donosura.

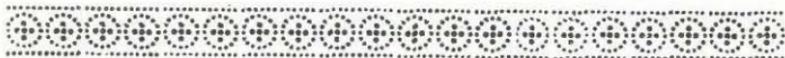
Sólo al pasar delante de una casa de la calle de Agustín Moreno la gente rehusaba mirar a su interior y aceleraba el paso como si le amenazara allí algún peligro; era la funeraria de don Alejandro Calleja, quien tenía convertidos varios salones de la planta baja del edificio en magnífica exposición de lujosos féretros de todas clases.

Muchas personas preferían, especialmente por la noche, ir a la Fuensanta y regresar de ella por el paseo de la Ribera, a fin de respirar las frescas áuras del Guadalquivir y disfrutar del espectáculo que éste ofrecía, iluminado por la luna y surcado incesantemente por las prehistóricas barquillas de Juanico y los hermanos Montes,

embarcaciones cuyos diminutos farolillos de lata, vistos desde lejos, semejaban luciérnagas en medio del río.

A las doce de la noche, extinguidas las últimas notas de la música y las ruidosas detonaciones finales de los fuegos de artificio, el vecindario regresaba a sus hogares, no sin haberse prosternado ante la imagen de la Virgen y haber bebido las milagrosas aguas del pocito; no sin haber dirigido una mirada curiosa al caimán y a los cuadros que representan el Alma en pena y el Alma en gracia; después de comprar los olorosos melocotones, las ciruelas pasas, los orejones o los membrillos que servirían de postre en las comidas y la campana de barro, el pito de madera o la carraca para los muchachos, y hombres y mujeres parábanse ante el retablo de la calle de la Candelaria, lleno de luces y flores, santiguándose y elevando una oración a nuestros excelsos protectores y patronos, allí representados, la Santísima Virgen de Linares, San Rafael, San Acisclo y Santa Victoria.

Septiembre, 1929.



LOS BASTONES

EL bastón está en víspera de ir a parar al desván de los trastos viejos e inservibles por caprichos de la moda que en todo se entromete.

Ya lo usan casi exclusivamente, aparte de las autoridades para las que es símbolo de mando, los enfermos, los ciegos y los ancianos que lo utilizan como auxiliar indispensable de la locomoción.

Antiguamente apenas se veía en la calle un hombre joven o viejo, que no lo llevara, unos apoyándolo en el suelo a fin de evitar el riesgo de resbalar y caer; otros debajo del brazo, con peligro de saltar un ojo a la persona que marchara detrás y otros como objeto de distracción, con el que hacían molinetes, equilibrios o juegos malabares.

Por el bastón se podía apreciar con exactitud la posición y la clase social de su dueño.

Los aristócratas, los ricos y los elegantes ostentaban los de caña de Indias, entre los que había algunos valiosísimos; los de carey, también de gran valor; los de raras maderas americanas; los de ébano, severos, relucientes, y los de bambú, ligeros y flexibles.

La clase media usaba los de cerezo que despedían un agradable perfume y los de madera labrada y pintada de modo que imitase la caña.

Hubo un tiempo en que estuvieron en boga los bastones de estoque y los que contenían en su interior una barra de hierro o de acero, porque constituían un arma defensiva y ofensiva temible.

Muchos individuos caprichosos lucían bastones de madera de palmera, que semejaban arropías de miel; de ramas de alcornoque sin despojarlas de su corcho; de mimbres torcidas como un cordón, y de naipes o trozos de papel superpuestos y pasados, en su centro, por una barra de hierro, cuya construcción requería una paciencia de benedictino

No faltaban, tampoco, bastones que podían llamarse de sorpresa, pues por medio de ingeniosos mecanismos convertíanse en cervatana, en caña de pescar o en catrecillo para sentarse.

Todos los médicos que poseían el título de doctor, llevaban, como distintivo, un bastón de caña con dos borlitas de cuero pendientes de una correilla.

También había muchos bastones con una cadena o

una correa pasada por un orificio cerca de la contera, para poder colgarlos del brazo.

En los bastones antiguos era extraordinaria la variedad de puños, muchos de ellos caprichosos, originales y no pocos de verdadero mérito artístico. Los había de oro y plata, circelados y hasta con pedrería; de concha, de marfil, de asta, y de madera tallada, representando cabezas de animales, de negritos y de figuras grotescas.

El molinero y picador de toros conocido por el Ruso, ostentaba en su enorme bastón, a guisa de puño, un asta de ciervo entera; nuestro comprovinciano el batallador político don Alejadro Lerroux, cuando joven tenía en el bastón por contera, una bola de billar y un vecino de Priego, hombre de muy corta estatura, que sentía la obsesión de todo lo grande—contrajo matrimonio con la mujer más alta que encontró—mostraba a todo el mundo un tremendo garrote coronado por la cabeza de un perro de tamaño natural, para que estuviese en armonía con el reloj y la petaca, objetos que, por su descomunal tamaño, tenía que guardar en bolsillos especiales.

Cuando Cuba y Filipinas pertenecían a España, los altos funcionarios de aquellas islas, acostumbraban a enviar, como obsequio a sus protectores y amigos de la Península, magníficos bastones.

En las casas de nuestros abuelos conservábanse muchos de aquellos entre las alhajas, encerrados en sus estuches, pasando de padres a hijos, y sólo se exhibían en las grandes solemnidades, como el Jueves y Viernes Santos y el día del Corpus,

Un comerciante de esta capital, don Saturnino Martín, dueño del establecimiento de bisutería titulado La Esrella, que se hallaba en la calle de la Librería, instaló una fábrica de bastones.

Entre la obra, siempre notable de los plateros cordobeses, figuraban los puños de bastón, hechos de metales preciosos.

Y a propósito de tales puños citaremos un caso curioso para terminar esta crónica.

Hace medio siglo había en nuestra ciudad un cincelador habillísimo un verdadero artista al que envidiaban todos sus compañeros de profesión; uno de ellos censurable duramente, negando que pudiera vivir de su trabajo, pues se pasaba el año en perpetua holganza y de diversión en diversión.

Cierto día presentóse en el establecimiento del murmurador un forastero preguntando si podrían hacer un puño de bastón igual a otro que llevaba, de extraordinario mérito, en el plazo de cuarenta y ocho horas, pues tenía que marcharse y deseaba llevárselo.

El dueño de la tienda contestó que consultaría con sus operarios e inmediatamente llamó al artista aludido.

¿Tú te comprometes, interrogó, a hacer un puño igual que este en dos días?

En uno, respondióle el cincelador.

¿Cumplirás la promesa?, preguntó el platero.

Te doy mi palabra de honor, replicó el gran artista y marchóse con el puño.

A poco, el propietario de la tienda indicada viole pa-

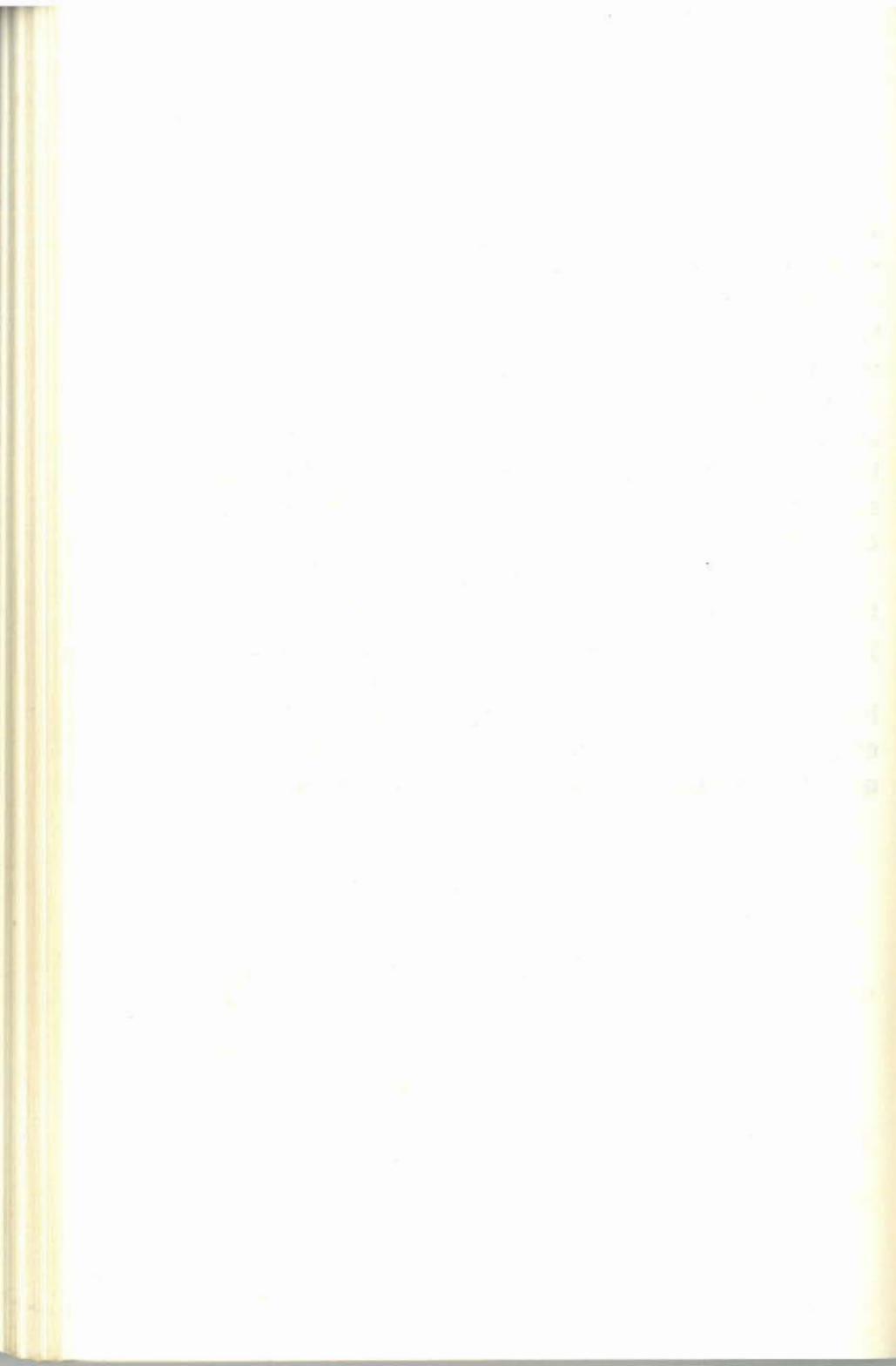
sar y no en dirección a su taller, sino al café Suizo; luego supo, con profunda indignación, que el artista, en vez de dedicarse al trabajo, había pasado el día de taberna en taberna y la noche en el Teatro Principal primero y en el restaurant de Muñoz Collado después.

Sin embargo, a la mañana siguiente, apenas el platero abrió su establecimiento, presentósele el cincelador y le hizo entrega del puño que se llevara y de otro igual a aquel, tan exactamente igual que era imposible distinguir el antiguo del nuevo.

¿Pero cómo te las ha arreglado, dijo el platero al artista, para realizar esta obra, habiendo pasado todo el día y la noche últimos en la calle y en constante *juerga*?

Esto te demostrará, replicó el interrogado, la falta de fundamento de tus censuras. El secreto de todo estriba en que a mí me basta una hora para realizar el trabajo que otros no son capaces de hacer en una semana.

Diciembre, 1929.





FRANCISCO FLORES GARCIA

UN malgrado escritor con el que me unía estrecha amistad, Manuel Martínez Barrionuevo, me presentó, hace ya muchos años, a otro escritor tan desventurado como él: Francisco Flores García.

Ambos eran malagueños; los dos pertenecientes a familias humildes; uno y otro pasaron los últimos tiempos de su infancia y los primeros de su juventud trabajando en talleres de herrería, donde seguramente dieron a sus almas el temple necesario para no desmayar en la terrible lucha por la existencia.

Mas la inteligencia privilegiada de ambos era muy grande para estar encerrada en los estrechos límites de un taller y Martínez Barrionuevo se lanzó al campo de la literatura, lleno de abrojos ocultos entre rosas, y Flores García al proceloso mar de la política y del periodismo.

Sus ideas avanzadas produjéronle innumerables sinsabores y fué víctima de persecuciones y procesamientos.

Fundó muchos periódicos, escribió en casi toda la prensa republicana de Madrid, realizó numerosos viajes y después de largos años de vida accidentada, en la que gastó gran parte de sus energías y de su salud, hallóse en tan crítica situación como al dejar la herrería; faltó de medios de subsistencia y sin el caudal de esperanzas e ilusiones que entoces atesorara.

En tal estado decidióse a abandonar la política y se consagró a otro de sus grandes amores, al teatro, por el que desde niño sentía verdadera pasión.

Y escribió innumerables comedias, muchas de las cuales obtuvieron éxitos extraordinarios, trabó amistad con casi todos los actores de su época, y frecuentó todos los escenarios de Madrid, quizá para olvidar en esos mundos ficticios tristezas e infortunios, y así reunió un riquísimo arsenal de noticias, datos, anécdotas curiosísimas relacionados con comedias y comediantes, que le servían en la actualidad para escribir los interesantes artículos con que deleitaba a los lectores del *Heraldo de Madrid*, artículos que compendian gran parte de la historia íntima del teatro español.

Hace ya bastantes años, Flores García, al efectuar uno de sus viajes, se detuvo algunos días en Córdoba.

Una de las primeras preguntas que hizo al llegar a nuestra población fué qué compañías actuaban en sus teatros.

Satisface su curiosidad y por la noche le acompañé a

uno de nuestros coliseos, en el que trabajaban unos modestos cómicos.

Entramos en el escenario y efusivamente saludó'e la mayoría de los artistas, que le profesaban cariño y respeto.

Sólo había entre aquellos actores dos o tres que no conocían al aplaudido autor; uno era el galán, cómico de grandes pretensiones, aunque se le podía calificar de verdadera calamidad artística.

A su falta de dotes para la profesión a que se dedicaba unía una ignorancia insuperable.

La obra que se representaba era de mucho movimiento escénico y numerosos personajes y como la compañía contaba con pocos actores, cada uno de estos tenía que encargarse de varios papeles.

Hasta el traspunte, un muchacho muy listo, hijo del veterano y popular actor don Juan Espantaleón, actuaba de criado en una escena de cuatro palabras.

Cuando llegó el momento en que tenía que salir llamó a un tramoyista para entregarle el libreto y la luz, pero Flores García, que se hallaba cerca, los cogió y dijo al muchacho: trae y yo seguiré haciendo tus veces.

Y el aplaudido escritor actuó de traspunte hasta el final de la obra.

Al *dar un paño* al galán aludido este, ya porque no estuviera acostumbrado a oír la voz de Flores García o ya porque se equivocara, lo cual le ocurría con frecuencia, dijo un disparate que provocó una carcajada general en el público y al pobre cómico lo encendió en ira.

Terminada la representación, Francisco Flores García buscó al hijo de Espantaleón y le devolvió los efecios que poco antes cogiera, diciéndole: toma el libreto y el melampo. Creo que no lo he hecho del todo mal.

El galán, al oír esta frase, hizo un signo de extrañeza.

Algunos de sus camaradas le dirigieron bromas alusivas a la tremenda equivocación que había originado la hilaridad de los espectadores y él quiso culpar del tropieza al improvisado traspunte.

Ese hombre—exclamaba indignado— ha tenido la culpa, por querer meterse donde no le llamaban y encargarse de lo que no sabe.

Usted sí que no sabe lo que dice—objetóle en tono severo el Director de la compañía—; ese señor conoce mucho mejor que nosotros todo lo que se refiere al teatro.

¿Está usted seguro?—replicó el desdichado actor con sorna—y añadió con la satisfacción de quien va a dar un golpe decisivo: ¡Miren ustedes si sabrá de estas cosas que llama melampo a la candileja del traspunte!

Una carcajada mayor que la del público, cuando advirtió el disparate del cómico, resonó alrededor de este y el ignorante galán marchó a esconderse en su cuarto, tan corrido como una mona.

A Flores García hizo mucha gracia la ocurrencia, y seguramente la tenía anotada para consignarla en alguno de sus ingeniosos artículos.

¡Pobre escritor! ¡Nunca hubiera podido sospechar que encontraría la muerte cuando iba a recibir, gozoso, a un gran artista y a uno de sus mejores amigos!

Y he aquí cómo hasta en el último trance han corrido la misma triste suerte los dos paisanos y camaradas Martínez Barrionuevo y Flores García, pues tan trágica debe ser la muerte en el lecho de un hospital como entre las ruedas de una locomotora.

Abril, 1917





EL CAFE DEL GRAN CAPITAN

EN Córdoba se registra un fenómeno interesante que afecta a distintos ramos del comercio y de la industria. El desarrollo y acrecentamiento de aquellos disminuye a medida que aumenta la importancia de la población.

Esto ocurre con los cafés, cuyo número es hoy menor que hace cuarenta o cincuenta años.

Desaparecieron los llamados Suizo Nuevo y Suizo Viejo, la Cervecería y el de Colón, así como otros muchos más modestos que estuvieron instalados en las calles del Arco Real, de las Azonaicas, de la Librería, de Letrados y en algunos sitios menos céntricos de la capital.

Hoy el mejor café que ha tenido nuestra ciudad desaparece también para convertirse en casino y, con este motivo, creemos oportuno dedicarle una crónica retrospectiva.

En el año 1860, el arquitecto don Pedro Nolasco Meléndez, en virtud de acuerdo del Municipio, abrió el paseo del Gran Capitán y a su izquierda, frente a la iglesia de San Nicolás de la Villa, quedó un amplio solar, a consecuencia de la demolición del convento de San Martín, cuya venta anunció el Ayuntamiento, más como no se presentara comprador, cediólo gratuitamente a una sociedad constituida con el propósito de construir allí una manzana de casas.

La sociedad aludida, al frente de la cual se hallaban el ingeniero don Juan de la Cruz Fuentes y el ayudante don Mariano Castiñeira, varió de pensamiento, por motivos que ignoramos; y decidió edificar, en vez de casas, un café y un teatro.

Bajo la dirección de los mencionados técnicos, levántose el café del Gran Capitán, muy espacioso, elegante, cómodo, el mejor de Andalucía en aquella época, y se comenzó a abrir los cimientos del teatro pero, a causa de desavenencias surgidas entre las personas que formaban la sociedad a que hemos aludido, ésta se disolvió y entonces el banquero don Pedro López Morales compró el café y el solar destinado al coliseo, cuyas obras prosiguió y terminó, imponiendo a aquél el nombre de Gran Teatro.

El café a que dedicamos esta crónica obtuvo, desde su apertura, como merecía, los favores del público, que sólo le faltaron en muy contadas y breves épocas.

En distintas ocasiones fué objeto de importantes mejoras, como la ampliación de la sala de billar y de los

claros de la fachada, y la reforma del decorado, especialmente del salón bajo, en cuyos muros colocóse hace cuarenta años, unos bonitos cuadros originales del pintor cordobés don Juan de Montis Vázquez, encerrados en elegantes marcos de yesería.

El café del Qran Capitán siempre tuvo un núcleo de parroquianos tan numeroso como selecto, en el que jamás faltó la representación femenina.

En los últimos lustros del siglo XIX reuníanse allí, todas las noches, constituyendo grupos, siempre en los mismos lugares, significadas personas, que pasaban las veladas en agradabilísima tertulia.

En el extremo del salón indicado, que se halla freute al templo de San Nicolás, congregábanse alrededor de dos mesas que los camareros llamaban del reloj por estar colocadas debajo de éste, el presidente, el fiscal y los magistrados de la Audiencia; a la izquierda de ellos, en el ángulo constituido por el muro fronterizo al templo citado y el correspondiente a la calle de la Paciencia, jamás faltaban, de nueve a once, el exfuncionario de Hacienda don Francisco Serrano, su esposa y su hijo, familia inseparable, unida por los lazos del más profundo cariño; detrás de una de las ventanas abiertas a la calle antedicha y frente a la puerta central un grupo, que utilizaba dos o tres mesas, hablaba de arte, de literatura, de arqueología; componían tal grupo el decano de los escritores cordobeses don Faancisco de B. Pavón, el director de la Escuela provincial de Bellas Artes don Rafael Romero Barros, algunos alumnos de la misma, los hisroriadores y arqueó-

logos don Teodomiro y don Rafael Ramírez de Arellano, el ocurrentísimo administrador de los marqueses de Valdeflores don José González Correa y otros hombres de valía como los nombrados

Entre esta reunión y la formada por la familia del exfuncionario de Hacienda había otra de gente joven, de muchachos alegres, bullangueros, que hablaban a voces y reían a carcajadas, cuando no se dedicaban a escribir cartas para las novias de algunos amigos o poesías despampanantes, como los versos del famosos Club Mahometano, al que ya dedicamos una de estas crónicas.

Durante las horas de la tarde, en cualquier sitio del salón, sentado el uno frente al otro, hallábase a dos jóvenes embebidos en una interminable partida de ajedrez. Eran el malogrado y gran pintor Rafael Romero de Torres y su amigo Pepe Alzate, cultivador también del arte de Apeles.

Cuando acababan la partida el autor insigne de *Sin trabajo* mataba el tiempo haciendo sobre el tablero de mármol de la mesa un maravilloso dibujo a lápiz, que era la admiración de todos los concurrentes al favorecido café del Gran Capitán.

Durante las noches de verano, alrededor de los veladores colocados en la calle y en el paseo, frente a la fachada del edificio, abundaban también las reuniones y tertulias, prorrogándose muchas de ellas hasta los primeros albores del día.

En la época a que nos referimos el salón de billar del citado café estaba concurridísimo a todas horas, pues en-

tonces era extraordinaria la afición a dicho juego entre todas las clases sociales.

Durante las noches celebrábase partidas de carambolas interesantísimas, en las que tomaban parte notables jugadores, no sólo de Córdoba sino de otras poblaciones, de las que frecuentemente venían algunos para jugar con nuestros paisanos y a presenciar esas partidas acudía numeroso público.

Las dos veces que actuó en el Gran Teatro el famoso prestidigitador francés Faure Nicolay, jugador de carambolas sin rival, que daba a su contrincante noventa y nueve para ciento, reservándose la salida, porque hacía varios centenares seguidos sin marrar una, mostró su habilidad extraordinaria como carambolista, no sólo en el coliseo mencionado, sino en el Café del Gran Capitán, ante un gentío inmenso.

Los domingos, por la tarde, materialmente no se cambiaba en el salón de billar, porque en él se congregaban con el fin de pasar las horas de asueto entregados a tal distracción gran número de dependientes de comercio, los cuales tenían que guardar un riguroso turno para disponer de las mesas, que se las disputaban los aficionados.

En las amplias galerías del piso principal se daban cita los jugadores de dominó, entonces también muy numerosos, produciendo continuamente con el movimiento de las fichas, un ruido análogo al que origina el lavado de los caracoles.

Más de una vez habilitóse uno de los extensos salones del piso segundo para establecer allí el juego de la lotería

de cartones, con que nuestros abuelos solían entretenerse cómodamente sentados alrededor de la mesa estufa, en las interminables noches de invierno.

En diversas épocas amenizaron la estancia en el Café del Gran Capitán artistas de distintos géneros, especialmente músicos.

Durante algunos años actuaron allí dos modestos y populares artistas, a los que dedicó, un epigrama sangriento, el trovador callejero Antonet, en la siguiente copla :

Café del Gran Capitán
la orquesta es un mamarracho;
un pianista sin narices
y un ciego siempre borracho.

En el centro de reunión a que está dedicada esta crónica celebró varios conciertos el eminente guitarrista, ciego, Manjón, y nos deleitó con música tan agradable como bien interpretada, un trío formado por dos bellas señoritas y un joven que tocaban el laúd, la guitarra y la bandurria.

Gran éxito obtuvo en el primero de nuestros cafés una agrupación titulada *Los Siete Niños de Ecija*, que vestía el traje típico de los bandoleros y cantaba tangos, acompañándose con el ruido que producía el roce de un pali- llo en una especie de rayador de hojalata colocado en los trabucos.

Durante mucho tiempo, obreros y domésticas, grandes y chicos nos atormentaban constantemente los oídos cantando los tangos de *Los Siete Niños de Ecija*.

Cuántas veces al día escuchábamos la interminable copla que empezaba:

Los dramas de Echegaray
los venden en los estancos;
anoche compré una concha
que era la muerte en los labios.

De los artistas de otro género que trabajaron allí citaremos al prestigeador Senespleda de Tarley, más notable por sus ejercicios de nemotecnia que por sus juegos de mano y a nn truhán que se hacía pasar por hermano de Onofroff y efectuaba experiencias de simulada transmisión del pensamiento, valiéndose de una sonámbula de guardarropía.

Este artista llegó a intrigar con sus incomprensibles trabajos a gran parte del público

Las noches de Carnaval era extraordinaria la animación en dicho café, por el que desfilaban las comparsas y estudiantinas, tocando y cantando en las galerías del piso principal y de madrugada, la planta baja del café convertíase en salón de baile de máscaras y en él se reunía la gente alegre para rendir culto al dios de la locura.

Muchas fueron las personas que tuvieron a su cargo el Café del Gran Capitán; de ellas sólo citaremos a dos, que ya no existen, las cuales lograron acrecentar de modo extraordinario la importancia de dicho establecimiento: don José Rubio, perteneciente a una familia cordobesa de acreditados cafeteros y don Fernando Casado, quien después estuvo al frente de la Cervecería, introduciendo en ésta mejoras importantes.

Entre la dependencia del café desaparecido, hubo muchos individuos que permanecieron en él gran número de años y disfrutaron de envidiable popularidad.

En este caso se hallaban los camareros Curro Melgarejo y Manuel Roldán, que fallecieron recientemente y Junquito, el encargado del salón del billar, quien era a la vez un jugador notable.

En el café de que venimos tratando celebráronse innumerables reuniones con distintas fines, banquetes y conciertos y en el piso segundo de su hermoso edificio estuvo, hace cuarenta años, cuando se hallaba en los comienzos de su vida, el Ateneo de historia más brillante que se ha constituido en nuestra ciudad.

Allí pronunciaron conferencias, alternando con la juventud, hombres insignes de tanta valía como el ilustre literato don Francisco de Borja Pavón, el sabio magistral don Manuel González Francés, el elocuente jurisconsulto don Angel de Torres y Gómez y el maestro de periodistas don Rafael García Lovera.

Hoy, como hemos dicho al empezar esta crónica, el Café del Gran Capitán se convierte en casino; por lo tanto no pierde su carácter y de seguro continuará siendo uno de los más simpáticos lugares de reunión para los cordobeses.

Octubre, 1929.



Rectificaciones y aclaraciones de la Prensa

CON frecuencia leemos en los periódicos rectificaciones y aclaraciones de noticias publicadas en los mismos, muchas escritas por las personas interesadas en ellas, que resultan originales y graciosas.

Desde aquella famosa de Manuel Paso que, siendo director de un periódico perteneciente a un cacique de un pueblo publicó la noticia de que un perro de la propiedad de don Fulano de Tal había mordido a un obrero y, obligado a rectificar porque el dueño del can era el cacique aludido dijo que, bien enterado del suceso, se complacía en consignar que el perro no mordió al obrero sino, por el contrario, éste fué el que mordió a aquél, hasta las que diariamente encontramos en los periódicos haciendo cons-

tar que Fulanito o Zutanito no es el individuo de nombre y apellidos iguales a los suyos, denunciado o detenido, hay una serie interminable de rectificaciones.

Seleccionando y recopilando muchas de las que aparecen en la Prensa se podría formar un libro curioso.

En esta crónica vamos a recordar algunas que, en tiempos ya lejanos, aparecieron en la Prensa local.

Trabajó en la Plaza de Toros una compañía acrobática, la cual anunció, como final de su espectáculo, la elevación de un aeronáuta en un globo.

Llegado el momento del número sensacional de la función, el aeronáuta apareció en el ruedo y manifestó al público que no le era posible efectuar la ascensión porque no había encontrado leña para inflar el globo.

El diario *El Adalid* comentó donosamente la excusa y el artista presentóse en la redacción de aquél, pidiendo, con formas groseras, la rectificación del suelto reterido.

El hércules del periodismo cordobés, Emilio Cabezas, empuñó inmediatamente la pluma de rectificar, una enorme porra adornada con cintas y lazos, que tenía en un rincón y la descargó sobre las espaldas del gimnasta, obligándole a marcharse más que de prisa.

Al día siguiente en el batallador periódico apareció un suelto en el que se decía que el aeronáuta en cuestión se había presentado a los redactores de aquél para convencerles de que no infló el globo por falta de leña y ellos le demostraron que no era cierto, pues sobraba leña en Córdoba.

La Lealtad describió, de memoria, una verbena calle-

jera y dijo que había sido amenizada por la Banda municipal de Música.

Otro periódico, dedicado a la caza de gazapos, le advirtió que había hecho una tremenda plancha, puesto que a la fiesta popular no asistió la banda citada y el ingenioso director del diario conservador don José Navarro Prieto salió del paso con esta pregunta: ¿pero no es verdad, querido colega, que debió asistir?

A raíz de haber sido ejecutado en la Habana un negro llamado Emilio López, el gran bohemio y ocurrentísimo poeta Emilio López Domínguez publicó unos versos tan fáciles y graciosos como todos los suyos, en los que hacía constar que él no era el individuo agarrotado en la capital de Cuba como podía demostrarlo porque se hallaba vivo, porque pertenecía a la raza blanca y porque jamás estuvo en la isla del azúcar y el cacao.

Las informaciones hechas a la memoria siempre han originado enormes pifias.

Esteban de Benito publicó una referente a cierta representación teatral, tributando grandes elogios al primer actor de la compañía

Este no había trabajado por hallarse enfermo y Esteban de Benito subsanó el error diciendo que era explicable la confusión porque el actor que sustituyó al gran artista lo hizo tan bien que se confundía con el sustituido.

En cierta ocasión dieron una broma de muy mal gusto al periódico *La Provincia*. Enviáronle para que la publicara una gacetilla dando cuenta del alumbramiento de una señora de avanzada edad.

Como los redactores del diario liberal no conocían a aquélla, publicaron tal noticia y el marido de la supuesta parturienta fué, airado, a pedir la rectificación de la falsa noticia.

En el número siguiente del periódico apareció aquella, redactada en estos o parecidos términos: Don Fulano de Tal nos ha visitado para rogarnos que rectifiquemos la noticia relativa al alumbramiento de su esposa, demostrándonos con la presentación de la partida de bautismo de ésta que, desgraciadamente, ya no puede tener hijos.

Otra broma pesada consistió en la publicación del anuncio de la boda de un conocido joven con la señorita Eduvigis López de Fernández.

Como la novia del aspirante a marido no se llamaba así, hubo la rectificación consiguiente y el periodista que la escribió puso esta graciosa coletilla: Tal cambio de nombre nada tiene de extraño, pues hoy la tiple cómica Tomasa del Río ha hecho popularísima en Córdoba a Eduvigis López de Fernández Lista, la violoncelista romántica de la zarzuela *Congreso feminista*, que la aludida tiple caracteriza de modo insuperable.

Terminaremos este relato de rectificaciones y aclaraciones recordando una graciosísima:

‘ Cierta día presentóse en la redacción del periódico decano un señor fino, atento, amable en grado sumo.

Preguntó por el director que, en el acto recibióle y, después de saludarle cortésmente, le dijo: Fijese usted bien en mi cara.

El periodista hízolo con extrañeza y el visitante agregó: ¿soy yo por ventura tuerto?

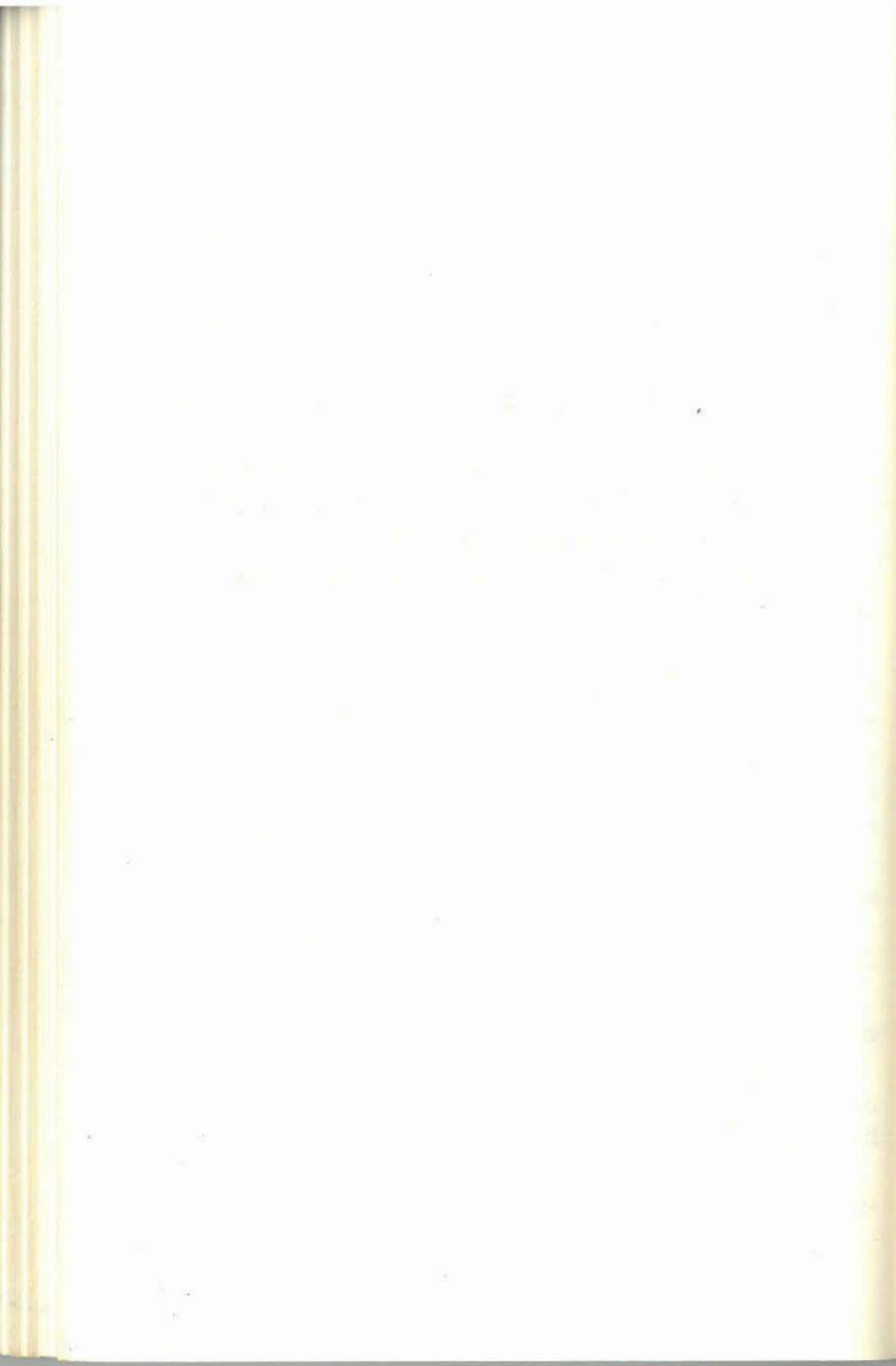
No señor, respondió el director, en quien el asombro subía de punto

Pues entonces, replicó el caballero aludido, ¿cómo han dicho ustedes que la corrida de toros del domingo fué presidida por un concejal que tiene ese defecto, habiéndola presidido yo que, gracias a Dios, poseo los dos ojos y una excelente vista?

Los testigos de la escena, entre los que figuraba el autor de estos *Recuerdos de otros días*, tuvieron que hacer esfuerzos para no soltar la carcajada.

Huelga decir que el periódico rectificó el error, pero sin aludir a lo del ojo.

Diciembre, 1929





EL GRAN TACAÑO

HACE cuarenta años, entre los asíduos concurrentes al paseo de la Victoria, que iban allí todas las tardes, aún las más crudas y lluviosas de invierno, para oxigenarse y hacer ejercicio, figuraba un anciano menudito, decrepito, tan delgado, que era materialmente un esqueleto cubierto con una piel casi momificada.

Una barba blanca, raquítica y descuidada, cubríale la parte del rostro huesudo y de facciones vulgares, que no tapaban el vendaje negro encubridor de las escrófulas, ni las gafas de cristales azules con que preservaba de la luz los ojos, siempre pitarrasos e inyectados en sangre.

La depauperación de aquel hombre, su traje raído, su calzado roto, hacían suponer que se trataba de un desheredado de la fortuna, sumido en la más espantosa miseria, pero quien tal creyera, padecía un gran error.

El protagonista de esta crónica poseía una cuantiosa fortuna, que no disfrutaba, sufriendo voluntariamente toda clase de privaciones.

Querría dejar a sus hijos un buen capital; acaso nos objetarán algunos de nuestros lectores; pues a los que esto digan les contestaremos que el individuo en cuestión no tenía más parientes que varios sobrinos en segundo o tercer grado.

Vivía en una casa de su propiedad, amplia y buena, pero de aspecto ruinoso, a consecuencia de la falta de obra, acompañado únicamente de una criada, cuando encontraba mujer tan heroica o en tan deplorable situación que se atreviera a servirle.

Todas las mañanas mandaba comprar dos cuartos de aceitunas en una taberna próxima a su domicilio; contábalas al recibirlas y como hubiese siquiera una menos que los días anteriores, enviaba a la doméstica a reclamarla.

Parte de estas aceitunas, un mendrugo de pan y una torta de cinco céntimos, constituían el almuerzo de la persona en que nos venimos ocupando.

Para las demás comidas condimentábanle un cocido sin carne, con una pecita de tocino, media docena de garbanzos y hortaliza de la más barata.

A las dos de la tarde comía los garbanzos y el tocino y a las nueve de la noche las legumbres del puchero, aliñadas, poniendo fin a los opíparos banquetes con unas bellotas que le regalaba uno de los parientes aspirantes a la herencia de aquel gran tacaño.

Cierto día, la criada en vez de comprarle para el almuerzo, la torta de cinco céntimos, compró una tortilla de la pastelería, cuyo precio era de quince céntimos y nuestro hombre estuvo a punto de matar a la despilfarradora Menegilda y la puso de patitas en la calle.

El avaro pasaba el día en su casona leyendo o escribiendo, pues era un buen literato y por la tarde, según hemos dicho, iba a dar su cotidiano paseo en el campo de la Victoria, de ordinario solo; alguna que otra vez con un sobrino lejano, el que le regalaba las bellotas.

Únicamente se permitía el lujo de costear un vicio, el tabaco, pero compraba cigarrillos de los que la gente de buen humor denomina mataquintos o de estrignina y limitábase a fumar uno después de cada comida.

Había quien aseguraba que, en verano, mientras estaba en su casa, permanecía en calzoncillos y en invierno, se bajaba los pantalones cuando iba a sentarse para que no se le rozaran.

Si alguno de los pocos amigos con que contaba visitábale durante la noche encendía, para recibirle, un cabo de vela y, en el momento en que se había sentado el visitante, apresurábase a apagarlo diciendo: para hablar no necesitamos luz, y además así no se nos cansa la vista.

Después de pensarlo mucho se decidió a publicar un libro con sus mejores trabajos literarios y siempre que iba a la imprenta, para corregir las pruebas, decía a los tipógrafos: cuando terminen ustedes mi obrita les haré un regalo.

Concluyóse aquella y, en efecto, su autor obsequió a

los cajistas con un puñado de bellotas de las que le mandaba su pariente.

Como el escrofulismo hacía grandes estragos en aquel cuerpo enclenque, raquítico, los médicos aconsejaron al viejo avaro el uso de los baños de mar y aquél, haciendo un sacrificio, marchó a Málaga para someterse a la prescripción facultativa.

Todas las mañanas iba a la playa, lejos de la ciudad y de los balnearios, desnudábase y se dirigía a la barca más próxima, con el objeto de asirse a ella y de este modo, sin peligro, poder zambullirse en las aguas.

Para comer, compraba pescado en cualquier frituría, poniendo la mesa en el primer poyo de un paseo que encontraba desocupado y de lecho también le servía un canapé de un jardín o la menuda arena de la playa.

La extenuación del anciano iba en aumento; aquel hombre moría de inanición irremisiblemente.

Sus deudos y amigos no cesaban de recomendarle que se alimentara bien, pues de lo contrario estaba en peligro su vida y el tacaño, cuando se convenció de la necesidad de seguir tales consejos, decidióse, aunque con gran disgusto, a echar la casa por la ventana, a morzar en un restaurant, según él mismo iba diciendo a todo el mundo.

Pronto se supo que el decantado restaurant no era sino un bodegón en el que, entonces que estaban en su apogeo los baratos a real y medio la pieza, se anunciaban almuerzos por este módico precio, consistentes en una tórtola en salsa, postre, vino y pan.

La tórtola era uno de esos pájaros de vistoso plumaje

llamados vulgarmente abejarucos, que los chiquillos compraban por dos cuartos, una aguililla, una goiondrina o cualquier otra ave de la que jamás se han utilizado para comerlas; el postre una naranja y el vino un vaso grande de agua coloreada con varias gotas de Valdepeñas.

El gran tacaño disfrutó poco tiempo de su nuevo régimen alimenticio; murió, más que a causa de las privaciones, a consecuencia del tremendo disgusto que le producía el nuevo y enorme gasto de real y medio en un almuerzo opíparo.

Junio, 1929.





LA VIRGEN DEL SOCORRO

UNA de las imágenes más antiguas que hay en esta ciudad y que mayor veneración inspiraba a los cordobeses en otros tiempos, es la de Nuestra Señora del Socorro.

Primeramente se tituló Nuestra Señora de los Angeles y figuraba en la capilla del Hospital del mismo nombre, fundado, según se cree, por los mozárabes, en el lugar donde luego fué construída la plaza de la Corredera.

Cambiósele, bastantes años después, su primitiva advocación, por la que hoy ostenta, sustitución cuya causa es desconocida y acerca de la cual consérvase una interesante leyenda que corría de boca en boca y que fué escrita por los literatos don Rafael Vida y don Teodomiro Ramírez de Arellano.

Según la tradición aludida, un caballero llamado don Clemente Cáceres, joven de costumbres licenciosas, conquistador empedernido, al regresar cierta noche de una aventura amorosa, fué sorprendido por cuatro hombres que intentaron matarlo.

Don Clemente, según la leyenda, sacó la espada, dispuesto a vender cara su viúa y defendiéndose y retrocediendo para esquivar los golpes de sus agresores, llegó hasta la puerta del pequeño templo. Allí, como ya le era imposible evitar las furiosas acometidas de sus enemigos, lleno de mortal angustia exclamó: Virgen Santísima, socórreme.

En aquel instante abrióse la puerta de la iglesia, penetró en ella el caballero y, acto seguido, operándose un verdadero milagro, la puerta cerróse, sola, lo mismo que se había abierto y los perseguidores del *Don Juan* quedaron en la calle, sin haber logrado su propósito.

Don Clemente Cáceres, arrepentido de sus extravíos, de sus locuras volvió al buen camino y fué uno de los cofrades más fervorosos de la Hermandad de Nuestra Señora del Socorro y las Animas, título el primero que se dió con motivo de aquel suceso a la Virgen de los Angeles.

Al ser construída, por el corregidor Ronquillo Briceño, la plaza de la Corredera, como estorbaba para su edificación la capilla del Hospital de Nuestra Señora de los Angeles, del que ya sólo quedaba aquella, se acordó de molerla y levantar la ermita en que se venera la Santísima Virgen titular de dicho centro benéfico.

En el año 1685 erigióse tal ermita y, en el 1695, sin que se disolviera su primitiva Hermandad, creóse otra llamada de Nuestra Señora del Socorro y del Rosario, la cual subsiste, siendo una de las más antiguas de Córdoba, pues cuenta doscientos treinta y cuatro años.

Entre ambas cofradías había grandes rivalidades, serios disgustos, porque la segunda adquiría extraordinario desarrollo, al mismo tiempo que se acentuaba la decadencia de la primera, que acabó por desaparecer.

La de la Virgen del Socorro y del Rosario llegó a contar con centenares de asociados. entre los que figuraban todos los comerciantes de la collación de San Pedro, centro entonces de la vida de la ciudad, y los innumerables vendedores de la plaza.

Hace medio siglo, la hermandad de que tratamos se hallaba en todo su apogeo y anualmente celebraba cultos solemnísimos en honor de su excelsa Titular.

En la parroquial de San Pedro dedicábale, como ahora, con esplendor inusitado, una novena, a la que servía de brillante epílogo la procesión, que era una de las notas más típicas de nuestra ciudad y constituía un verdadero acontecimiento para los cordobeses.

La venerada imagen, acompañada de sus cofrades y de otros muchos fieles, recorría la calle del Pollo y la plaza de la Almagra, penetrando en la Corredera, lugar que presentaba un golpe de vista grandioso, deslumbrador, indescriptible. Invadía un gentío inmenso, en el que se mezclaban todas las clases sociales, y en balcones y ventanas, ocupados por millares de personas, destacábanse

mujeres bellísimas, entre ellas las chindas y hortelanas, luciendo sus mejores galas, los vistosos mantones de Manila, los largos pendientes de brillante pedrería, llenos los dedos de sortijas valiosas y el busto y la cabeza de fragantes flores.

Al aparecer la imagen, radiante de hermosura, en el Arco Bajo, desbordábase el entusiasmo del pueblo, estallaba una tempestad de vítores y la multitud enronquecía, cansados sus pulmones del incesante clamoreo.

Desde la terraza de la fábrica de sombreros de don José Sánchez Peña, enfocaban la efigie con un reflector de potente luz y así, como si estuviese iluminada por la luna, recorría triunfalmente toda la plaza, a la que, multitud de bengalas multicolores daban un aspecto fantástico.

No se puede concebir espectáculo más imponente.

Al mismo tiempo, gran número de hombres postulaban para el culto de la Virgen y los enormes cepos de que iban provistos llenábanse de monedas, no sólo de cobre, sino de plata, sin que entre ellas faltasen jamás algunas de oro.

Cuando María Santísima del Socorro tornaba a su ermita, el entusiasmo de la muchedumbre llegaba al paroxismo, confundiéndose los vivas ensordecedores con las notas de la música y con las detonaciones de los cohetes y de las ruedas de pirotecnia instaladas delante del templo.

Andando el tiempo, inicióse la decadencia de la Hermandad de Nuestra Señora del Socorro que estuvo a punto de desaparecer en muchas ocasiones. Hace algunos años, personas devotas de la Santísima Virgen reorgani-

záronla y hoy sus cofrades se esfuerzan para que vuelva a ser lo que fué en época ya lejana.

Acaso en fecha próximæ la venerada imagen volverá a recorrer triunfalmente la Corredera entre el entusiasmo delirante del pueblo, aunque aquel paraje no pueda ofrecernos el espectáculo deslumbrador, maravilloso, indescriptible, que presentaba hace medio siglo, por impedirlo el antiestético mercado que resta belleza a dicha plaza, la más típica de Córdoba y una de las más famosas de España en la antigüedad.

Septiembre, 1929.





Memorias de un miriñaque

E IERTC día al visitar una antigua casona cordobesa, en un desván lleno de trastos viejos e inservibles, hallamos un objeto que llamó nuestra atención por sernos desconocido.

Tratábase de un aro enorme de crín vegetal, forrado de lienzo, que pendía colgado de una viga por medio de largas cintas, uno de cuyos extremos estaba cosido al lienzo.

Este aparecía lleno de roturas causadas por los roedores, a los que servía de cómodo lecho la crín vegetal.

Por una de aquéllas veíase asomar un papel cuidadosamente doblado.

Nos apoderamos de él, llenos de curiosidad, apresurándonos a desdoblarlo y vimos que estaba escrito con letra menudita y clara.

¿Qué documento sería aquél? Pronto lo supimos.

Encabezábanlo, a guisa de título, las siguientes palabras: *Memorias de un miriñcque*.

Con verdadero interés las leímos y tan curiosas nos parecieron que no vacilamos en reproducirlas aquí, seguros de que nos lo agradecerán nuestros lectores.

El papel, amarillento y roto por algunos dobleces, decía así:

¡Quién, hace un siglo, hubiera podido temer el triste fin que me esperaba!

Durante muchos años ocupé un lugar preferente en la habitación donde guardaba sus ropas mi dueña, una señora de rancia estirpe, de la más alta aristocracia cordobesa.

¡Y en cuánta estimación me tenía aquella ilustre dama! Aunque en su vestuario figuraban algunos miriñaques de acero yo era siempre el preferido para los actos en que mi señora y dueña había de lucir sus mejores ropas.

¡Cómo rabiaban de envidia mis férreos camaradas, al ver que no se recurría a ellos para ahuecar las lujosas faldas de terciopelo y de seda fabricados en los típicos telares de nuestra ciudad!

Gracias a esta predilección asistí a las más brillantes recepciones que se efectuaron en las casas solariegas de la nobleza de Córdoba.

Aún recuerdo una celebrada por los duques de Almodóvar del Valle en honor de la Reina Doña Isabel II, en la que me estremecí de emoción al sentir el roce de la falda que yo cubría con el de la que ostentaba la dama egregia.

Y asimismo tengo muy presente el hecho de que a la Soberana no agradaran, por estar desnudas, unas estátuas de yeso que había en la meseta de la magnífica escalera de la señorial mansión y entonces los duques de Almodóvar dispusieron que se las envolviera en unas hopalandas de lienzo enyesado, con las que llegaron hasta los días en que el palacio de dichos próceres se utilizó para oficinas del Gobierno civil.

¡Cuánto me divertí en el Teatro Cómico, después llamado Teatro Principal, por cuyos estrechos pasillos apenas cabía, viendo las comedias de magia, entonces en boga, tituladas *La pata de cobra* y *Los polvos de la madre Celestina*!

Para mí transcurrieron horas muy gratas en el paseo de San Martín, donde mi señora se reunía con sus amigas a fin de pasar las veladas estivales, entregadas a la dulce murmuración.

Mi dueña llegó a profesarme tal cariño que no podía pasar sin mí. Llevábame hasta cuando salía a pasear en coche, en un enorme familiar, que ella, sola, ocupaba casi por completo.

Yo era feliz y estuve muchas veces a punto de reventar de satisfacción.

Miraba por encima del hombro a mis camaradas los mirifiaques de acero y me inspiraban profunda lástima los de pleita por considerarlos plebeyos e indignos de rozarse conmigo.

Confieso que oía con satisfacción, por constituir un epigrama contra los ahuecadores de esparto esta coplilla que sin cesar cantaba el pueblo a todas horas:

Tan, tan, ¿quién es?
el Tío Juan el esterero
que viene por el dinero
del miriñaque de ayer.

Pero la moda, que no tiene entrañas y se complace en poner en ridículo a la humanidad me destronó cuando estaba en todo mi apogeo, sustituyéndome ¡sarcasmo horrible! por un artefacto antiestético que desfigura el cuerpo de la mujer, al ponerle una jiba en el sitio en que la espalda cambia de nombre: el polizón.

Entonces me trajeron aquí, donde, para matar el aburrimiento, me dediqué a escribir mis memorias esperando, confiadamente, ¡necio de mí! que llegara el instante de mi rehabilitación.

Un día penetró en el desván una señora en busca de unas ollas de cobre, bolladas y sucias, que figuraban entre mis compañeros de infortunio.

Según supe, tales recipientes, muy limpios y cuidados, constituyen hoy el principal adorno de los salones de lujo.

Aquella señora hallábase tan ligera de ropa que, a mi juicio, acababa de salir del baño.

Manifesté mi suposición a los viejos camaradas que me rodeaban y un corsé, abandonado entre los trastos inservibles poco antes, me hizo salir de mi error. Ese es —me dijo— el traje de moda.

Súbitamente cayeron mis esperanzas e ilusiones como débil castillo de naipes

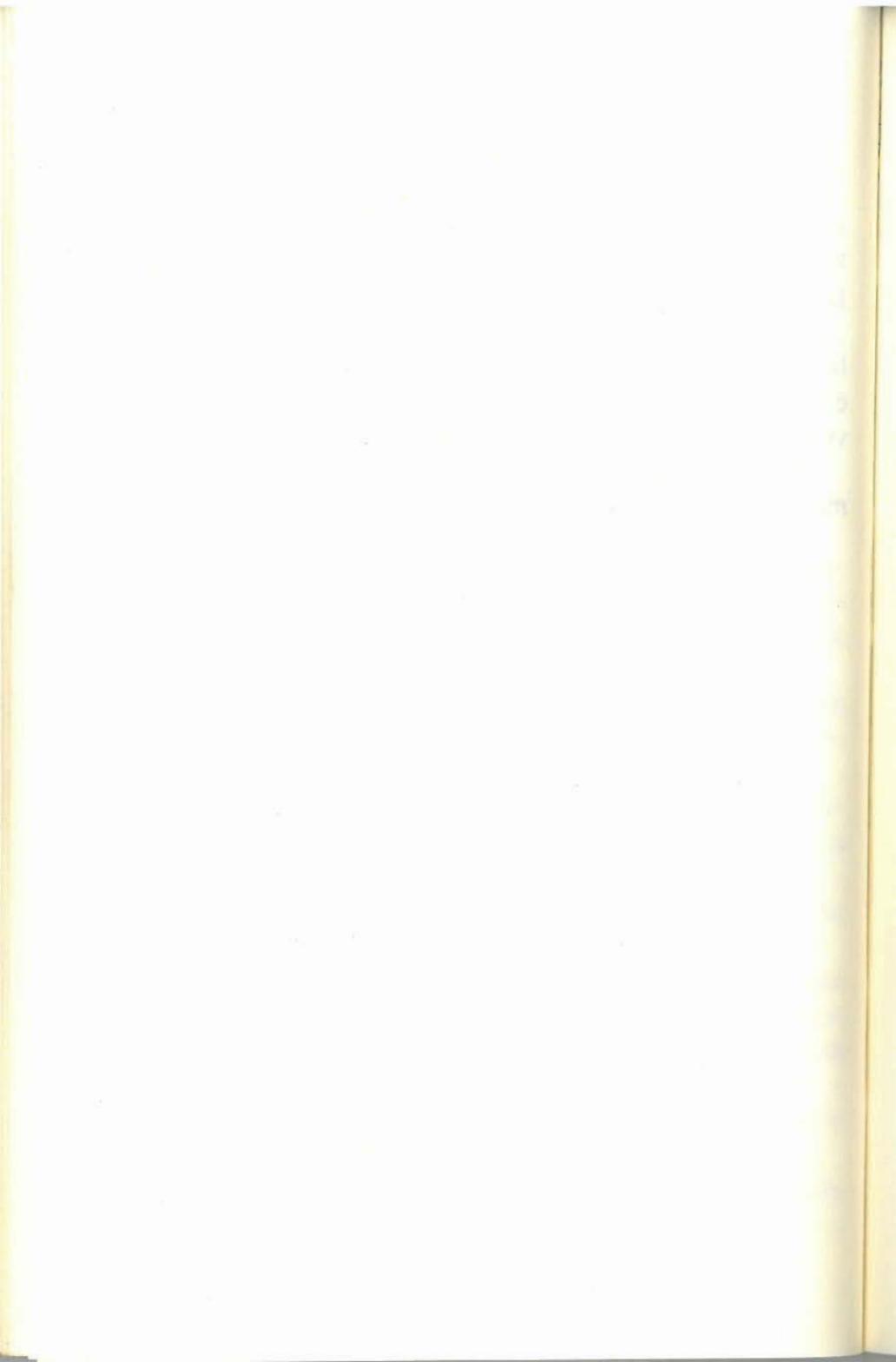
El traje del porvenir será la hoja de parra; la mujer,

andando el tiempo, se exhibirá como las estatuas del palacio de los duques de Almodóvar, antes de que las viese Isabel II.

No había que pensar, por lo tanto, en volver a velar las formas femeninas y hasta ocultar, en ocasiones, las consecuencias de faltas y deslices, piadosa misión que me valió el calificativo de guarda-infante.

No queda otro remedio que resignarse a morir víctima de los roedores y la carcoma.

Octubre, 1929.





EL ÚLTIMO BANDOLERO ANDALUZ

LA Prensa nos comunicó la noticia en la semana última; Joaquín Camargo Qómez (a) *el Vivillo*, se ha suicidado en Buenos Aires, donde residía, ingiriendo una disolución de cianuro.

Con la muerte de este hombre ha desaparecido el último representante de la legión famosa de los bandoleros andaluces; digno sucesor de Diego Corrientes y José María el Tempranillo, una de las figuras más populares de la España pintoresca de las postrimerías del siglo XIX y los comienzos de la centuria actual.

El relato de la odisea, de la accidentada vida, de las innumerables aventuras del *Vivillo*, podría utilizarse para escribir un libro tan interesante como aquellas novelas de que eran protagonistas los *bandidos generosos*, los caba-

llistas de Sierra Morena, con cuya lectura pasaban distraídos nuestros padres las interminables veladas del Invierno.

Hoy que Joaquín Camargo, a causa de su trágica muerte, vuelve a constituir una nota de actualidad, vamos a dedicarle una crónica, haciendo en ella una síntesis de su triste historia, con datos que en su mayoría él mismo nos facilitara, cuando fué traído preso a Córdoba y aquí obtuvo la libertad como consecuencia del sobreseimiento de todas las causas que se le instruían.

El *Vivi lo* era natural de Estepa y tenía sesenta y cuatro años de edad.

El apodo con que se hizo célebre le fué impuesto en la escuela donde aprendió las primeras letras por el maestro don Alejandro Machuca, porque se trataba de un muchacho de clara inteligencia, despierto, inquieto, siempre propicio a reatizar toda clase de travesuras.

Contrajo matrimonio con una honrada joven del pueblo, de la que tuvo tres hijas y dedicóse a vivir modestamente de la herencia de sus padres, una pequeña finca de campo, de la cual tenía arrendada una parte y otra labraba él.

Ignoramos si porque su hacienda no le producía lo suficiente para satisfacer todas las necesidades de su casa o porque le arrastraba un deseo irresistible de disfrutar del áura popular, abandonó su labor y dedicóse a contrabandista, eligiendo a Gibraltar para campo de sus operaciones.

De esta etapa de Joaquín Camargo nada puede decirse; no hubo en ella actos salientes que le hiciesen desta-

carse entre sus compañeros, que le diesen fama y, acaso por esto, pronto abandonó el negocio del contrabando y... Aquí empieza la nebulosa de la vida del *Viv!l o*.

El humilde labrador apareció transformado en bandido y, durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del actual, sembró el pánico en los campos andaluces.

Los relatos de las hazañas de Joaquín Camargo corrían de boca en boca; incesantemente la Prensa comentaba los actos de audacia del nuevo caballista que, bieu pronto, logró tanta celebridad como sus antecesores José María, Diego Corrientes y *Los Siete Niños de Ecija*.

Robos a mano armada, valiéndose de la astucia y por medio de anónimos amenazadores, asaltos de diligencias, asesinatos, incendios, cuantos crímenes y delitos contra la propiedad cometíanse en nuestra región, se atribuían a aquel hombre, cuya triste fama acrecentabase por momentos, de seguro con gran satisfacción suya, pues sentía insaciables ansia de notoriedad.

De Camargo contábanse hechos dignos de Luís Candelas o del moderno Raffles. Decíase que concertó un robo en la casa de un rico hacendado de un pueblo próximo a Estepa y la tarde y toda la noche del día en que debía cometerlo, no cesó de recorrer las calles y las tabernas de su ciudad natal, abusando de las libaciones y promoviendo eseándalo.

En las primeras horas de la madrugada, montó en un caballo que tenía preparado en las afueras de su pueblo y picando sin cesar las espuelas al fogoso bruto marchó al

pueblo donde habitaba su víctima, apoderóse de una considerable cantidad de dinero que el hacendado guardaba en su casa y otra vez, a todo correr la briosa cabalgadura, plantóse en Estepa en menos de media hora y continuó la *juerga*.

Alguien le acusó como autor de aquel robo y fué procesado, pero presentóse una legión de testigos a declarar que la noche en que se realizó el hecho no había faltado el *Vivillo* de Estepa y, en su virtud el proceso tuvo que ser sobreseído.

También se aseguraba que, en otra ocasión, para efectuar un robo, vistióse con un uniforme de teniente de la Guardia civil.

Camargo Gómez cayó en poder de la Justicia como presunto autor, con otros individuos, del asalto de una diligencia, que no pudieron robar, en la carretera de Cibra a Priego y dió con sus huesos en la cárcel de la primera de las ciudades mencionadas, de la que, a pesar de la rigurosa vigilancia a que estaba sujeto, a los quince meses logró evadirse, empleando procedimientos análogos a los que hoy vemos en las películas cinematográficas.

Esto ocurrió en el año 1898 y el *Vivillo* pudo, burlando la activa persecución de que era objeto, marchar a Orán, donde fué a reunirse con él su familia.

Allí permaneció durante un año, dedicado al comercio de frutas, y desde dicha población trasladose a la de Perigot, estableciendo en ella una fonda.

En Perigot nacieron sus hijos Juan y Miguel, a los

que inscribió en los registros correspondientes como hijos de José Sánchez, nombre y apellido con que sustituyó los suyos en Africa.

Entre tanto, la hidra del bandolerismo andaluz, aplastada en tiempos ya lejanos por el gobernador de Córdoba Zugasti, había vuelto a levantar la cabeza y el Bizco del Boje, P'ernales, el Jaco, el Niño de Gloria y otros muchos malhechores, sembraban de nuevo el pánico en nuestra región,

El Gobierno tuvo que emprender una intensa campaña a fin de exterminar el bandolerismo, que otra vez echaba hondas raíces en Andalucía y el *Vivillo*, temeroso de no estar seguro en Marruecos, resolvió abandonarlo y, a los cuatro años de permanencia en Perigot, volvió a Orán; desde allí, en el vapor correo francés marchó a Barcelona y en la capital del Principado embarcó el 7 de Abril de 1904 en el vapor *Duquesa de Génova*, con rumbo a la Argentina.

La familia del *Vivillo* tornó a Estepa al parecer sin recursos y estableció una tienda modesta de bebidas y comestibles para poder vivir.

El *Vivillo* llegó a Buenos Aires el 27 de Abril de 1904 y allí estuvo trabajando en las obras del puerto hasta que, poseedor de algunos ahorros, dedicóse al comercio nuevamente.

La suerte no le debió volver la espalda, pues a los tres años, Camargo envió dinero a su familia para que marchara a reunirse con él.

Como la esposa y los hijos del bandolero eran objeto

de una continua vigilancia, de seguro algún agente de la autoridad debió acompañarles, sin que ellos lo supieran, en su viaje, logrando descubrir el paradero de Camargo Gómez, quien fué detenido, en su domicilio, el 23 de Diciembre de 1904 y encarcelado en la capital de la Argentina.

Allí usó múltiples nombres, entre ellos el de Vicente Lorenzo, con el que se inscribió en las listas del pasaje del barco *Duquesa de Génova*.

Ya puesto a buen recaudo, comenzó a instruirse el expediente de extradición, cuya tramitación fué muy larga y concluído este el *Vivillo* volvió preso a España en el vapor *Patricio Satrusteguí*, desembarcando en el puerto de Barcelona el 19 de Febrero de 1909.

Con él regresó su familia, que volvió a Estepa en busca del calor del suelo natal.

Un juez especial nombrado al efecto, instruyó catorce procesos, por distintos delitos, contra Joaquín Camargo Gómez (a) el *Vivillo*, quien para responder de las acusaciones que en doce de aquéllos se tormulaban contra él, compareció en las Audiencias de Jaén, Cádiz, Málaga y Sevilla, siendo todos sobreseídos por falta de pruebas.

En la madrugada del 10 de Marzo de 1911 el *Vivillo* fué trasladado, de la cárcel de Sevilla a la de Córdoba, pues en nuestra Audiencia habían de ser vistas las dos causas restantes y, a las pocas horas de hallarse en esta ciudad, celebramos una entrevista con el ladrón famoso,

Al aparecer éste ante nosotros sufrimos una gran decepción.

Esperábamos encontrar a un individuo alto, recio, de siniestra catadura, de mirada torva, y nos vimos frente a un hombre de corta estatura, grueso, de rostro simpático, de mirada viva y penetrante, con el reflejo de la alegría en la faz y la sonrisa en los labios.

El *Vivillo* notó la impresión que nos había producido y, después de darnos los buenos días, sus primeras palabras fueron éstas: le he causado a usted una sorpresa; esperaba encontrar a un terrible bandolero y está en presencia de un tendero de comestibles o cosa parecida ¿verdad?

Aquel hombre, vestido con pantalón de pana y polonesa y chaleco de paño negro, y luciendo arrollado al cuello, en sustitución de la corbata, un pañuelo de seda blanco, más que un tendero parecía lo que fué en sus principios: un modesto labrador de pueblo.

Le expusimos nuestro propósito, que era interrogarle acerca de su accidentada vida y él, muy satisfecho, se prestó al interrogatorio, y ofreciéonos contestar a todas nuestras preguntas, no apartándose ni un ápice de la verdad.

Y Joaquín Camargo, con verbosidad extraordinaria, con relativa corrección de lenguaje, sin detenerse a pensar lo que había de decir, demostrando excelente memoria al citar datos y fechas, respondió a todas nuestras preguntas, al parecer con gran veracidad, y explicó satisfactoriamente aquellos puntos en que parecía notarse contradicciones.

Confesó que había sido contrabandista, pero negó terminantemente que se hubiera dedicado a bandolero.

Lo ocurrido fué—nos dijo—que un día tuve que abandonar mi casa para burlar a la justicia, la cual me perseguía por haber herido a un valiente de oficio que intentó matarme, y entonces me dediqué al contrabando.

Por mi audacia en dicho negocio, por mi amistad con gente maleante, obtuve una fama bien triste; tomáronme por un malhechor y no se cometía robo en la región andaluza que no se me atribuyera.

Bandidos de renombre y ladrones vulgares se hacían pasar por el *Vivillo* y firmaban con mi apodo sus cartas amenazadoras pidiendo dinero a ricos hacendados.

Esto se comprobó infinidad de veces, como en el asalto, robo y asesinato de un viajero de la diligencia de Villamanrique, hecho por el que fuí preso y procesado, teniendo que ser sobreseída la causa, pues se probó hasta la saciedad que yo no tuve intervención en la fechoría.

El mayoral y el zagal de la diligencia declararon que entre los caballistas asaltantes del coche no figuraba el *Vivillo*.

Además hay otras pruebas terminantes en mi favor. Si yo hubiera cometido todos los robos de que se me acusa estaría nadando en la abundancia mi familia, que apenas ha tenido siempre lo suficiente para vivir con gran modestia y eso a costa de su trabajo.

Y al hablar de la familia, ya que estoy haciendo confesión general con usted, he de decirle que todos los actos punibles que haya cometido, todas mis andanzas, todas mis aventuras las realicé impulsado por el inmenso cariño que profeso a mi mujer y a mis hijos, pedazos de

mi alma; con el afán de que disfrutaran de una posición en que nunca he logrado verles.

Al llegar a este punto, súbitamente desapareció el reflejo de la alegría que se dibujaba en su faz y dos gruesas lágrimas resbalaron por sus mejillas.

Decidimos terminar la entrevista, dirigiendo esta última pregunta a Joaquín Camargo: ¿es cierto que disfrutó usted de la protección de don Francisco Romero Robledo?

Esa es nos contestó—otra de las patrañas relativas a mí que han circulado. Yo ni siquiera conocí al batallador político de Antequera

Nos despedimos del *Vivillo* y salimos de la sala de conferencias de la cárcel, por qué no decirlo, gratamente impresionados del famoso bandolero.

Frecuentemente repetimos nuestras visitas a Joaquín Camargo, quien persistió siempre en su negativa rotunda de que él se hubiera dedicado al bandolerismo.

Deleitábanos con los relatos de las pintorescas aventuras de su accidentada vida, relatos que interrumpía a menudo para dedicar un recuerdo a su esposa, a sus hijos, a los ídolos de su amor, de los que le tenía separado la mala suerte.

Camargo Gómez mataba el tiempo en la cárcel escribiendo pensamientos, ni peores ni mejores que muchos de los que aparecen en la Prensa con la firma de conocidos literatos.

El *Vivillo* nos dedicó un autógrafo, en una tarjeta postal, que dice así:

«Sr. D. Ricardo de Montis, Redactor del *Diario de Córdoba*.

Pensamiento.—Por una creencia consoladora de nuestra Religión Cristiana despojamos al sepulcro de su terrible silencio, y a la cárcel del gemido lastimero de los que sufren penosa reclusión, y las almas generosas que riegan con lágrimas los primeros y con fruto de caridad a los encarcelados, son dignas de respeto, cariño y gratitud.

—Eternamente agradecido le vivirá este desgraciado padre de familia y preso, que con su magnánimo corazón ha sabido comprender y tratado de aliviar el peso de su inmenso infortunio.

Joaquín Camargo Gómez (a) *Vivillo*.

Cárcel de Córdoba a 11 de Marzo de 1911.

Muchas veces, en aquella época, nos preguntamos: ¿Este individuo es un bandolero o una persona honrada? Y siempre nuestra contestación fué la misma: tratábase, efectivamente, de la figura más interesante del bandolerismo andaluz.

Merced a su sagacidad, a su astucia, a su ingenio, sabía preparar las fechorías tan hábilmente que jamás dejaba un cabo suelto en que se pudiera basar una sólida acusación y, en cambio, disponía de todos los elementos necesarios para probar la coartada.

Huelga decir que para burlar a la justicia tenía que contar con numerosos cómplices y encubridores; que comprar el silencio de bastantes personas y, en todo esto, invertía la mayor parte de los productos de sus robos. Con esto se destruye uno de los principales argumentos que Camargo utilizaba para probar que nunca apoderóse de lo ajeno y se explica que su familia no saliera jamás de su modesta posición.

También obtuvimos la impresión de que el *Vivillo* no procedió, en todas sus hazañas, por cuenta propia; muchas veces sirvió de instrumento a individuos ocultos en las sombras; a esos malhechores más ruines y miserables que los bandoleros, prototipos de la audacia y el valor, dispuestos siempre a vender caras sus vidas en los campos andaluces.

Y no nos quedó duda respecto a la veracidad de una de las afirmaciones de Joaquín Camargo; la de que muchos individuos se habían hecho pasar por él para desbarrillar fácilmente al prójimo, porque al oír la palabra *Vivillo* temblaban las esferas.

En la Audiencia de Córdoba se vió las dos últimas causas que tenía pendientes Joaquín Camargo; una procedente del Juzgado de Cabra, por el delito de tentativa de robo y otra del de Castro del Río, por el de incendio, y ambas fueron también sobreseidas por falta de pruebas.

En las citadas causas actuó de defensor del *Vivillo* el abogado cordobés don José Ortega Contreras por recomendación del letrado sevillano don Manuel Blasco Garzón que le defendió en los doce anteriores procesos.

En Junio de 1911 quedó en libertad el famoso bandolero, terminando su odisea por las cárceles que empezara la víspera de la Nochebuena del año 1907, fecha en que se le detuvo en la capital de la Argentina.

Al salir de la cárcel de Córdoba Joaquín Camargo Gómez, vino de Estepa su familia, para unirse con él y el *Vivillo* nos presentó a sus tres hijas, Rosa, Dolores y Carmen. La primera estaba casada con un sirviente de

rico hacendado estepense don Rafael Juárez del Pozo y las otras permanecían solteras. Todas eran muchachas muy lindas, muy simpáticas, bien educadas y de agradable conversación.

Hablaban correctamente el francés, idioma que aprendieron durante su residencia en Orán y Perigot, y Dolores sabía tocar el piano.

En pocos días el famoso bandolero obtuvo aquí una popularidad envidiable; todo el mundo le conocía, todo el mundo le hablaba; grandes y chicos, hombres y mujeres, al encontrarle en la calle decíanse unos a otros en voz baja: ese es el *Vivillio*, y cuando entraba en una taberna, la gente formaba cola, para verle, en la puerta del establecimiento.

A cada paso hallaba quien le detuviera para ofrecerle un cigarro o una copa de vino y charlar un rato con él.

Huelga decir que Gamargo Gómez, al sentirse halagado como nunca por el aura popular de la que siempre estuvo sediento, reventaba de satisfacción y de orgullo.

Deshacíase en elogios a nuestra ciudad, la que, según él aseguraba, no había conocido hasta su excarcelación, pues sólo estuvo en ella unas cuantas horas, hacía ya mucho tiempo, para asistir a una corrida de toros.

En una de nuestras entrevistas nos propuso que le escribiéramos sus memorias para publicarlas en un libro, seguro de que se agotaría la edición. Esta misma idea ocurriósele a don Rodrigo Soriano, quien ofreció al *Vivillio* publicar en el folletín de *España Nueva* tales memorias, escritas por un redactor de dicho periódico, y hacer

una tirada especial de ellas para regalársela, con el objeto de que las vendiese,

Tal ofrecimiento, como supondrá el lector, fué acogido con gran satisfacción por Camargo, pues habría de realizar el sueño de toda su vida. Conseguir que se destacara su figura, obtener la celebridad fuera como fuese.

Desde Córdoba, el famoso exbandido marchó a su pueblo natal y sus paisanos le dispensaron un cariñoso recibimiento, análogo al que obtuviera el hijo pródigo al volver a su casa.

Personas que, en otros tiempos, le habían denunciado y perseguido, no rehusaban ya reunirse con él, llamábanle amigo y le trataban afablemente.

A los pocos días de hallarse en Estepa murió allí un oficial de la Guardia civil y el *Vivillo* asistió al funeral y fué invitado para formar parte de la presidencia del duelo.

Joaquín Camargo estuvo luego en Madrid, donde su presencia despertó la curiosidad general y el antiguo bandolero llegó a ser el hombre del día.

Ocurrió el caso de que, hallándose en un café o una cervecería, el público que para verle, se agolpaba ante la puerta del establecimiento, interrumpiera la circulación por la calle.

Una tarde don Rodrigo Soriano le acompañó al Congreso y, al penetrar Camargo en el salón de sesiones hubo un movimiento general entre los concurrentes, originado por la expectación; todos fijaron la vista en él y quedó interrumpido el debate algunos momentos.

La Prensa diaria y las revistas gráficas dedicábanle

artículos con gruesas titulares y publicaban su retrato, obtenido por los mejores fotógrafos, en diversos lugares de la corte.

El *Vivillo* se hallaba en plena apoteosis; había satisfecho del todo sus insaciables deseos de notoriedad y daba por bien empleadas las penalidades y torturas sufridas, porque ellas le habían puesto en *candelero*, realizando su constante aspiración.

Empresarios de la fiesta nacional no menos *vivos* que él, le propusieron contratarle como picador de toros y aceptó la proposición lleno de júbilo pues, merced a ella, se le presentaban nuevas ocasiones de acrecentar su celebridad y podría reunir algún dinero, de que estaba muy necesitado.

Joaquín Camargo actuó de barilarguero en dos corridas, una celebrada en la plaza de Linares y otra en la de Vista Alegre (Madrid) y en ambas quedó a la altura de cualquiera de los modernos Calderones.

Huelga decir que el público llenó las citadas plazas para ver picar al bandolero y que éste no cesó de escuchar aplausos.

Algunos meses después, terminada la impresión, en un libro, de sus memorias, escritas por el redactor de *España Nueva* que firma sus trabajos con el pseudónimo de *Miguel España* y publicadas antes en dicho periódico, el *Vivillo* recorrió las principales poblaciones de Andalucía, Extremadura y otras regiones vendiendo la obra, cuya edición se agotó mucho antes que las más cortas de *Peppita Jiménez*, *Doña Perfecta* o cualquier otra novela inmortal de nuestra Literatura.

Con el dinero que le produjo el libro, Joaquín Camargo, en unión de su familia, volvió a la Argentina en el año 1912, dispuesto a pasar allí el resto de su existencia.

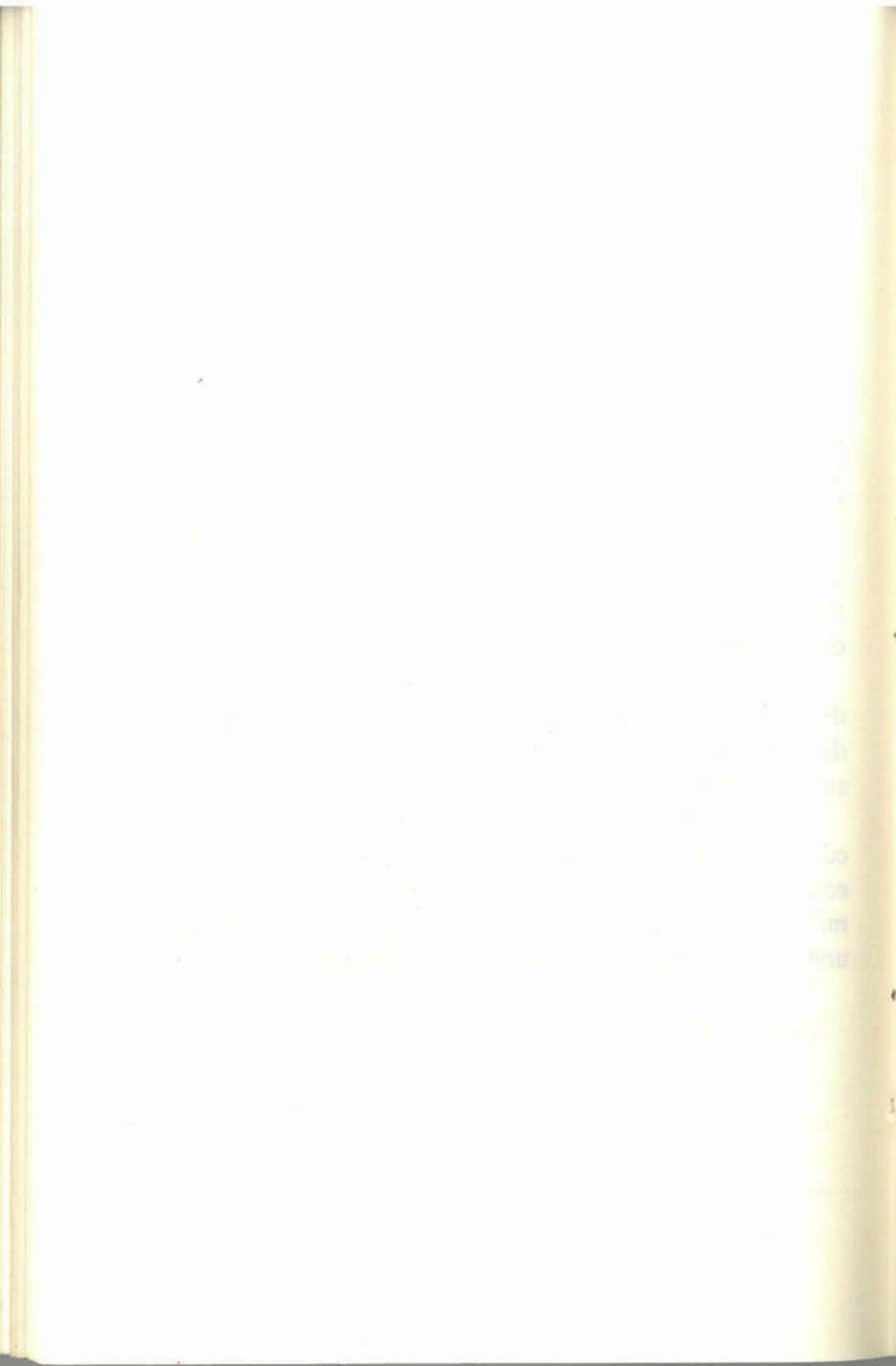
De esta última etapa de su vida son muy pocas las noticias que han llegado hasta nosotros. Sólo sabemos que estableció nuevamente su residencia en Buenos Aires, dedicándose otra vez al comercio y que, en alguna ocasión, también apareció en los cosos taurinos vistiendo el traje de picador.

Un día la Prensa dijo que el celeberrimo excaballista andaluz, como consecuencia de una riña estaba gravemente herido; otro día que había muerto, pero esta noticia fué desmentida a poco.

Ahora ha circulado, siendo confirmada, la del suicidio de Joaquín Camargo; asegúrase que tomó esta resolución desesperado por el reciente fallecimiento de su esposa, de su Dolores, sin la cual le era imposible la vida.

No nos ha extrañado el trágico fin del *Vivillo*; en su corazón, entre los sentimientos ruines del bandolero, echó hondas raíces un sentimiento noble: el amor a la familia, como en el campo lleno de maleza arraiga siempre una florecilla que lo embellece y lo perfuma.

Agosto, 1929.





Una Nochebuena inolvidable

ACTUABA en el Gran Teatro una compañía dramática, de la que era empresaria y directora una notable actriz.

Mujer bella, de arrogante figura, simpática, jovenía a todas estas dotes excelentes aptitudes para la escena y una gran cultura literaria.

Dedicóse al teatro por afición, por amor al arte, abandonando las comodidades que su desahogada posición le ofrecía para emprender la odisea de todos los artistas de su género, en la que, hasta los más afortunados, tienen que sufrir múltiples contrariedades, jamás compensadas por las satisfacciones del triunfo.

Enamorada ferviente de Shakespeare y de su obra inmortal *Hamlet*, después de haber hecho de ella un con-

cienzudo estudio se decidió a representar a su protagonista, siendo una de las pocas mujeres que realizaron esta atrevida empresa, la cual elevó a Sara Bernard al pináculo de la gloria.

En cierta ocasión nos dijo la hermosa actriz: Yo interpreto el sombrío personaje, no por demostrar aptitudes que no poseo, ni por lucir la figura, como sostienen algunos de mis compañeros, envidiosos y murmuradores, sino por rendir un modesto homenaje de admiración al autor de esta tragedia insuperable y además, se lo declaro confidencialmente, porque entre el Príncipe de Dinamarca y yo hay ciertos puntos de contacto. A mí, como a él, me atormenta una horrible duda, buitre hambriento que sin cesar devora mi corazón.

Enmudeció nuestra amiga y, súbitamente, una intensa palidez cubrió su rostro.

El empresario del Gran Teatro invitó a la compañía de la actriz indicada a cenar en el mismo coliseo la Nochebuena.

Nuestra amiga se excusó de asistir al acto, pretextando una indisposición repentina.

—Sé, nos dijo, que mis compañeros no creerán la excusa y me tacharán de orgullosa; pero mi presencia coartaría la libertad que en tal fiesta debe reinar entre los concurrentes, por ser yo su directora.

Además gusto de pasar esa noche en que la Cristianidad conmemora el hecho más trascendental que la histo-

ria registra, lejos del mundanal ruido, con mi madre, en el cuarto de la fonda donde me hospedo, evocando recuerdos de otros días, alegres algunos, muy tristes casi todos. Le invito, agregó, si no tiene ocupaciones que se lo impidan, a tomar el café conmigo después de la cena.

La velada fué agradabilísima; la notable artista nos deleitó con una verdadera e interesante conferencia literaria, en la que hizo gala de su cultura excepcional. Habló del teatro clásico, exponiendo muy atinadas observaciones acerca de sus principales obras; recordó a los grandes poetas y a las mujeres que más han sobresalido en la ciencia gayá, y recitó, de manera magistral, versos de Santa Teresa de Jesús, Rosalía de Castro, Gabriela Mistral y Juana Ibarburen.

Las horas pasaban inadvertidas para nosotros.

Momentos antes de las doce la madre de la actriz descorchó una botella de Champaña y, al sonar las campanas de los relojes, los tres, en pie, apuramos una copa del espumoso vino.

—A su salud, nos dijo la artista, y porque la estrella de Belén disipe con su luz las sombras de la duda que me atormenta.

—Porque el sol de la felicidad, le contestamos, ilumine siempre su camino.

Hubo un instante de silencio y dos gruesas lágrimas resbalaron por las mejillas de la hermosa actriz.

Poco después nos despedíamos de ella afectuosamente.

La comedianta siguió su odisea por el mundo, y de España marchó a América en busca de horizontes más claros que los de su patria, preñados de nubes para los artistas de la escena.

Algunos años después leímos en la Prensa una noticia que nos produjo honda impresión y dolor profundísimo: la hermosa actriz había puesto fin a su existencia disparándose un tiro en el corazón

¿Cuál fué la causa de la espantosa tragedia? Acaso la duda, aquella duda horrible y misteriosa que, como a *Ham'et*, atormentaba a la actriz y era buitres hambrientos que lenta y constantemente, iba devorando las entrañas.

Diciembre, 1929.

LA MIGA DE A CUARTO



EN Córdoba, como en casi toda la región andaluza, llámase migas a los colegios de niños de corta edad, denominación perfectamente aplicada, porque una de las diversas acepciones de la palabra miga, según la Academia Española, es «porción menuda o pequeña de cualquier cosa».

Hace medio siglo abundaban en nuestra ciudad las migas, especialmente las de a cuarto, que ya han desaparecido, y que eran muy típicas, originales y simpáticas.

Generalmente hallábanse en la parte baja de la población, en la más populosa, donde abundan los chiquillos; unas establecidas en portales, otras en galerías o habitaciones de casas de vecinos, desprovistas, casi siempre, de condiciones para el objeto a que se las destinaba.

Tales escuelas carecían, en absoluto de material pedagógico. No había en ellas bancas, ni carteles, ni pizarras, ni siquiera un bufete para la maestra.

Todos los párvulos llevaban su sillita, unas sillas tan pequeñas que parecían de juguete y los que, por la extrema pobreza de sus padres carecían de ella, sentábanse en el suelo.

Las encargadas de esta especie de colegios, a los que habríase podido llamar colmenas humanas, sólo poseían un viejo sillón de enea en el que se arrellanaban para ejercer su profesión, una cartilla mugrienta y rota donde enseñaban a los peqneñuelos a deletrear y una larga caña que les servía para castigar, desde su asiento, golpeándoles en la cabeza sin causarles daño, a los chiquillos traviesos o llorones.

Tales maestras ni tenían título académico ni habían estudiado la carrera del Magisterio; eran pobres mujeres que recurrían a ese medio decoroso para ganar el sustento y realizaban una labor social importante, digna de general aplauso.

Gracias a la miga muchas madres no tenían que dejar abandonados a sus hijos mientras ellas iban a trabajar; evitaban que gran número de muchachos se criara en el arroyo, que es la escuela de todos los vicios y la antesala de las cárceles.

Muy temprano, las mujeres del pueblo, con sus chiquillos en los brazos, encaminábanse a la miga y allí los dejaban, previa entrega de un cuarto a la maestra, como retribución de sus inapreciables servicios, marchándose

tranquilas a emprender la diaria lucha por la existencia, seguras de que estarían bien cuidados y atendidos aquellos pedazos de su corazón.

La encargada de los chícuelos ejercía, a la vez, las misiones de maestra, de madre y de aya; enseñábalas el silabario, les obligaba a aprender las oraciones que se rezan en todo hogar católico y, principalmente, les entretenían procurando que no echaran de menos el dulce calor del regazo de la madre, sus besos y sus caricias.

Algunas de estas beneméritas educadoras de la infancia no se conformaban con que los niños conocieran el alfabeto; persistían en su labor hasta que sabían leer y emborronar planas con palotes, curvas y letras.

Asímismo daban a las niñas las primeras lecciones de costura y bordado y era digno de observarse el entusiasmo con que las angelicales criaturas confeccionaban la ropita para la muñeca o el dechado lieno de puntas y labores.

Las muchachas mayorcitas cuidaban de los pequeñines, les distraían para que no llorasen.

¡Qué interesante cuadro presentaba una linda muñequita con un ángel de guedejas rubias en los brazos, meciéndole y cantándole para que se durmiera, con solícitud de madre!

La maestra acostumbraba a los parvulitos a repartirse meriendas y golosinas, a ser generosos, y procuraba que no encontrasen en ellos campo abonado para germinar la envidia y el egoísmo.

Así formaban el corazón de las futuras generaciones,

de las mujeres del porvenir, abierto a todas las virtudes y a todos los sentimientos nobles y generosos.

Al anochecer, las obreras iban a la miga para recoger a los chiquitines que dejaban allí mientras ellas dedicábanse al trabajo y conducirlos al hogar en que se hallaban unidos en estrecho y raro maridaje la felicidad y la pobreza, porque la dicha no puede faltar donde imperan el amor y la honradez.

Más de una vez, en nuestra continua peregrinación por la ciudad, nos detuvimos ante uno de los portales en que había una miga de a cuarto, para deleitarnos con la contemplación del cuadro que presentaba, lleno de encanto y sencillez; para disfrutar de la infantil y sana alegría que se desbordaba a torrentes de aquel mundo en miniatura.

Y siempre pensábamos que aquella maestra, aquella pobre mujer, símbolo de la paciencia y la bondad, sentada en el viejo sillón de enea, el libro roto y mugriento sobre la falda y la caña al lado, realizaba una labor fructífera, intensa, admirable; la de colocar los primeros sillares del edificio social de las generaciones venideras, edificio sólido para que no lo pudieran derrumbar los huracanes de la impiedad, de los vicios, de las pasiones, que constantemente nos azotan.

Octubre, 1929.



DON ANGEL MARIA BARCIA PAVON

EL 11 de Agosto de 1927 rindió la jornada de la vida en esta capital, a la avanzada edad de ochenta y seis años, un benemérito hijo de nuestra ciudad, el ilustrísimo señor don Angel María Barcia Pavón.

El finado era el último representante de una generación de cordobeses ilustres, que brillaron con la refulgente luz del genio, en el mundo del Arte, en el de la Literatura, en el de las Ciencias.

Con grandes entusiasmos dedicóse al cultivo de la Pintura y, para ampliar y perfeccionar sus estudios marchó, muy joven, a Roma, donde pronto logró destacarse, por sus excepcionales aptitudes para el manejo de los pinceles, entre los artistas españoles.

En la Ciudad Eterna, donde residió algunos años, pin-

tó gran número de cuadros, casi todos de asunto religioso, muchos de los cuales figuran en los principales templos de Roma.

Al regresar a España, abrazó la carrera eclesiástica e ingresó en el Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, siendo nombrado jefe de la sección de Bellas Artes de la Biblioteca Nacional.

Prosiguió, a la vez, su labor pictórica, produciendo obras de mérito reconocido, de las que no pocas se conservan en iglesias de la Corte y de otras poblaciones.

En el Museo provincial de Bellas Artes de Córdoba figuran dos hermosos lienzos, uno de los cuales representa a San Marcos en Venecia y otro la Adoración de los Santos Reyes y, en el salón de obispos del Palacio Episcopal, un retrato de Osio, hecho por encargo del insigne Prelado fray Ceferino González.

Entre sus obras de este género sobresale un cuadro en el que aparecen los Mártires de Córdoba, por orden cronológico, agrupados de modo muy artístico, cuadro en que el dibujo y el colorido acusan a un maestro de la Pintura. De este lienzo hay gran número de reproducciones, hechas por medio de la fotografía y el fotograbado.

Sobresalió extraordinariamente en la imitación de tapices antiguos, arte en el que nadie le ha superado en España. De estos tapices conservaba una colección numerosa y de gran valía.

Don Angel María Barcia, en la Biblioteca Nacional realizó una labor meritisima, reuniendo, clasificando y catalogando con sin igual acierto la colección de dibujos y

estampas, ramo de las Bellas Artes en que era considerado como nuestra primera autoridad tanto que, acerca del mismo, le consultaban personas de reconocida competencia, lo mismo de España que del extranjero.

Sobresalió también como escritor y en sus obras literarias y de crítica artística, escritas con una extraordinaria galanura y una corrección irreprochable, apréciase la sólida y vasta cultura que poseía el ilustre finado.

En los Boletines de nuestras Academias y en importantes revistas publicó estudios y trabajos interesantísimos y dió a luz varias obras de indiscutible valía, de las que mencionaremos, por ser las principales, las tituladas: *Impresiones de un viaje a Tierra Santa*; *Catálogo de la colección de pinturas del Duque de Alba*; *Algunas obras pictóricas de aficionados reales*; *Catálogo de los dibujos y estampas de la Biblioteca Nacional*; *Retrato de Alonso Cano*; *Retrato de Cervantes*; *Retrato de Santa Teresa de Jesús*; *Retrato de Isabel la Católica* y *Retrato del Greco*.

Las cinco mencionadas últimamente fueron editadas por la Junta de Iconografía Nacional, de la que era vocal el finado.

El señor Barcia dominó, igualmente, el arte de la oratoria y sus sermones eran modelo de unción evangélica y de buen decir.

Hace algunos años, el sabio sacerdote, agobiado por el peso de la enfermedad que padecía, ciego, obtuvo la jubilación de su cargo en la Biblioteca Nacional y de Madrid trasladó su residencia a Córdoba para que la ciudad en que vió la luz primera guardara sus cenizas.

Hombre modesto hasta la exageración, siempre rehusó títulos y honores, prefiriendo a los halagos del áura popular los inefables goces que sólo se disfrutaban en el apartamiento del hogar tranquilo.

En el año 1924, una ilustre personalidad, don Elías Tormo, consiguió que una docta Corporación, la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, pagara una deuda contraída con don Angel María Barcia Pavón, reparara un olvido imperdonable, nombrándole académico correspondiente y este nombramiento sirvió, por iniciativa del comisario regio de Bellas Artes de Córdoba don Enrique Romero de Torres, para que nuestra ciudad rindiera un homenaje al hijo que, con sus méritos, la honraba de modo extraordinario.

El 31 de Diciembre del citado año, el alcalde don José Cruz Conde, en unión de representaciones del Cabildo Catedral, de los centros de enseñanza y de las corporaciones literarias y científicas y de varias personalidades, se trasladó al domicilio del señor Barcia y le impuso la medalla de académico, costeada por el Ayuntamiento de esta capital.

Aquel acto resultó solemne, hermoso, dentro de su sencillez y conmovió hondamente al venerable anciano.

El señor Barcia Pavón continuó retirado en su hogar, entregado casi totalmente a las prácticas religiosas, y el 4 de Agosto de 1927, a causa de una caída, sufrió la fractura de una pierna, accidente que le llevó al sepulcro.

Descanse en paz el alma del virtuoso sacerdote, inspirado artista y notable literato.

Agosto, 1927.



Los pobres que vivían del campo

ANTIGUAMENTE, aunque esto parezca una paradoja, la Sierra de Córdoba estaba más cerca de la ciudad que hoy en que la ciudad se aproxima a la Sierra.

Quien abandonaba carreteras y caminos perdíase en la espesura del monte, a poca distancia de la población, donde ahora vemos tierras de labor, cuanúo no populosas barriadas.

Por esta circunstancia podían vivir del campo muchos hombres, a los que las enfermedades, los impedimentos físicos y principalmente los años, no les permitían trabajar. La Sierra ofrecíales, generosa, productos cuya venta les proporcionaba ganancias modestísimas, pero suficientes para atender a sus escasas necesidades.

Al rayar el alba, a la vez que los típicos piconeros,

abandonaban la ciudad otros muchos hombres, provistos de una taleguilla con un mísero almuerzo y un canasto, un saco o unas cuerdas para transportar los frutos, yerbas y cuanto el campo les brindaba, pródiga y desinteresadamente, a fin de que no muriesen de hambre.

En las primeras horas de la noche volvían a sus hogares, cansados por la interminable caminata del día y por el peso de la carga.

¡Y qué satisfechos regresaban los infelices cuando aquella consistía en espárragos, en bellotas, en caracoles o en aceitunas de rebusca, porque tales productos eran los de mayor rendimiento!

En cambio resultaban muy mezquinos los de las tagarninas, los berros, los hinojos, las moras, los madroños, las piñas y las algarrobas, entre los productos comestibles.

Tampoco eran mayores los de la alhucema, pues aunque en casi todas las casas utilizábase la como zahumerio y desinfectante, a causa de su ínfimo precio, por dos cuartos se adquiriría una cantidad enorme, hubiera sido necesario vender diariamente varias fanegas para mal comer.

En determinadas épocas estos infelices comerciantes del género ínfimo obtenían mayores ganancias que en el resto del año, merced a la venta de los que pudiéramos llamar *artículos de ocasión*: el romero para las fiestas de la Candelaria; los lirios y mastranzos para los altares populares del Jueves Santo; la manzanilla y las flores silvestres para adornar la Cruz de Mayo; la juncia y las yerbas

aromáticas para alfombrar las calles el día del Corpus; los aliños para las aceitunas, y el monte para los nacimientos.

En todos tiempos traían también brusco, heno y plumeros de carrizos que, hechos ramos y colocados en floreros sobre las rinconeras y cómodas, servían de adorno en muchas casas.

Algunos de estos hombres tenían conocimientos nada vulgares de botánica y podía considerárseles verdaderos herbolarios.

Ellos cogían las setas llevándolas a los restaurantes y fondas, donde las compraban seguros de que no eran plantas venenosas, y surtían las farmacias de yerbas medicinales a la vez de ofrecerlas al vecindario con originales pregones.

Como los pobres que vivían del campo no acostumbraban a cometer abusos, se les permitía que hiciesen un haz de leña, el cual, a costa de inauditos esfuerzos, trasladaban a sus miserables albergues, ya para venderlo, ya para condimentar su modesta comida, ya para no sufrir los rigores del frío en las interminables y crudas noches de invierno.

El campo también constituía el recurso de los obreros cuando les faltaba el trabajo, pero aquellos, en vez de dedicarse a coger yerbas y frutos, se dedicaban, por regla general, a la caza, que era tarea más lucrativa.

Entre los pequeños comerciantes a que nos referimos había tipos verdaderamente originales, como la pareja de viejos que hasta hace poco recorría nuestras calles, siempre de buen humor, siempre de broma, pregonando sin

cesar: las cabrillas, los caracoles. ¡Qué buena mercancía traen hoy los viejos!

Tal pareja desapareció a causa de un suceso trágico: un automóvil arrolló y produjo la muerte, en el campo, a la anciana y el viejecito acaso moriría de dolor y desesperación al verse solo, sin su inseparable compañera.

Diciembre, 1929.



Un capricho y una frase de Enrique Navas

EL Teatro español había sufrido una irreparable pérdida: la del insigne dramaturgo don José Echegaray.

Con este motivo, la sociedad de actores invitó a todas las compañías dramáticas para que rindiesen un homenaje a la memoria del eximio autor de *El Gran Galeoto*.

Donato Jiménez, que actuaba en el Gran Teatro de Córdoba, organizó una función, como tributo póstumo al escritor eminente, la cual resultó un festival brillantísimo.

Representóse una de las mejores obras de Echegaray y oradores y poetas le tejieron una corona de hermosos pensamientos, en discursos elocuentes y versos inspirados.

La sala de nuestro primer coliseo presentaba un golpe

de vista deslumbrador; ocupábala por completo numerosísimo público, entre el que figuraban autoridades, comisiones de los centros de cultura, artistas, literatos y una lucidísima representación del sexo femenino.

Donato Jiménez, para celebrar el éxito de la fiesta y expresar su gratitud a las personas que le habían prestado su concurso en la organización de la misma, obsequiólas con una jira campestre.

En una hermosa y primaveral mañana, los expedicionarios, entre los que figuraba el actor Enrique Navas Ramírez, fallecido recientemente, montaron en varios coches y dirigiéronse a nuestra Sierra incomparable.

Las horas pasaban inadvertidas para los excursionistas, extasiados en la contemplación de panoramas indescriptibles, de los soberbios cuadros que la Naturaleza ofrece en los campos de Córdoba y entregados a una charla deliciosa, amena, rebotante de gracia y de ingenio.

Los coches detuviéronse a la entrada de una huerta cuya casa tiene honores de palacio, el *Jardinito*; apeáronse los expedicionarios y se internaron en aquel verdadero paraíso poblado de aves canoras y embalsamado por el suave perfume de las flores.

Todos sintiéronse allí poetas, todos olvidaron, por unos instantes, la prosa de la vida, hasta que les sacó de su arrobamiento una robusta voz que gritaba: el almuerzo nos espera.

Momentos después, aquellos amigos sentábanse alrededor de una mesa llena de exquisitos manjares que, regados con el oloroso néctar de los Moriles, pasaban rápidamente del plato al estómago de los comensales.

Huelga decir que durante la comida se desbordó la alegría en torrentes y se vertieron las sales del ingenio con una prodigalidad asombrosa.

Terminado el yantar, Enrique Navas apresuróse a levantarse de su asiento, al mismo tiempo que decía: señores, voy a satisfacer un deseo, un capricho que, a pesar de su insignificancia, no he podido realizar en toda mi vida; el de comer una naranja en su propio árbol.

Todos los concurrentes soltaron la carcajada y Navas Ramírez, seguido de algunos de los comensales, se dirigió al naranjal del *Jardinito*; detúvose ante un árbol de poca altura que aparecía cargado de fruto; sacó de un bolsillo una navajita y comenzó a mondar una hermosa naranja, cuidando de dejarle el trozo de cáscara por el que estaba sujeta a la rama para que no se cayera; cuando hubo terminado esta operación, separó los cascos por la parte interior y comenzó a cogerlos con la boca y a paladearlos con tanta fruición como si se tratara del manjar de los dioses, de la verdadera ambrosía.

Enrique, acabo de convencerme de que estás *chiflado*, díjole uno de los testigos de la original escena, y Navas Ramírez contestó: ¡Bah!, tú no entiendes de esto; si es muy sabrosa la fruta del cercado ajeno, lo es mucho más cuando se las puede comer en su propio árbol

De los ocho amigos que tomaron parte en aquella memorable jira campestre ya sólo quedan dos: el ilustre poeta don Manuel de Sandoval y el autor de estos *Recuerdos de otros días*.





PEPE ORTEGA CONTRERAS

CON un intervalo de pocos días cayeron rendidos para no levantarse jamás, en la penosa jornada de la existencia, dos amigos de la infancia, dos compañeros queridos del autor de estas notas retrospectivas.

La muerte de ambos nos causó intenso dolor, profunda tristeza y nos hizo pensar en que, acaso pronto como ellos, desapareceremos de este valle de penas y amarguras.

Uno de nuestros camaradas a quienes nos referimos fué el popular director del *Fomento Agrícola de Andalucía*, don José Ortega Contreras.

¡Pobre Pepe! Pasó la vida en constante lucha, en continuo batallar sin otras armas que las que proporcionan el talento y el trabajo y cuando empezaba a saborear las

mieles del triunfo sintióse herido de muerte por las espinas y los abrojos que en su larga peregrinación por el mundo le desgarraron el alma.

Ortega Contreras poseía un cerebro privilegiado, una imaginación volcánica, un espíritu inquieto.

En las aulas del Instituto cordobés en que cursó el Bachillerato y en la Universidad sevillana en que estudió Derecho, distinguióse tanto por su inteligencia privilegiada como por su temperamento nervioso; lo mismo por su carácter, momentáneamente irascible, pero de ordinario dulce y afable que por sus sentimientos generosos, por su corazón grande y magnánimo.

Durante las temporadas de vacaciones no permanecía ocioso como permanece la mayoría de los estudiantes, sino que allá en su alegre casa del pueblo que le vió nacer Cañete de las Torres, dedicábase a cultivar la literatura en todos sus órdenes, la poesía, el cuento, la novela, el artículo de periódico, demostrando excelentes dotes de escritor.

En el diario local titulado *El Comercio de Córdoba*, aparecieron los primeros versos, las primeras crónicas de Pepe Ortega, unos firmados con su nombre y otros con la palabra *Agetro*, anagrama de su primer apellido.

Cuando el insigne y desventurado nauta don Isaac Peral recorrió en triunfo las principales poblaciones de España, Ortega Contreras envió al citado periódico un artículo en el que calificaba de inoportunas aquellas apoteosis antes del éxito definitivo del submarino inventado por Peral.

El autor de estas líneas, encargado entonces de *El Comercio de Córdoba*, creyó prudente suprimir algunos conceptos del referido artículo y, al día siguiente al de haber sido publicado, su autor presentóse en la redacción, serio y grave como jamás le habíamos visto.

—¿Sabes a lo que vengo? Nos preguntó hosco y mal humorado.

—No, le respondimos.

—Pues a desafiarte, agregó, porque yo no puedo permitir que se modifiquen los conceptos de mis artículos.

—En ese caso, le objetamos, has efectuado un viaje inútil.

—Dentro de poco, siguió diciendo con tono airado, recibirás la visita de dos amigos míos para que te entiendas con ellos, e inmediatamente marchóse sin agregar una palabra.

Algunas horas después, al encontrarle en un paseo nos invitaba insistentemente para que le acompañásemos a tomar café, declarando que la escena relatada había sido una tontería, producto de un repentino acaloramiento y dándonos toda clase de explicaciones.

¡Qué mejor demostración de la nobleza de sentimientos de Pepe Ortega!

Cuando terminó la carrera de abogado a la vez que a su ejercicio, dedicóse de lleno al periodismo, ya formando parte de la redacción de *El Español*, ya fundando y dirigiendo *El Diario Mercantil*, ambas publicaciones cordobesas, y algunos semanarios y revistas de carácter político, científico o literario, de los que merece especial

mención una revista jurídica, por su interés y utilidad para los profesionales del Derecho.

Un día Ortega Contreras, al regresar a Córdoba después de haber permanecido una temporada en su pueblo nos invitó a almorzar, sorprendiéndonos agradablemente, de sobremesa, con la lectura de un drama que había escrito en su retiro de Cañete de las Torres,

La obra tenía argumento interesante, desarrollado con naturalidad; las figuras estaban perfectamente delineadas; el diálogo era fácil y correcto, y abundaban las situaciones preparadas hábilmente para producir honda emoción.

Le pedimos el manuscrito y lo entregamos al malogrado actor Antonio Perrín, que entonces actuaba con su compañía en el Gran Teatro.

Tanto gustó la obra a Perrín que se dispuso a estrenarla, pero cuando iban a empezar los ensayos fué recogida por su autor que deseaba hacerle algunas modificaciones y ya no volvió a salir del archivo de trabajos inéditos de Ortega.

En poco tiempo logró Ortega Contreras distinguirse como abogado, especialmente en materia criminal.

Sus conocimientos jurídicos, su habilidad para preparar las pruebas, su oratoria persuasiva, su verbo cálido y fogoso, le proporcionaron muchos éxitos forenses.

La vehemencia de su carácter, la fogosidad de su imaginación, el interés que le inspiraba la defensa de sus patrocinados, a veces originaban en la Audiencia vivos incidentes, muchos de ellos no desprovistos de gracia.

En cierta ocasión defendía a un individuo que, en defensa de su honra, había matado a otro.

Ortega, en su deseo de convencer al jurado de que el homicida se hallaba exento de responsabilidad preguntó a uno de los testigos: si usted se hubiese encontrado en el mismo caso ¿qué habría hecho?

Y el presidente de la Audiencia, que era un andaluz de mucha gracia, se apresuró a contestar: ¿qué quiere usted que hiciera? Tener paciencia.

José Ortega Contreras, cuya actividad necesitaba desenvolverse en múltiples y distintos campos, también figuró en política y fué uno de los hombres que se afiliaron con mayor entusiasmo al partido de Unión Nacional, creado por don Basilio Paraiso.

Con éste realizó una activa campaña de propaganda en diversas poblaciones exponiendo, en enérgicos discursos el programa que se proponía realizar la nueva agrupación.

Ejerció el cargo de concejal del Ayuntamiento de Córdoba y pudo desempeñar otros más importantes, pero nunca sintió predilección por los puestos políticos.

La lucha desesperada y constante por la existencia, las heridas que en ella se reciben en forma de desengaños, modificaron mucho su temperamento y su carácter. Pensó entonces en lo que nunca había pensado, en su vejez, en el porvenir de sus hijos y para conseguir su futuro bienestar estudió mucho, concibió innumerables proyectos, pasó las noches en vela sin conseguir que el sueño llamase a sus ojos.

Fruto de largas meditaciones, de infinitos cálculos fué la creación de la sociedad cooperativa titulada *Fomento Agrícola de Andalucía*.

Esta operó una transformación radical, absoluta, en la vida de Pepe Ortega.

El hombre bullicioso, inquieto, amigo de variar frecuentemente de ocupación, recluyóse en su hogar para consagrarse sólo con todas sus energías, con todos sus entusiasmos, al desarrollo de la naciente institución. Puede decirse que con ella compartió el inmenso cariño que profesaba a su familia, que ella fué el ídolo de sus últimos amores.

Veíasele trabajar incesantemente, lo mismo durante el día que durante la noche, sin demostrar cansancio, fatiga ni desaliento, con entusiasmos cada vez mayores porque vislumbraba, al final de las jornadas, un puerto feliz donde podría pasar los últimos años de la existencia libre de los embates de las olas enardecidas, a salvo de las tempestades que producen los naufragios.

Anualmente, para olvidar por unos instantes la prosa de la vida, celebraba en su propio hogar una fiesta muy simpática, una especie de juegos florales en que sólo intervenía la juventud, muchachas encantadoras y muchachos plétóricos de ilusiones.

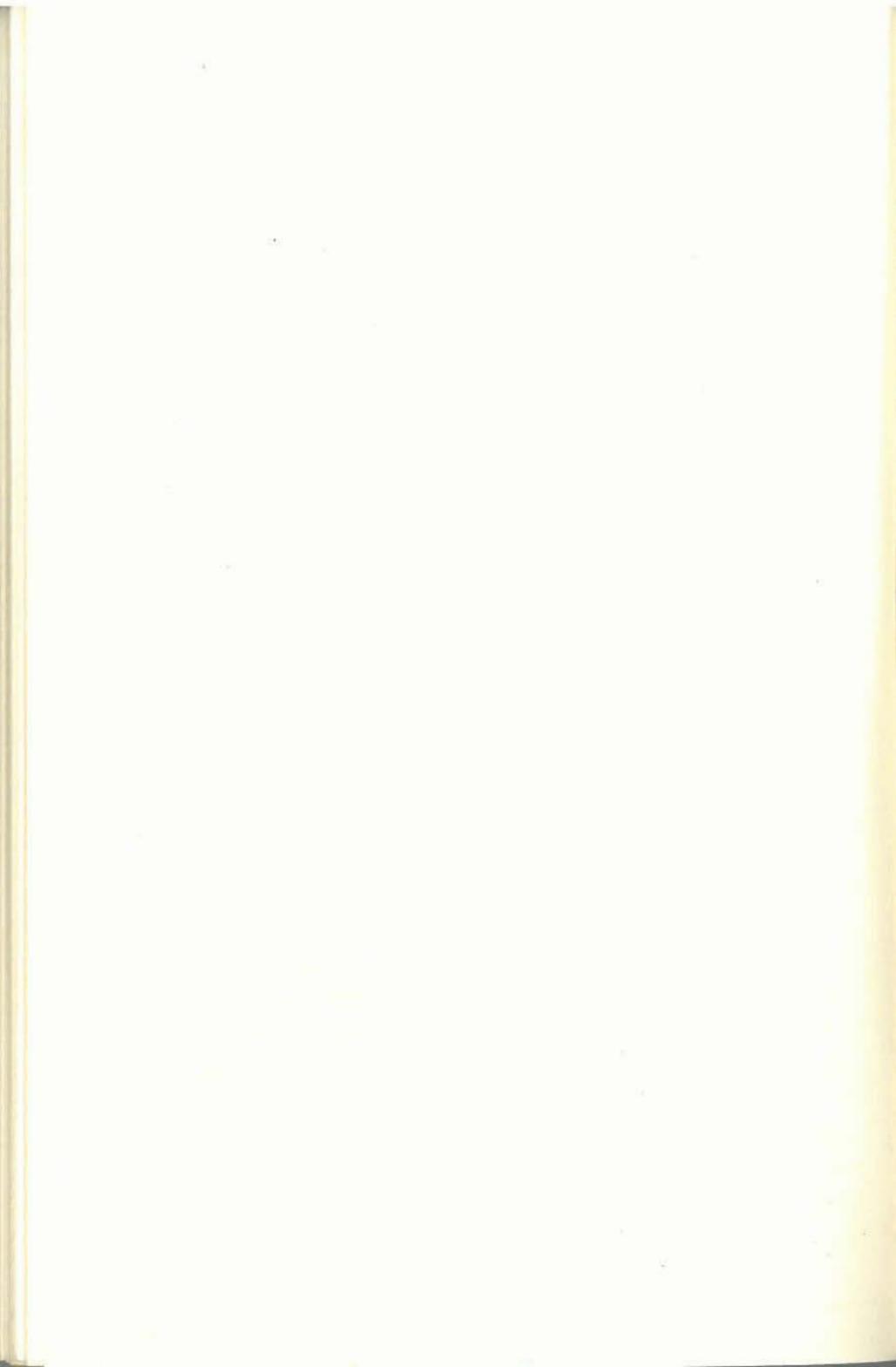
Tales fiestas seguramente refrescaban en la memoria de su iniciador recuerdos muy gratos de otra edad, de los tiempos venturosos en que él también cultivaba, con entusiasmo la poesía y ostentaba larga melena como los antiguos trovadores.

Al fin logró satisfacer sus aspiraciones, pero como decíamos al comienzo de estas líneas, cuando empezó a gustar las mieles del triunfo, cayó para no levantarse ja-

más, rendido por la lucha ciclópea que había tenido necesidad de sostener, manando sangre las heridas que en su alma prodjeran las ingraticudes y los desengaños.

Et roble de la montaña resiste, impasible, las crudezas del invierno y los embates del huracán, pero no puede resistir el ímpetu formidable del rayo que le hace rodar convertido en arista seca, juguete de los aquilones.

Julio, 1921.





Una tragedia de Carnaval

EN aquel alegre pueblo de la campiña cordobesa, por sus vinos famoso, cuando en reuniones y tertulias hablábase de personas extravagantes y raras, de misántropos, de esos seres que calificamos de excéntricos, siempre se citaba, como ejemplo de los mismos, a un vecino de la ciudad aludida, perteneciente a una familia aristocrática, hombre de buena posición, que vivía en un apartamento absoluto de la sociedad, alejado del mundo, recluso en su hogar, una vieja casona de altos y sólidos muros, triste y misteriosa como un monasterio.

La gente atribuía a causas muy diversas la reclusión voluntaria, en su hogar, de la persona en quien nos ocupamos. Unos a grandes contrariedades y desengaños amorosos, otros a padecimientos físicos y morales. Estos

decían que estaba dedicado, por entero, al estudio; aquéllos que se consagraba constantemente a rezos y meditaciones; no pocos que huía de toda distracción en cumplimiento de una promesa; algunos, y eran los que acertaban, que se había impuesto la obligación de no separarse de su madre, anciana y paralítica de estar siempre al lado de ella para cuidarla, para atenderla, para acompañarla, para endulzar los sinsabores de los últimos días de su existencia triste.

Esclavo de esta hermosa de esta noble misión, había visto transcurrir más de dos lustros.

Aquel año celebrábase, con gran lucimiento, con animación extraordinaria, las fiestas de Carnaval, en el alegre pueblo de la campiña cordobesa.

La gente echábase a la calle muy temprano, ansiosa de divertirse y máscaras y comparsas alegraban el reinado de Momo con gritos, músicas y canciones.

El tercer día de antruego la ciudad semejava un hervidero humano; el paseo hallábase totalmente lleno de público; transitar por aqnel paraje resultaba una empresa muy difícil.

Entre la multitud de máscaras que corrían en todas direcciones, embromando a amigos y conocidos, pronto llamó la atención una, no por la riqueza ni por la originalidad de su disfraz —iba envuelta en un dominó negro—; no por la gracia ni el ingenio de que hacía alarde sino porque no había persona a la que no conociera, de la que no supiese la historia, hasta sus secretos íntimos, ya perteneciera a la clase más elevada o a la más modesta,

ya se tratara de una encantada señora, ya de una pobre sirvienta.

Aquí se detenía en un corro de muchachos para hablar a todos de sus conquistas y aventuras; allí en una reunión de señores graves para descubrirles sus pecadillos; ante un grupo de lindas jóvenes para piroppearlas y enumerarles, de paso, todos los pretendientes y novios que habían tenido y pensaban tener; en la puerta de una taberna o de un café para saludar, llamándoles por sus nombres, a todos los concurrentes y asediarles a preguntas relacionadas con el negocio, la profesión, el oficio y la vida y los milagros de cada uno.

¿Quién era aquella máscara? Nadie la conocía, todo el mundo, lleno de curiosidad, se devanaba los sesos para averiguarlo, pero se quedaba con las ganas.

No faltaba quien asegurase que era Fulano o Sutano, pero cuando estaba convencido por completo de haber descifrado aquel enigma viviente, cualquier detalle, un rasgo fisonómico observado al levantar el viento parte de la careta de la misteriosa máscara, hacía comprender que había padecido un error tremendo y el hombre del dominó negro seguía recorriendo calles y plazas y embromando al vecindario, sin que persona alguna le conociera.

Algunas viejas supersticiosas creían, llenas de terror, que se trataba del diablo.

Al anoecer, cuando la gente se retiraba a sus hogares, harta de divertirse, la noticia corrió como reguero de pólvora en la risueña ciudad de la campiña cordobesa,

produciendo una impresión dolorosísima. ¡Triste epílogo el del tercer día de Carnaval en que el júbilo y la alegría se desbordaron en torrentes!

Una señora anciana y paralítica había tenido un fin verdaderamente trágico. Una chispa de fuego desprendida de una hoguera le incendió las ropas; nadie pudo prestarle auxilio porque se hallaba sola y la infeliz murió carbonizada.

Aquella señora era la madre del hombre extravagante o raro, misántropo o excéntrico que, durante más de dos lustros, no se había separado de ella, atendiéndola y cuidándola con solicitud sin ejemplo y que, el último día de Carnaval, tuvo la mala idea de abandonar su voluntaria reclusión, durante algunas horas, para disfrutar de las bulliciosas fiestas de Momo.

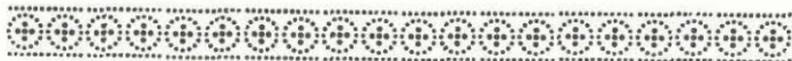
Febrero, 1928.

ANTIGUOS PASATIEMPOS

HACE medio siglo, cuando las familias, para pasar las veladas, preferían el hogar al café, el teatro y el casino, una de las distracciones predilectas con que mataban el tiempo, alrededor de la mesa estufa, en las interminables noches de invierno, consistía en descifrar charadas, jeroglíficos y rompecabezas, entretenimientos que constituían una gimnasia muy provechosa para la imaginación.

Tan en boga estaban estos pasatiempos que toda la prensa dedicábales una sección y había periódicos que ofrecían premios para los lectores que acertasen determinados enigmas.

En nuestra capital dos periodistas notables, don Miguel José Ruiz y don Juan Menéndez Pidal, directores,



respectivamente, de *El Comercio de Córdoba* y *La Lealtad*, hacían alarde de su ingenio publicando, en dichos diarios charadas y rompe-cabezas de no muy fácil solución, los segundos hechos con material tipográfico.

El popularísimo semanario satírico *El Cencerro*, fundado por nuestro paisano don Luís Maraver y Alfaro y que, en sus comienzos vió la luz en esta ciudad, publicó durante algunos años un suplemento dedicado exclusivamente a las distracciones a que nos referimos, el cual logró una excelente acogida del público.

Sólo contenía charadas, jeroglíficos, enigmas, fuga de vocales y de consonantes, logogrifos, símiles, rompe-cabezas, acertijos, saltos de caballo y cuanto se ha inventado para torturar la imaginación.

Convocaba concursos para premiar las mejores colecciones de tales pasatiempos que se le remitieran y en dichos torneos de la inteligencia, que así podía denominárseles, tomaban parte casi tantos escritores como en nuestras antiguas y famosas lides literarias denominadas Juegos florales.

Muchas personas compraban los almanaques de pared —entonces no eran, como ahora, elemento anunciador que se regala— por las charadas y los acertijos que contenían y bastantes aficionados a los entretenimientos aludidos, impacientes por saber la solución de aquéllos, arrancaban las hojas del calendario hasta llegar a la del día en que estaba la clave del enigma.

Contribuyeron poderosamente a fomentar esta afición los fabricantes de cerillas fosfóricas, ilustrando las cajas

de las mismas con rompe-cabezas, jeroglíficos y adivinanzas, muchos de los cuales proclamaban el ingenio de los dibujantes que los hacían.

Los muchachos eran grandes coleccionistas de tales estampas y no sólo ellos sino algunas personas mayores pasaban horas y horas devanándose los sesos para acertar los rompe-cabezas.

No eran únicamente los de las cajas de fósforos los que reclamaban la atención de los amigos de estos pasatiempos; había otros muy complicados como el chin-chuap, de origen chino, consistente en hacer infinidad de figuras geométricas con varios trozos de madera de distintas formas y los que estribaban en sacar bolas y anillas de las cuerdas o los alambres en que estaban engarzadas, sin desatarlos ni romperlos.

A veces veíase a toda una familia entregada a esa tarea, alrededor de la mesa estufa, puesta su atención en el complicado juego, como si se tratara de una ardua y provechosa empresa.

En las casas donde celebrábanse reuniones se solía representar charadas en acción, entretenimiento que también servía para que sus autores derrochasen el ingenio, la gracia y el buen humor.

Algunas de estas charadas resultaban verdaderos pasillos de comedia o sainetes chistosísimos.

De todos los pasatiempos indicados el acertijo era el preferido por el pueblo y, sobre todo, por las mujeres, que no suelen entender de sigdos enigmáticos para traducir jeroglíficos ni de sílabas para descifrar charadas.

Casi todos los hombres de campo tenían un repertorio interminable de acertijos, como ellos los llamaban, que alternando con las relaciones y los juegos propios de los labriegos, servían para amenizar las veladas en las cocinas de los cortijos.

Algunas de estas adivinanzas no estaban desprovistas de ingenio, pero muchas eran disparatadas y no pocas obscenas.

De las primeras podemos citar, como ejemplo, la siguiente:

Redonda soy como el mundo,
verde como el alcazer,
encarnada cual la grana
y negra como la pez.

en la que se describe con bastante acierto la sandía.

Abundaban los improvisadores de acertijos, tan absurdos, por regla general, que nadie podía solucionarlos.

En una reunión dedicada a tales entretenimientos un torero famoso que formaba parte de ella dijo cierta noche: a que no aciertan *ostés* qué palabra hay que empieza con me y acaba con tro y no es metro.

Los concurrentes no lograron adivinar la palabreja, a pesar de haberse torturado el caletre y cuando hubieron de confesar su torpeza el torero exclamó: ¡Qué tontos *seis!* ¡*Menistro!*



Guillermo Belmonte Müller

EL Parnaso cordobés está de luto, pues ha muerto el último representante de una estirpe gloriosa de poetas, en la que figuran génius inmortales como Góngora y el Duque de Rivas, a quienes su ciudad natal ha tributado recientemente el homenaje de su admiración.

Rendido por el peso de los años—contaba setenta y siete—bajó al sepulcro el 7 de Mayo de 1929 el ilustre literato Guillermo Belmonte Müller.

Muy joven, durante su vida estudiantil, comenzó a demostrar excepcionales aptitudes para el cultivo de la gaya ciencia, en la que tuvo por maestros a Fernández Ruano, Grilo y Rodrigo Amador de los Ríos.

Cuando hubo terminado la carrera de Derecho decidió a abandonar su patria para buscar más ámplos ho-

zontes y marchó a América, provisto sólo de un buen bagaje literario.

En Puerto Rico obtuvo los primeros triunfos recitando sus versos en teatros y salones, entre tempestades de aplausos, y publicándolos en la Prensa, que se los disputaba y pagábaselos espléndidamente.

Los halagos del aura popular no impidieron que Belmonte Müller sintiera la nostalgia de su patria y volvió a ella, disfrutando ya de una sólida reputación.

Aquí, como allende los mares, siguió consagrado exclusivamente a la poesía y al estudio, merced al cual logró poseer una vastísima cultura acrecentada por los continuos viajes que realizaba a las diversas regiones españolas y a las principales ciudades europeas.

En tales viajes hallaba nuevas fuentes de inspiración su estro privilegiado, su musa inagotable y siempre lozana.

Guillermo Belmonte era un poeta que dominaba todas las fases de la lírica y en sus composiciones hay profundidad de pensamiento, bellísimas imágenes, hondo sentimiento, suma delicadeza, arte exquisito, elegancia insuperable, todo ello envuelto en el suntuoso ropaje de una versificación sonora, vibrante, rotunda, de una forma correctísima, impecable, clásica.

El gran Quintana no habría tenido inconveniente en firmar algunas odas de Belmonte Müller y nuestros mejores románticos no se habrían desdeñado de considerar suyas muchas composiciones de nuestro paisano.

Este no sólo produjo obras originales notables; dedi-

cóse también a traducir las de poetas insignes franceses e italianos, siendo el literato español que mejor supo interpretar las producciones de Alfredo de Musset.

Asimismo vertió al castellano, de modo admirable, algunas poesías de los principales clásicos latinos.

Escribió en prosa con igual corrección y galanura que en verso, revelando siempre su inspiración exhuberante, su ingenio y su sólida cultura.

Desengaños producidos por el áspid de la envidia, le alejaron casi por completo de la sociedad, recluyéndole en el hogar de los suyos, donde, al mismo tiempo que cuidaba de su familia, una hermana viuda y unos sobrinos huérfanos, dedicábase a escribir, no ya para el público, sino para recreo propio y de los amigos íntimos que tenían la suerte de saborear aquellas composiciones bellísimas, verdadero manjar de los dioses.

Ya en sus últimos años, cuando estaba muy quebrantada su salud, permanecía largas temporadas en el campo, en nuestra sierra incomparable, donde, alejado del mundanal ruido, seguía escribiendo sin tregua, generalmente sonetos, notabilísimos por su fondo y por su forma, entre los que figuran dos colecciones: una inspirada en el Santuario de Nuestra Señora de Linares y otra en las Ermitas, con cuya publicación se honraron las columnas del *Diario de Córdoba*.

Guillermo Belmonte ha dejado como valiosa herencia las siguientes obras:

Originales. *Acordes y disonancias*, poesía; *Guájiras, cantares y pensamientos*, poesía; *Canarias*, poesía; *Entre la Nochebuena y el Carnaval*, prosa.

Traducidas: *Las Noches*, de A. de Musset, verso; *Poemas* del mismo, verso; *Lais de Corinto*, de Darby, prosa; *Goya*, de Matharon, prosa; *Cuentos*, de T. Gautier, prosa.

Preparadas para publicarse:

Originales — *Obe'iscos y fosas*, poesía; *Espum y cie no*, poesía; *Poemas*; *Un centenar de sonetos a Italia*

Traducidas.—*Los Od s*, de Horacio, verso; *Poetas franceses*, verso; *Sonetos*, de Miguel Angel Bucnaroli; *Sonetos de Crimea* de A. Misklewar.

En el año 1928 obtuvo su último triunfo en los Juegos florales celebrados en esta ciudad con motivo de la Feria de Nuestra Señora de la Salud, en los que le fué concedido el premio correspondiente al lema: «Tríptico de sonetos a la aparición de San Rafael».

Las últimas cuartillas escritas por su pluma aparecieron en el *Diario de Córdoba* el 25 de Marzo de 1928 y eran una especie de autobiografía interesantísima.

Guillermo Belmonte Müller era hombre correctísimo pulcro, sencillo, bondadoso, de trato afable, de conversación amena.

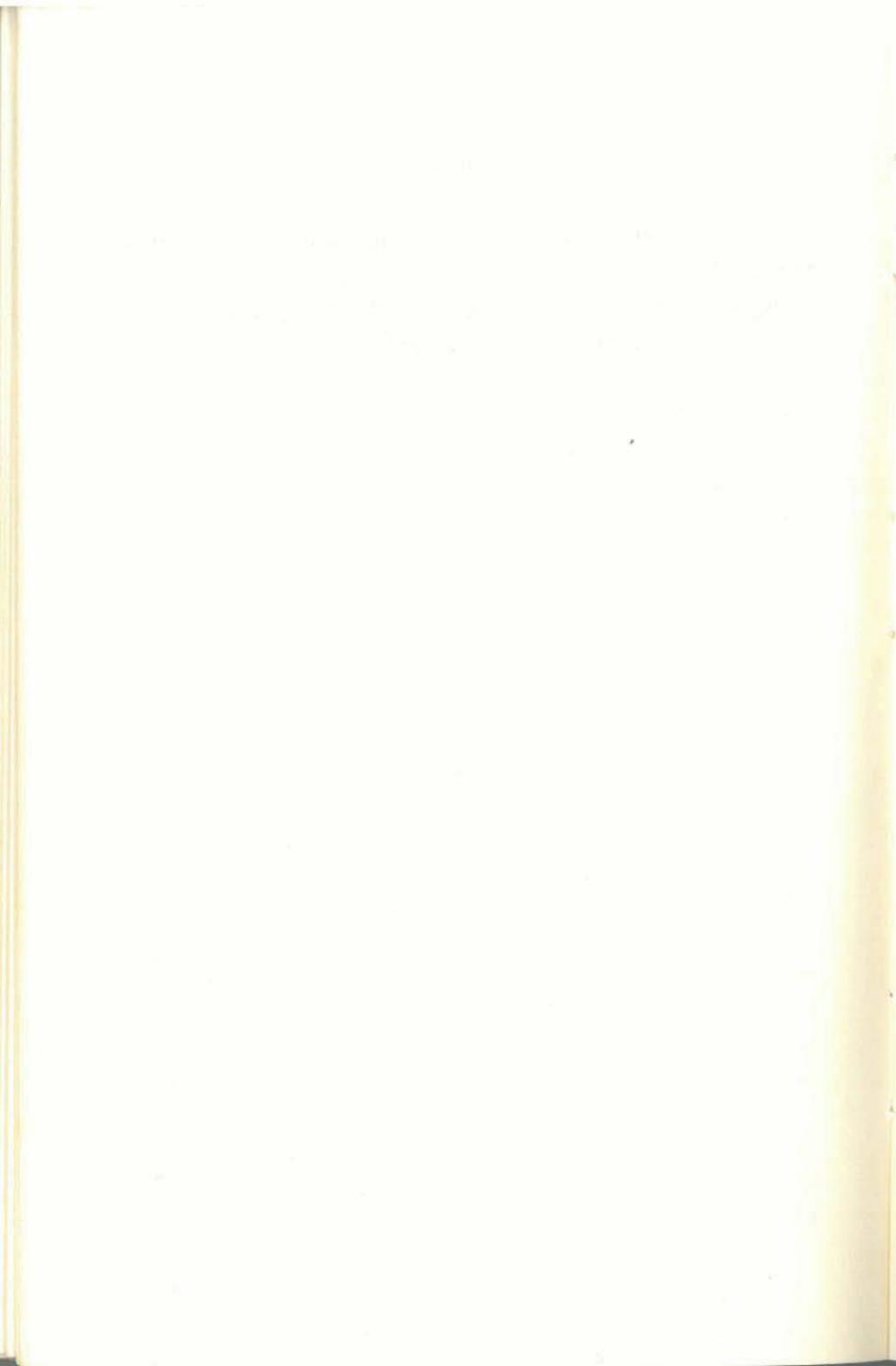
Su modestia llegaba hasta el punto de que siempre rehusó honores y mercedes. A sus amigos íntimos costóles gran trabajo que, hace pocos años, aceptara un puesto en la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba.

Con la muerte de Belmonte Müller nuestra ciudad ha perdido a uno de sus hijos más preclaros. Ya que en ella pasó, en vida, casi inadvertido a causa de su modestia

exagerada, perpetúese el nombre del poeta insigne imponiéndoselo a una calle.

¡Qué menor honra puede concederle a quien tanto la honró con sus méritos extraordinarios!

Mayo, 1923.





Don Santiago el Estudiante

LA Universidad de Salamanca! Sólo su nombre evoca recuerdos de glorias pretéritas, de figuras inmortales de la raza, de una España grande, floreciente, próspera, admiración y asombro de los mundos.

Al traspasar sus dinteles experimentábase una emoción tan intensa como incomprensible, que subyuga y anonada cuando penetramos en el aula de aquella lumbrera de la Iglesia, del saber y del Parnaso que se llamó Fray Luís de León y fijamos la vista en su tribuna, desde la que un día, después de haberle tenido la envidia y mentira, como él mismo declaraba, encerrado en estrecha cárcel, durante siete años, volvía a dirigir la palabra a sus discípulos con la admirable frase: «decíamos ayer», demostrando la nobleza de su corazón que daba al olvido infamias e injusticias.

Aquel centro de enseñanza, honra y prez de nuestra nación, famoso por todos conceptos, lo fué por sus estudiantinas que, durante la época de Carnaval, recorrieron hasta los más apartados rincones del suelo patrio, llevando a todas partes auras de juventud, vertiendo por doquiera torrentes de alegría, enardeciéndonos con su música y canciones, entusiasmando con su garbo y gentileza a las mozas, llevándose envueltos en los pliegues de sus manteos muchos corazones femeninos.

En la época a que nos vamos a referir, los comienzos del siglo XIX, entre los muchachos que formaban la Tuna Universitaria Salmantina, sobresalía uno de arrogante figura, de porte distinguido, simpático, listo, ingenioso, locuaz.

Ninguno llevaba la ropilla estudiantil con tanto garbo como él, ni se terciaba el manteo con mayor donaire; nadie le aventajaba en maestría tañendo la vihuela. Aunque le faltaban algunos años para licenciarse en su carrera, poseía el título de doctor en el arte de enamorar a las mujeres y era prototipo de la galantería, personificación de la gracia y rey del piropo

En fiestas a que concurriera la Estudiantina ya se sabía que para él eran las miradas y las sonrisas de las mozas y siempre bailaba con las más bellas.

Huelga decir que este ascendiente de nuestro protagonista sobre el sexo femenino llenaba de envidia a todos sus camaradas y fué causa de que se deshicieran muchos noviazgos y bodas.

Un año, la Tuna Salmantina, en su correría carnava-

lesca, vino a visitar un pueblo de la provincia de Córdoba, dormido entre frondosos olivares.

Las alegres músicas y las intencionadas coplas de la Estudiantina despertáronlo de su profundo sueño y al silencio y la tranquilidad en él habituales sustituyeron una animación, un alborozo inusitados,

El vecindario en pleno acompañaba, sin cesar, a los estudiantes, vitoreándoles y aplaudiéndoles, presa de un entusiasmo y un júbilo indescriptibles.

Santiago, que así se llamaba el mozo arrogante, de porte distinguido, simpático, listo, ingenioso y locuaz, allí como en todas partes cautivó a las hembras pero, al mismo tiempo él, por primera vez, quedó cautivo en la cárcel de unos ojos grandes, negros, enloquecedores

Requirió de amores a la hembra en cuyas redes había caído preso y ella, la joven más rica del lugar, que acaso por serlo despreció, orgullosa, a legiones de pretendientes, entrególe su corazón.

Poco después nuestro protagonista abandonaba los libros y la populosa ciudad salmantina para contraer matrimonio y labrar su nido en el pueblo cordobés, tranquilo y silencioso, dormido entre verdes olivares

Sus convecinos sólo le conocían por don Santiago el estudiante y a él no le hubiera agradado tanto como este calificativo el título nobiliario del prócer más ilustre.

En sitio preferente de su hogar, aparecía, a guisa de escudo, la guitarra que el alumno de la primera de nuestras Universidades tañera en la Tuna Salmantina y aquel hombre romántico, guardaba, como reliquias el airoso

manteo, descolorido, y el clásico sombrero con la reluciente cucharilla de marfil.

Y ya muy viejo, pues disfrutó de una longevidad extraordinaria, pero siempre arrogante, pletórico de alegría, ingenioso y locuaz, cuando le visitaba, por vez primera, cualquier persona, complacíase en mostrarle aquellos símbolos de una España grande, gloriosa, y hasta solía recordar una coplilla picaresca que acaso cantara, en ya lejano día, al pie de la reja de su amada.

Febrero, 1928.



LOS BALCONES DE CORDOBA

LAS ventanas y los balcones de una población, constituyen, sin duda, el elemento esencial, el más importante, para poder formar un juicio exacto respecto al carácter de la ciudad y de sus hijos.

Así como los ojos son el espejo del alma, las ventanas son el espejo donde se reflejan las costumbres de los pueblos antiguos.

Recorramos las calles de Córdoba en que no ha penetrado la piqueta demolera del progreso, las calles que aún conservan el sello de otros siglos y observaremos que las casas, grandes pero poco elevadas, carecen, por regla general de balcones, y sólo tienen altas y estrechas ventanas, pocas y abiertas sin orden ni simetría, las suficientes para proporcionar luz y ventilación a las dependencias interiores que no pueden obtenerlas de los patios.

Estas fachadas en cuya construcción jamás se atendió a la estética sino a las comodidades o los caprichos del vecindario, dicen elocuentemente que nos hallamos en una ciudad de origen árabe, que *vive de espaldas a la calle*, como viven los moros, consagrando toda su atención al hogar.

Y las tupidas celosías o los espesos cortinones que cubren tales claros pregonan también la condición de la mujer cordobesa, curiosa como mujer pero enemiga de exhibirse, modesta, recatada, y las verdes enredaderas que tapizan los muros, y las macetas de albahaca que perfuman el ambiente, y las jarras llenas de claveles purpúreos que cuelgan de las paredes pregonan que la corte del Califato es un vergel de Andalucía, una prolongación de esa sierra incomparable en que la Naturaleza vertió, pródiga, sus tesoros.

Siguiendo este examen minucioso de ventanas y balcones veremos muchos en los que, en vez de hierros, hay unas frágiles crucetas de listones que pueden ser rotos por un niño; esto prueba la tranquilidad, la confianza de nuestro pueblo que, como es honrado y noble, vive sin temor a las asechanzas del malvado.

También encontraremos, aunque ya desgraciadamente en escaso número, rejas primorosas, llenas de labores de gran trabajo que pregonan el mérito de los obreros de Córdoba, siempre artistas, lo mismo cuando cincelan la plata y repujan el cuero que cuando forjan el hierro en el duro yunque, y ventanas y balcones indican hasta la clase social y las profesiones de las personas que habitan en las casas.

Si son grandes las primeras, con las rejas voleadas y sin adornos, generalmente pertenecen al domicilio de un labrador; si entre las labores de los hierros aparece en el centro una cruz o un corazón, en el edificio que tales signos ostenta habita un sacerdote o una familia piadosa.

Grandes balcones corridos, ventanales de extraordinarias dimensiones indican las casas solariegas de la rancia nobleza española.

Uno de los balcones mayores que ha habido en Córdoba era el del palacio de los Duques de Almodóvar del Valle, destruido para edificar las dependencias del Gobierno civil; las mayores ventanas se conservan todavía y han dado nombre a la calle en que están, las famosas *Rejas de Don Gome*.

Tiene dos lugares Córdoba que siempre constituyeron una excepción de la regla en cuanto a la escasez de claros en las fachadas de sus antiguos edificios, la plaza de la Corredera y la calle de la Feria, hoy de San Fernando, pero nadie ignora la causa de esa excepción: la calle de la Feria era la carrera obligada de comitivas regias y procesiones y en ella se efectuaban justas y torneos y fiestas de todas clases; en la Corredera se celebraban los espectáculos de toros y los propietarios de las casas de dichos parajes llenaban las fachadas de balcones y ventanas pequeños para alquilarlos al público en los días de acontecimientos o diversiones.

Hay un balcón en nuestra ciudad que tiene importancia histórica; el del Palacio Episcopal.

Desúe él un venerable Prelado de esta Diócesis, Pérez Navarro, dirigió una patriótica y sentidísima arenga a las tropas que, al mando de don Alonso el *Adelantado*, fueron a combatir contra las huestes de don Pedro I de Castilla, cuando aliado con los moros de Granada se propuso conquistar a Córdoba; siendo derrotado en la famosa batalla del Campo de la Verdad.

La Reina Doña Isabel II, cuando visitó esta población hospedóse en dicho palacio; desde su balcón principal dió las gracias al pueblo por el recibimiento que le había tributado y como continuamente las inmediaciones de aquel lugar estuviesen llenas de mujeres, la mayoría de los barrios del Espíritu Santo y del Alcázar Viejo que con sus aclamaciones, aguijoneadas por la curiosidad, obligaban a la Soberana a asomarse repetidas veces, la dama Augusta, cansada ya de tantas exhibiciones, exclamó sin ocultar su enojo: «¿Pero estas mujeres de Córdoba no tienen nada que hacer en sus casas, sino únicamente venir a ver a la Reina?»

Y en una ocasión angustiosa para los vecinos del Campo de la Verdad, pues tuvieron que abandonar sus hogares inundados por el Guadalquivir, fueron acogidos paternalmente, albergados en su morada y socorridos con esplendidez por aquel insigne prelado, gloria de la Iglesia y orgullo de España que se llamó fray Ceferino González. El sabio filósofo de nombre imperecedero, complaciase en salir frecuentemente al balcón aludido para conversar con aquellos infelices y prodigarles toda clase de consuelos.

Otro balcón hubo en Córdoba desde el cual un monarca presenció una fiesta celebrada en su honor.

La primera vez que don Alfonso XII vino a esta capital fué invitado a una función de fuegos artificiales que se efectuó en la plaza de la Corredera y la vió desde el amplio balcón que se extendía a lo largo de toda la fachada de la fábrica de sombreros de don José Sánchez Peña, establecida en el edificio donde hoy se halla el mercado del mismo nombre.

Por último, el balcón principal de las Casas Consistoriales en más de una ocasión sirvió de tribuna a ministros, autoridades y otras personas, pero como esto ocurre en casi todos los ayuntamientos sólo hemos de consignar que uno de los hombres célebres que desde allí dirigió la palabra al pueblo para darle las gracias por el entusiástico homenaje que le rendía fué el insigne y malogrado marino español don Isaac Peral.

En los tiempos, ya bastante lejanos, en que procesiones y fiestas populares celebrábase con extraordinaria brillantez, los balcones y las ventanas de Córdoba cambiaban por completo de carácter, abríanse de par en par y desaparecía, por algunas horas, el misterio en que estuvieron envueltas durante todo el año.

Los balcones, cubiertos de rojas colgaduras de rico damasco, iluminados con farolillos de cristales de colores en los que ardían modestas candilejas de aceite o cabos de vela, servían de marco a hermosísimas mujeres, engalanadas con valiosos trajes de crugiente seda, con joyas de delicadísima filigrana, semiocultas entre rosas

y claveles, tocadas con la señorial mantilla, que al paso del Santísimo o de la imagen venerada lanzaban al espacio una lluvia de pétalos de flores al mismo tiempo que murmuraban una oración, poética y sentimental.

Las noches de verbena abríanse igualmente las ventanas de las casas situadas en las calles donde se celebraba la fiesta popular y, a través de sus verdes rejas, veíase las habitaciones limpias como el oro, llenas de urnas y fanales con efigies primorosas, perfumadas por las macetas de albahaca, en que se reunían los moradores de estas encantadoras viviendas y sus amigos, para pasar la noche alegremente.

Y mientras charlaban de los asuntos de actualidad los hombres formales y sus mujeres se entretenían viendo pasar a la abigarrada muchedumbre, y las viejas dormitaban en los rincones, las muchachas enloquecían a los mozos con el baile popular, con esas danzas de indescriptibles ritmos y cadencias en que se unen y forman un maravilloso conjunto, la belleza, el arte y la poesía.

Aunque aquí, como en toda Andalucía, los enamorados riman en la misteriosa reja el dulce idilio de sus amores, y el amor suele ser causa de grandes tragedias, nuestra historia no registra hecho alguno criminal al que haya servido de teatro la ventana cordobesa.

En cambio el balcón de una pequeña y miserable casa de la calle de la Herrería, después Carrera del Puente y hoy Cardenal González, juega papel principal en uno de los hechos más lamentables consignados en la crónica de esta población.

El 14 de Abril de 1473 fué sacada en solemne procesión la imagen de la Santísima Virgen de la Caridad y, al pasar por la calle indicada, desde el balcón aludido una mano sacrílega arrojó el contenido de un recipiente lleno de líquidos evacuados.

Esta profanación desató las iras del pueblo contra los judíos, por pertenecer a la raza proscrita los moradores de la casa en que se cometiera el delito, y las turbas, excitadas por el herrero Alonso Rodríguez, hicieron una terrible matanza de seforditas.

Don Alonso de Aguilar salió para calmar a la multitud, pero el feroz herrero intentó agredirle y el bravo caballero le atravesó el corazón de una lanzada, al final de la calle de Herrerías, en la Cruz del Rastro.

En el lugar en que cayó exánime Alonso Rodríguez fué colocada una cruz de cuatro metros de longitud, por lo cual recibió dicho paraje el nombre de Cruz del Rastro, por el que todavía se le conoce.

Finalmente, hay dos balcones en las afueras de Córdoba que se pudiera calificar de miradores creados por la fantasía de un poeta, el *Balcón del mundo*, en la huerta llamada de «San José» y el *Sillón del Obispo*, en las Ermitas.

No son obra de la mano del hombre, son un prodigio de la Naturaleza para que podamos admirar toda la grandeza inconcebible de Dios.

El panorama que desde esos lugares se nos presenta es de los que subyugan por su imponente magestad; en el fondo Córdoba, la vieja ciudad de más gloriosas tradi-

cionea, dormida a los arrullos del Guadalquivir, bajo la sombra protectora de las alas de su ínclito Custodio; alrededor Sierra Morena, tesoro inagotable de salud, compendio de belleza, fuente de poesía, insensario gigantesco que llena el espacio de suaves perfumes, y arriba un cielo siempre azul y un sol espléndido que todo lo vivifica, en cuyos rayos de oro el Supremo Hacedor manda un beso de luz a la más admirable de sus creaciones.

INDICE

Páginas

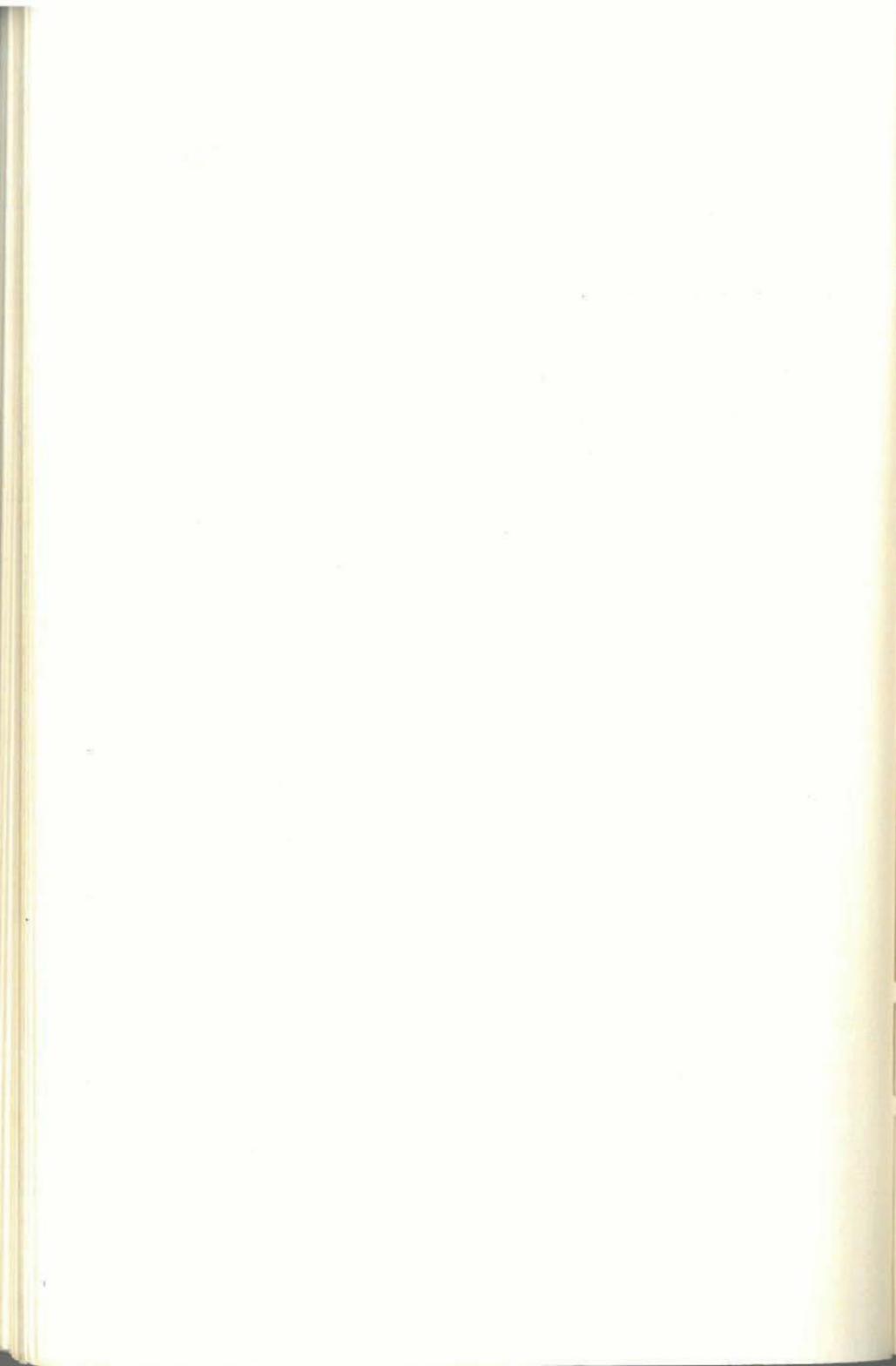
Carniceros y chindas.	3
La corbata de etiqueta.	9
Triunfo de dos cordobeses en Carnavales famosos.	13
Médicos y curanderos.	19
Mercedes de Velilla	33
Calabazas a granel.	37
Una redacción original.	43
Frases recogidas en el teatro	47
Un hombre misterioso.	55
Los animales domésticos.	61
De cómo una cesta de mariscos puede convertir a un muchacho en bandolero.	65
Un documento curioso.	73
Mateo Inurria.	77
La plaza del Salvador.	83

Páginas

La murga.	89
Amalia la partiquina.	95
Las comidas de nuestros abuelos.	99
Tipo de feria.	103
Cipriano Mañin z Rücker.	109
Dos casos curiosos de la vida de Guillermo Belmonte Müller.	113
Helados y refrescos.	117
Esteban de Benito	121
El hombre del coche temible.	125
El arte de la herrería.	131
José Rodríguez Cisneros.	135
Las avenidas de la Fuensanta.	141
Los bastones.	145
Francisco Flores García.	151
El café del Gran Capitán.	157
Rectificaciones y aclaraciones de la Prensa	165
El gran tacaño.	171
La Virgen del Socorro.	177
Memorias de un miriñaque.	183
El último bandolero andaluz.	189
Una Nochebuena inolvidable.	205
La miga de a cuarto.	209
Don Angel María Barcia Pavón.	213
Los pobres que vivían del campo.	217

Páginas

Un capricho y una frase de Enrique Navas.	221
Pepe Ortega Contreras.	225
Una tragedia de Carnaval. !	233
Antiguos pasatiempos.	237
Guillermo Belmonte Müller.	241
Don Santiago el Estudiante.	247
Los balcones de Córdoba.	251



OBRAS DEL MISMO AUTOR

Pérlas y flores (cantares) un folleto.

Una copla que redime (monólogo dramático en verso)
un folleto.

Playeras (cantares) un folleto.

Dos docenas de extravagancias (artículos humorísticos)
un tomo.

Peteneras (cantares) un folleto.

Romances, uu tomo.

Flores y lágrimas (cantares) un folleto.

Notas Cordobesas. (Recuerdos del pasado). XI tomos.

OBRAS EN PREPARACIÓN

Notas Cordobesas. (Recuerdos del pasado). Tomo XII.

Sonetos, un tomo.

